

## EL AMIGO FRITZ

POR

ERCKMANN-CHATRIAN



(Continuacion.)

No tenía más adorno en la cabeza que su hermosa cabellera rubia, que formando dos trenzas caía sobre su espalda; un pañolito de seda azul le cubría la garganta, y un corpiño de terciopelo con tirantes blancos dibujaba su gracioso talle; la vieja Annah con su pelo gris recogido, permanecía de pié á su lado. Estas gentes no venían á bailar, sino á ver, y se colocaban en la última fila de la concurrencia.

La fisonomía de Fritz se animó; bajó de la plataforma y atravesó el salon en dos saltos, siendo objeto de todas las miradas. Suzel al verle venir palideció y tuvo que apoyarse en el pilar; no se atrevía á mirarle. Por fin subió cuatro escalones, apartó la guirnalda, y cogiéndola de la mano le dijo en voz baja:

—Suzel, ¿quieres bailar conmigo el *treieleins*?

Levantó ella entónces sus hermosos ojos azules, y de repente se tornó la palidez de su rostro en un color rojo subido.

—Sí, Sr. Kobus, replicó mirando á la vieja.

Esta inclinó la cabeza despues de un rato, y dijo:

—Bien... Puedes bailar.

Porque conocía á Fritz de haberle visto venir con su padre en otro tiempo.

Bajaron, pues, á la sala. Los bastoneros, con sus sombreros de paja llenos de cintas, daban vueltas por el salon, agitando sus bastones con cintas para separar la gente. Haan y Schoultz seguían buscando sus parejas; Josef, de pié delante del atril esperaba; Bockel, con su contrabajo, apoyado en la pierna extendida, y Andrés con el



violin debajo del brazo, estaban colocados á su lado; sólo los tres iban á tocar.

La preciosa Suzel, del brazo de Fritz, se paseaba por medio de la multitud lanzando miradas furtivas, llenas de satisfaccion y turbacion; todos admiraban su hermosa mata de pelo que le caía por detras, más abajo de su faldetilla azul claro rodeada de terciopelo, sus zapatitos atados con cintas de seda que subían cruzándose por su blanca media, sus labios sonrosados, su barba redondeada, su talle flexible y gracioso.

Más de una muchacha bonita la observaba con ojo severo para ver si había algo que reprocharle, miéntras que su brazo encantador desnudo hasta el codo á la usanza del país, descansaba sobre el de Fritz con una gracia encantadora; pero algunas viejas se sonreían maliciosamente y decían sin rebozo: «¡Ha elegido bien!»

Kobus, al oír esto, se volvía hácia ellas con satisfaccion. Hubiera deseado decir tambien algun requiebro á Suzel, pero nada se le ocurría; le embargaba la felicidad.

Por fin Haan sacó del tercer banco por la izquierda una mujer de seis piés de estatura, pelinegra, con nariz aguileña y mirada penetrante; se levantó tiesa como un palo y salió con aire majestuoso. Haan estaba orgulloso de su eleccion; se estiraba arreglándose el gaban, y la mujerona, que le llevaba la cabeza, parecía conducirlo.

Al mismo tiempo, Schoultz sacó una mujercilla pequeña, redondita, de pelo rojo, pero alegre y risueña; se le agarró bruscamente al brazo, como si quisiera impedir que se escapase.

Tomaron, pues, sus distancias para pasearse por el salon, como se hace ordinariamente. Cuando apénas habían acabado la primera vuelta, Josef interrogó:

—¡Estás ya, Kobus?

Por toda respuesta Fritz cogió á Suzel por la cintura con la mano izquierda, y subiendo con la otra mano la suya, á la antigua usanza del siglo XVIII, la levantó como una pluma. Josef empezó á tocar el wals, dando ántes tres golpes con el arco de su violin. Se comprendió desde luégo que sería algo extraordinario. El wals de los espíritus del aire, tocado por la tarde, cuando sólo se descubre una línea de oro á lo léjos en las llanuras, cuando las hojas se callan, los insectos bajan y el cantor preludia á la noche con tres notas; la primera grave, la segunda tierna, y la tercera tan llena de entusiasmo, que todo el mundo guarda silencio para oirla.

De este modo comenzó Josef, tomando en su vida errante lecciones del cantor de la noche, con los codos apoyados en el musgo, el oído atento, los ojos cerrados y la imaginacion remontada á los espacios celestes.

Y animándose súbitamente, como el gran cantor con alas, cuando arroja sobre el nido de su adorada más notas que perlas el rocío en los valles, empezó el wals con rapidez, con locura y brillantéz; los



espíritus etéreos al moverse, arrastraron á Fritz y Suzel, Haan y la hija del burgomaestre, y á Schoultz y su pareja, como si fueran inmensos turbiones. Bockel marcaba la corriente lejana de los torrentes, y Andrés las notas alegres y rápidas, como el gorjeo de la golondrina que hiende los aires : ¿por qué si la inspiracion viene del cielo y no conoce más regla que su fantasía, ha de reinar en la tierra el órden y el compas?

Figuraos ahora los círculos amorosos que enlazados unos con otros se trazan con los piés al walsar, las ropas que flotando en el aire se abren en forma de abanico ; á Fritz sosteniendo en sus brazos á la preciosa Suzel, ébrio de placer al mirarla con entusiasmo, levantando con gracia su preciosa manita y girando con la rapidez del rayo, ó balanceándose cadenciosamente, sonriéndose, extasiándose en contemplarla, y lanzándose de repente con nuevo ardor, mientras que ella con la cintura doblada, las trenzas flotando y la cabecita echada para atras, le mira con entusiasmo y le sigue casi sin poner los piés en el suelo.

El obeso Haan, con sus manos sobre los hombros de su pareja, galopando, balanceándose y pegando taconazos, la contemplaba de arriba abajo con aire de profunda admiracion, mientras que ella giraba como una veleta.

Schoultz, encorvado, con sus largas piernas medio dobladas, y su pareja regordeta en el brazo, giraba y giraba con una regularidad admirable, á manera de devanador, llegaban con con tal precision y compas, que todo el mundo estaba admirado.

Pero Fritz y la preciosa Suzel eran los que más llamaban la atencion de todo el mundo por su gracia y su aire de felicidad. No parecían estar sobre la tierra, sino transportados á los espacios celestes; aquella música que á la par cantaba, reía y celebraba la felicidad, el amor y el entusiasmo, parecía escrita para ellos; todo el mundo les contemplaba y ellos no veían á nadie. El entusiasmo en la sala crecía á veces en términos que se oía de repente escapar un murmullo de todos los labios, denotando la admiracion; pero el deseo de oír la música les forzaba á callarse. Solamente prorumpieron en gritos y aplausos atronadores al ver á Haan que, loco por el entusiasmo llegó un momento en que haciendo un esfuerzo supremo y poniéndose sobre la punta de los piés, hizo dar dos vueltas á su pareja, gritándole: ¡ole! y casi al mismo tiempo Schoultz, levantando la pierna derecha, la hizo pasar sobre la cabeza de su pareja, sin perder el compás ni un solo momento, y con voz ronca se puso á gritar como poseído: ¡ole! ¡ole! ¡viva la gracia!

Jamás habían visto bailar tan bien; el entusiasmo duró más de cinco minutos; y cuando el ruido se apaciguó se oyó de nuevo el wals de los espíritus del aire, como el canto del ruiseñor apagado por el ruido del viento en los bosques.

Schoultz y Haan no podían más, les corría el sudor por las mejis-



llas; se paseaban, pues, para descansar, llevando el uno á su pareja agarrada por la cintura, y el otro materialmente colgada de su brazo.

Suzel y Fritz continuaban dando vueltas; los gritos y los aplausos de la multitud no les habían inmutado; y así siguieron hasta que Josef, rendido, arrojó el arco de su violin lanzando el último suspiro de amor, entónces se detuvieron, encontrándose justamente frente á Christel y otro anabaptista que acababa de entrar y que los miraban con admiracion.

—¡Hola, compadre Christel! exclamó Fritz muy gozoso; ya veis cómo bailamos juntos Suzel y yo.

—Eso nos honra sobre manera, Sr. Kobus, respondió el anabaptista sonriéndose; es un gran honor que nos haceis; pero la muchacha no sabrá valsar; jamás la he visto dar un compas de vals.

—Compadre Christel, es una pluma, una verdadera hada; tiene alas. Suzel continuaba apoyada en su brazo, y con los ojos bajos y las mejillas sonrosadas; y el compadre Christel, mirándola con aire de felicidad, le preguntó:

—¿Pero quién te ha enseñado á bailar, Suzel? ¡Estoy admirado!

Toda la gente que estaba en las inmediaciones se echó á reir, y el otro anabaptista le objetó diciéndole:

—¿En qué piensas, Christel? ¿crees tú que las muchachas necesitan aprender á valsar?... ¿no sabes que eso lo aprenden solas y casi por intuicion? ¡Já, já, já!

Al saber Fritz que Suzel había bailado con él por primera vez, se creyó transportado al cielo y que percibía el perfume divino; su primer impulso fué entonar un cántico, pero se contuvo diciendo:

—Esto no es sino el principio de la fiesta. Ahora es cuando vamos á divertirnos. Os quedareis con nosotros, compadre Christel; Haan y Schoultz están tambien allí; vamos á bailar hasta la tarde, y despues comeremos juntos en el *Becerro de oro*.

—Eso no puede ser, respondió Christel pidiendo mil perdones; á pesar del gusto que tendría en quedarme, no puedo aceptarlo; tengo que partir, y justamente venía á buscar á Suzel para eso.

—¿A buscar á Suzel?

—Sí, Sr. Kobus.

—¿Y por qué?

—Porque estamos ahora muy atrasados en casa con la recoleccion; el viento puede cambiar de un dia para otro. Ya llevamos perdidos dos dias, y eso es demasiado en estos tiempos; sin embargo, no me arrepiento por aquel dicho de «honra á tu padre y á tu madre.» Y venir á ver á su madre dos ó tres veces en el año, no es demasiado. Ahora no hay más remedio que partir. Como la semana pasada cuando fuí á Hunnembourg me detuvísteis tanto, llegué á mi casa despues de las diez. Si me quedase aquí, creería mi mujer que tomo malos hábitos; estaría muy intranquila.

Fritz estaba completamente desconcertado. No sabiendo qué res-



ponder, cogió al compadre Christel por un brazo y le sacó fuera, así como á Suzel; el otro anabaptista le seguía.

—Compadre Christel, le dijo, teniéndole agarrado por una solapa del casacon; teneis razon en cuanto se refiere á vuestra persona; pero ¿para qué os llevais á Suzel? Podríais dejarla á mi cuidado; qué diablos; no se le presentarán á la pobre muchas ocasiones de divertirse.

—Con mucho gusto os la confiaría, estaría con vos como conmigo, Sr. Kobus, pero sería una pérdida para nosotros. Los trabajadores no pueden quedarse solos... mi mujer tiene que hacer la comida... yo conduzco el carro... Y si el tiempo cambiase, sabe Dios cuándo podríamos recoger el heno. Además, tenemos que terminar un asunto serio de familia.

Y al decir esto, miró fijamente al otro anabaptista que bajó la cabeza con gravedad.

—Sr. Kobus: os suplico que no nos detengais, nos causaríais una verdadera estorsion: ¿no es verdad, Suzel?

Suzel no contestó; miraba al suelo, y se adivinaba que deseaba quedarse.

Fritz comprendió que si instaba más, daría el alerta á todo el mundo, y por eso tomó su resolucion; de repente, y con tono alegre, les dijo:

—Bien, puesto que es imposible, no hablemos más. Pero hareis el favor de tomar un vasito de vino conmigo en el *Becerro de oro*.

—En cuanto á eso, Sr. Kobus, no lo rehusó; voy ahora mismo con Suzel á que se despida de su abuela, y ántes de un cuarto de hora estará mi carruaje á la puerta de la posada.

—Bueno; adios.

Fritz apretó con suavidad la mano de Suzel, que parecía muy triste, y despues de atravesar la plaza, entró en la *Madame Hütte*.

Haan y Schoultz, despues de haber sentado sus parejas, subieron tambien al estrado: allí los encontró Kobus.

—Encarga á Andrés que dirija la orquesta, dijo á Josef, y te vienes con nosotros á tomar un vaso de vino.

No deseaba otra cosa el bohemio. Entregó á Andrés la batuta, y salieron los cuatro del brazo.

En la posada del *Becerro de oro*, Fritz hizo que sirvieran una fruslería en el gran salon que estaba entónces desierto, y el buen Lœrich bajó á la bodega á traer tres botellas de Champagne, que puso á enfriar en unas cubetas de agua del manantial. Hecho esto, se instalaron cerca de las ventanas, y casi al mismo tiempo aparecía por el fin de la calle el carruaje del anabaptista. Christel venía sentado delante, y Suzel detras sobre un haz de paja y en medio de los kougelhof, y toda especie de cacharros que acostumbran á comprar en estas fiestas.

Fritz, al ver venir á Suzel, se apresuró á romper el alambre de una botella, y al parar el carricoche delante de la posada la destapó dando un taponazo semejante á un petardo y diciendo:



—¡A la salud de la más gentil bailarina de *treieleins*!

Fácil es comprender cuál sería la felicidad de Suzel; era una declaración á boca de jarro. Christel se reía á carcajadas y decía para sí: «No se puede tomar atadero á lo que dice este buen Sr. Kobus, porque me parece que está un poquillo alegre.»

Y entrando en la sala se quitó el hongo y dijo:

—Ese vino debe ser el Champagne de que he oído hablar tantas veces, ¡ese vino francés que aturde á esos hombres guerreros y los lleva á batallas contra el mundo entero! ¿Me he equivocado?

—No, compadre Christel, no; sentaos, replicó Fritz. Tú, Suzel, toma esta silla y siéntate á mi lado, coge uno de esos vasos.—¡A la salud de mi pareja!

Todos los amigos golpeando la mesa decían: Das soll gülden (1).

Y levantando el codo chascaron la lengua como unas castañuelas.

Suzel, mojando sus labios rosados en el mosto, y clavando sus hermosos ojos en Kobus, decía muy bajito:

—¡Qué bueno es! ¡esto no es vino, es mucho más delicioso!

Estaba encarnada como una amapola, y Fritz, recostándose sobre su silla ¡jem! ¡jem! hacía despues de tragar; sí, sí, no es malejo!

Hubiera dado seguramente todos los vinos de Francia y Alemania por bailar otra vez el *treieleins*.

¡Cómo cambian de ideas los hombres en tres meses!

Christel, sentado junto á la ventana, con su sombrero echado para atrás; la cara alegre, el codo apoyado en la mesa y observando el magnífico sol que hacía, pensaba en la recolección, y con el látigo entre las piernas decía:

—¡Sí... sí... es un buen vino!

Y no reparaba en Kobus y Suzel, que se miraban sonriéndose como dos niños, sin decir una palabra, pero felices de verse. Pero Josef los contemplaba con aire pensativo.

Schoultz llenó de nuevo las copas exclamando:

—Hay que confesar que esos franceses tienen buenas cosas en su tierra! ¡Lástima grande es que su Champagne, su Borgoña y su Burdeos no se cojan á la orilla del Rhin!

—Schoultz, replicó Haan con gravedad, no sabes lo que pides; piensa que si ese país nos perteneciera vendrían á quitárnoslo. ¡Sería otro exterminio como el de su Libertad é Igualdad! ¡Sería el fin del mundo! Porque el vino tiene algo de positivo, y á pesar de lo mucho que declaman los franceses proclamando los grandes principios, las ideas sublimes, los sentimientos nobles, adoran el positivismo. Mientras que los ingleses quieren siempre proteger al género humano, y parece como que no se ocupan de su azúcar, su pimienta y su algodón, los franceses por su parte no piensan sino en rectificar una línea,

(1) Esto debe contar.



unas veces va muy á la derecha y otras muy á la izquierda ; á esto le llaman sus límites naturales.

En cuanto á los grandes pastos, á los viñedos, los prados y los bosques que se encuentran dentro de esas líneas, les tienen sin cuidado ; sólo se ocupan de no faltar á las ideas geométricas y de justicia. ¡Dios nos libre de tener un pedazo de la Champagne en Sajonia ó el Mecklemburgo, porque entónces trasladarían bien pronto sus límites naturales del lado de acá! Más vale que les compremos sus botellas de vino y conservemos el equilibrio. La vieja Alemania quiere la tranquilidad y por eso ha inventado el equilibrio. Por Dios, Schoultz, no hagamos votos temerarios.

De este modo se expresaba Haan con elocuencia, y Schoultz, vaciando su vaso, le respondió :

—Hablas como hombre pacífico y yo como un guerrero ; cada uno tenemos el instinto de nuestra profesion, nuestras inclinaciones y aficiones naturales.

Frunció el ceño y destapó otra botella de vino.

Christel, Josef, Fritz y Suzel no hacían caso de esos discursos.

—¡Qué tiempo tan magnífico! exclamaba Christel como hablando para sí ; pronto hará un mes que no llueve y sin embargo el abundante rocío de todas las noches viene á humedecer la tierra ; es una verdadera bendicion de Dios.

Josef llenaba las copas.

—Desde el año 22, continuó el anciano labrador, no recuerdo haber tenido tan buen tiempo en la recoleccion del heno, y fué un año de un magnífico vino, fué una cosecha completa y una espléndida vendimia.

—¿Te has divertido, Suzel? le interrogaba Fritz.

—¡Sí, Sr. Kobus! nunca me he divertido tanto... No se me olvidará en mucho tiempo.

Y miraba á Fritz, cuyos ojos estaban turbios.

—Vamos, otra copita, decía Fritz.

Y al echarla le cogía la mano, haciéndola estremecerse de los piés á la cabeza.

—¿Te gusta el *treieleins*, Suzel?

—¿Cómo no me ha de gustar, si es el baile más bonito? ¡Y luégo la música era deliciosa! ¡Qué preciosa música!

—¿Lo oyes Josef? murmuró Fritz.

—Sí, sí; respondió Josef en voz baja, lo oigo, Kobus, y me gusta... ¡estoy satisfecho!

Veía hasta el fondo del alma de Fritz que se encontraba tan dichoso, que no se le ocurría qué contestar.

Las tres botellas se habían concluido ; Fritz volviéndose al posadero le dijo :

—¡Compadre Lœrich, traiga dos botellas más!

Pero Sr. Kobus, Sr. Kobus, ¿en qué estais pensando? ¿no veis.



que puedo volcar?... no... no... ya son las cinco y media y es hora de ponerse en camino.

Puesto que así lo quereis, compadre Christel, lo dejaremos para otra ocasion. ¿No os gusta el vino?

—Al contrario, Sr. Kobus, me gusta mucho, pero su dulzura es muy grande. Podría equivocarse el camino, ¡je! ¡je! ¡je! ¡Vamos Suzel, vamos!

Suzel se levantó muy conmovida y Fritz deteniéndola por el brazo, le llenó los bolsillos de golosinas: de macarrones, de almendras, en fin, de todo cuanto había.

—¡Gracias, Sr. Kobus! decía con su vocecita dulce; es demasiado.

—Rompe esto, le decía; tienes buenos dientes y para eso te los ha dado el Señor. Beberemos una vez más de este vinillo blanco, puesto que te gusta.

—¡Pero, Dios mío! ¿cómo quereis que beba tanto? ¡es un vino tan caro! replicaba.

—¡No importa... no importa... sé lo que me digo; ya verás como lo beberemos!

Y el compadre Christel un poco mareado, los miraba y decía para sí:

—¡Qué buen hombre es este Sr. Kobus! Tiene razón el Señor al repartir de este modo la fortuna, cuando lo hace en personas tan buenas. Es como el rocío del cielo, cada cual en su género...

Por fin salió todo el mundo y Fritz á la cabeza, llevando á Suzel del brazo y diciendo:

—Es preciso que lleve yo á mi pareja.

Al llegar al coche cogió á Suzel por debajo de los brazos y gritando: ¡Aupa Suzel! la colocó como una pluma sobre la paja y se puso á arreglarla á su alrededor.

—Mete bien los piés, le decía; las tardes están frescas.

Y sin aguardar contestacion se fué hácia Christel, y alargándole la mano, se la apretó vigorosamente, diciendo:

—¡Buen viaje, compadre Christel, buen viaje!

—Que se diviertan mucho, señores, replicó el buen labrador, yéndose hácia el pescante.

Suzel estaba muy pálida; Fritz la cogió la mano y la dijo:

—Ya beberemos buen vino blanco. Ella se sonrió.

Christel largó un buen latigazo y los caballos salieron á galope. Haan y Schoultz habían vuelto á entrar en la posada; Fritz y Josef, de pié en el quicio de la puerta, miraban cómo se iba el coche. Fritz, sobre todo, no le quitaba la vista, y cuando ya iba á volver por otra calle, Suzel volvió la cabeza.

Entónces Kobus, abrazando á Josef, se puso á besarle con las lágrimas en los ojos.

—Sí... sí, le decía el bohemio, bueno es que abraceis á un amigo;



pero es mucho mejor abrazar á aquella á quien amamos, y que nos ama.

Kobus comprendió que Josef lo había adivinado todo. Hubiera deseado ocultar sus lágrimas; de repente se puso á saltar gritando:

—¡Vamos, buen anciano, vamos á reírnos!... Es preciso divertirse... Vamos á la Madame Hütte. ¡Qué buen día! ¡qué hermoso sol!

Zimmer el postillon se mantenía de pié en la puerta cochera, con la cara amoratada; Kobus le alargó dos florines.

—Vete á echar un buen trago, le dijo; es preciso que te alegres. Saldremos despues de comer, hácia las nueve de la noche.

—Está bien, Sr. Kobus, el coche estará listo; iremos como un relámpago.

Y observando que se iban del brazo, el anciano postillon, riéndose con aire de buen humor, se dirigió á la taberna del *Oso negro*, que estaba en frente.

## XVII.

Fritz se levantó á la mañana siguiente en una admirable disposicion de espíritu; había pasado la noche soñando con Suzel, y se proponía ir á pasar seis semanas en Meishental para verla á su gusto.

—Aunque se rían Haan, Schoultz y David cuanto quieran, pensaba, yo, me voy allá; necesito ver á esa muchacha, y si las cosas van más léjos ¡qué se le ha de hacer! estará de Dios, y lo que ha de suceder, que suceda cuanto ántes.

Mientras almorzaba se le representaban el sendero de Porthal, la roca de las Tortolillas, la loma de las Retamas, la quinta; luégo el asombro de Christel, la alegría de Suzel, y todos estos pensamientos le regocijaban y animaban. Hubiera querido cantar, como Salomon: «Héte aquí, mi querida amiga, la más perfecta; tus ojos son como los de las palomas.» Por fin se caló el sombrero y tomó el baston con mucho aire. Pero ¡cuál fué su asombro al encontrarse con la buena de Orchel, justamente cuando salía á avisar á Katel que no le esperase por la noche ni al día siguiente! La buena mujer subía con dificultad, y con el pañuelo del cuello al brazo, como sucede á las personas que han tenido que marchar mucho con calor.

Figuraos su sorpresa cuando salía justamente hácia la quinta.

—¿Usted por aquí, señora Orchel? ¿Qué os mueve á venir tan de mañana?

Katel, que se asomó en aquel momento á la puerta de la cocina, decía:

—Buenos días, Orchel. ¡Válgame Dios que de prisa habeis andado! ¡Venís empapada!

—Es verdad, Katel, respondió la buena mujer tomando aliento, he venido muy de prisa.

Y volviéndose hácia Fritz, le dijo:



—Vengo, Sr. Kobus, á tratar con V. del asunto que os habló Christel en la fiesta de Bischem. He salido muy de mañana. ¡Es un asunto de tanto interes, que Christel dice que nada quiere hacer sin consultaros ántes!

—Pero yo no sé de qué se trata, replicó Fritz. Christel solamente me dijo que se volvía á Meishental para tratar un asunto de familia; y yo no le he preguntado más, como era natural.

—Por eso vengo yo, Sr. Kobus.

—Pues bien, entrad y sentaos, buena Orchel; y os daré de almorzar en seguida.

—Os doy mil gracias, Sr. Kobus; he almorzado ántes de salir.

Orchel entró en la habitacion, y se sentó al extremo de la mesa; se colocó la cofia que llevaba colgando al brazo; arregló bien el pelo dentro de ella, y estiró bien la falda y delantal sobre las rodillas. Fritz la miraba intranquilo. Despues de un rato, acabó por sentarse delante de ella, diciéndola:

—¿Christel y Suzel llegaron bien ayer tarde?

—Muy bien, Sr. Kobus, muy bien; á las ocho ya estaban en casa.

Despues de arreglarlo todo, juntó las manos, echó la cabeza para atras, y en esta actitud empezó su relato, como si fuese una comadre que le cuenta un cuento á su vecina:

—Pues señor, habeis de saber, Sr. Kobus, que tenemos un sobrino en Bischem, un anabaptista como nosotros, y se llama Hans-Christian Pelsly; es el nieto de Frenzel-Débora Rupert, la hermana de Anna-Christina-Carolina Rupert, abuela de Christel por la rama de su madre. De modo, que somos primos.

—Está muy bien, respondió Fritz; y decía para sí: ¿á qué viene todo esto?

—Sí, dijo, Hans-Christian es primo nuestro; Christel me ha contado que lo habeis visto ayer en Bischem. Es un hombre de bien, tiene buenas tierras del lado de Bieverkirch, y un hijo que se llama Jacob; un buen muchacho, Sr. Kobus: arreglado, cuidadoso, de unos veintiseis años, próximamente; nunca ha dado nada qué decir.

Fritz iba frunciendo el entrecejo.

—¿A dónde diablos irá á parar con el cuentecito de su Jacob? se preguntaba muy inquieto.

Suzel, continuó la labradora, no está léjos de cumplir los diez y ocho años; vino al mundo en el mes de Octubre, despues de la vendimia: de aquí que tenga diez y ocho años, ménos cinco meses. Es buena edad para casarse.

A Fritz le temblaron las carnes, se le erizó el pelo, y una angustia inexplicable le oprimía el corazon.

Pero la buena labradora, calmosa y pacífica por naturaleza, nada notó, y continuó hablando tranquilamente:

—Yo me casé tambien á los diez y ocho años; lo cual no me ha impedido que me haya conducido bien, ¡gracias á Dios!



Pelsly, sabiendo lo que tenemos, pensó en casar, para después de San Miguel, á Suzel y su chico. Pero ántes de hacer nada, vino, como para comprar un becerrillo. Ha pasado con nosotros el día de San Juan; ha observado bien á Suzel; viendo que no era defectuosa, que no tenía joroba, ni era coja, ni contrahecha; que sabía hacer toda clase de haciendas, y que es trabajadora.

Entónces invitó á Christel para que fuera á la fiesta de Bischem, donde conoció al muchacho: se llama Jacob, es alto, bien parecido, trabajador; es todo lo que nosotros podríamos ambicionar para Suzel.

Pelsly pidió, pues, ayer la mano de Suzel para su hijo Jacob.

Hacía ya un rato que Fritz no oía nada: su alegría, sus esperanzas, sus sueños de amor, todo se desvanecía: se le volvía el juicio. Era como una vela, que el viento dispersa su llama, y termina por apagarla, dejándola sola, desnuda, triste, con su pábilo.

La honrada Orchel, que nada sospechaba, sacó un pico del pañuelo de su bolsillo, y bajando la cabeza, se sonó y continuó:

—Hemos estado hablando de eso toda la noche Christel y yo. Nos parece una buena boda para Suzel, y Christel me dijo: «Todo esto está muy bien; pero como el Sr. Kobus es un hombre tan bueno y nos ha hecho tantos favores, seríamos unos verdaderos ingratos si termináramos este asunto sin consultarle. Yo no puedo ir hoy á Hunnembourg, porque tengo cinco carros de heno que descargar; pero tú te vas después de almorzar y estás aquí de vuelta ántes de las once para dar de comer á la gente. Esto me ha dicho Christel. Esperamos los dos que dareis vuestra aprobacion, sobre todo, después de ver al muchacho. Christel quiere traerlo para que lo conozcais. Y si lo aprobais y estais contento, espero que asistireis á la boda, no nos hareis el desaire de no aceptar. Estas palabras de «boda,» de «casamiento,» de «novio,» le zumbaban á Fritz en los oídos.

Orchel, habiendo terminado su historia y admirada de no recibir respuesta, le preguntó:

—¿Qué pensais de todo esto, Sr. Kobus?

—¿De qué? contestó.

—De este casamiento.

Entónces, pasándose la mano por la frente, se limpió algunas gotas de sudor que le corrían, y la buena Orchel, notando la palidez de su rostro, le dijo:

—¿Teneis algo, Sr. Kobus? le dijo.

—No, no es nada, dijo levantándose.

La idea de que Suzel se casara con otro le desgarraba el corazón. Quería ir á tomar un vaso de agua para reponerse; pero esta sacudida era demasiado fuerte, le temblaban las rodillas, y al ir á extender el brazo para coger el jarro, se le doblaron y cayó al suelo cuan largo era.



Entonces la pobre Orchel se puso á gritar:

—¡Katel! ¡Katel! ¡Que el señor está muy malo! ¡Dios mio, apiadaos de nosotros!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Pobre señor! ¿Pero qué ha sucedido, Orchel? ¡Jamás lo he visto en este estado!

—Yo no sé, Katel; hablábamos tranquilamente de Suzel... ha querido levantarse á tomar un vaso de agua, y se ha caído.

—¡Válgame Dios que desgracia! Con tal que no sea un arrebatado de sangre... Y las pobres mujeres, gritando, gimiendo y desoladas, le levantaron, la una por los hombros, y la otra por los piés, y le llevaron á la cama.

¡Hé ahí las consecuencias del amor! Un hombre tan razonable, que se había arreglado una vida tranquila; alejado de todas esas cosas, que se había provisto de buenos vinos, y que parecía desafiar al cielo y la tierra... ¡pues ese hombre se ve en este estado por una mirada de una muchachita sin doblez ni malicia! ¡y que todavía haya quien sostenga que el amor es la más suave de las pasiones!

Pero serían interminables las reflexiones que podrían hacerse en esta materia, y por eso dejo á cada uno que haga las que mejor le plazcan.

Orchel y Katel estaban aturdidas y no sabían á dónde acudir primero. Pero á Katel se la conocía en las grandes circunstancias.

—Orchel, dijo desatando la corbata á su amo; bajad á la Plaza de las Acacias; vereis á la derecha de la iglesia una callecita, y á la izquierda de ella una empalizada verde sobre un pequeño muro. Allí vive el Dr. Kipert; debe estar preparándose á cortar los claveles y rosas como todos los días. Decidle que el Sr. Kobus está enfermo y que le esperamos.

—Está bien, dijo la labradora abriendo la puerta; salió, y Katel, despues de haber quitado los zapatos á Fritz, corrió á la cocina para poner agua á calentar, porque para todos los remedios es bueno tener agua caliente.

Mientras se cuidaba de todo esto y chisporroteaba el fuego, Orchel volvió.

—Ya está aquí el doctor, señora Katel, dijo, ahogándose de fatiga.

Y casi al mismo tiempo el doctor que era un hombrecillo delgado, vestido con un paletot verde, pantalon de nankin sostenido por tirantes, y los cuatro ó cinco pelos grises que tenía cayendo en mechones sobre su frente roja, apareció en la casa, y sin decir nada se dirigió á la habitacion.

Orchel y Katel le dirigieron.

Miró desde luego á Fritz, en seguida le tomó el pulso, y con los ojos fijos en los piés de la cama, se mantuvo así, como un perro viejo en acecho de una cordoniz, y al cabo de un minuto dijo:

—Esto no es nada; el corazon está muy agitado, pero el pulso es



igual... Esto no vale nada... No se necesita sino una bebida calmante y nada más.

Entonces la vieja criada se puso á sollozar, secándose los ojos con el delantal.

Y Kipert, volviéndose, preguntó:

—¿Pero qué ha sucedido, Katel?

—Nada, contestó la labradora; estábamos hablando tranquilamente, y el Sr. Kobus se cayó redondo.

El médico lo observó de nuevo, y dijo:

—No tiene nada... Una emocion... una idea... Vamos... calma... no molestarle... ya volverá solo. Voy yo mismo á hacer que preparen la bebida en casa de Harwich.

Pero cuando iba á salir, al mirar de nuevo al enfermo, Fritz abrió los ojos.

—Soy yo, Sr. Kobus, dijo volviendo. ¿Qué teneis?... Algun disgusto... alguna pena... ¿no es verdad?

Fritz volvió á cerrar los ojos, y Kipert le vió correr dos lágrimas.

—Vuestro amo tiene disgustos, le dijo á Katel en voz baja.

—Al mismo tiempo Kobus murmuraba:

—¡El rebbe!... ¡el viejo rebbe!...

—¿Quereis ver al viejo David?

É inclinó la cabeza en ademan afirmativo.

—Vamos, está bien; el peligro ha pasado, dijo Kipert sonriéndose. ¡Qué rarezas se ven en el mundo! Y sin detenerse más salió.

Katel, asomada á una de las ventanas, gritaba ya:

—¡Yeri! ¡Yeri!

Y el rapaz Yeri Koffel, el hijo del tejedor, levantaba la cabeza para responder.

—Corre á buscar al viejo rebbe Sichel; corre, díle que venga en seguida.

El muchacho se puso en camino, y á los pocos pasos se detuvo gritando:

—¡Por allí viene!

Katel miró hácia la calle y vió venir al rebbe David con el sombrero en la nuca, su gabanote enredándosele en sus delgadas pantorrillas, despechugado, con la corbata en la mano y corriendo todo lo que sus años le permitían.

Se sabía ya en todo el pueblo el ataque del Sr. Kobus. ¡Cuál no sería la emocion experimentada por David! no había esperado á abrocharse el traje, y venía en un estado inexplicable de desolacion.

—Puesto que no es nada, dijo la señora Orchel, puedo retirarme... Ya volveré mañana ó pasado á saber la contestacion.

—Sí, podeis partir, le respondió Katel acompañándola hasta la puerta.

La labradora bajó y se encontró al pié de la escalera con el viejo



David que subía. Este, viendo á Katel en la sombra del recibimiento, se puso á balbucear muy bajo : «¿Qué ha sucedido?... ¿qué ha sucedido?... Está enfermo?... ¿Ha dado una caída Kobus?

Se oían los latidos de su corazón.

—Sí, entrad, dijo la criada ; pregunta por V.

Entró pálido, de puntillas, alargando el pescuezo y observando de léjos, con un aire tan asustado que daba pena el verle.

—¡Kobus! ¡Kobus! dijo con voz suave como si se tratase de un niño.

Fritz abrió los ojos.

—¿Estás enfermo, Kobus? preguntó con la misma voz temblorosa. ¿Qué te ha sucedido?

Fritz, con los ojos humedecidos, miró hácia Katel, y David comprendió en seguida lo que quería decir.

—¿Quieres hablarme á solas? le interrogó.

—Sí, murmuró Fritz.

Katel salió con el delantal en la cara, y David, inclinándose, le preguntó :

—Tú tienes algo... ¿Estás enfermo?

Fritz, sin responder, le abrazó y ambos se besaron.

—¡Soy muy desgraciado! le dijo.

—¿Tú desgraciado?

—Sí, el más desgraciado de los hombres.

—¡No me lo digas, cállate, por Dios, que me desgarras el corazón! ¿Qué te ha sucedido?

—¿No te burlarás de mí, David?... Te he faltado... me he reído muchas veces de tí... no he tenido en consideración lo que debía al amigo más antiguo de mi padre... pero no te burlarás de mí, ¿no es verdad?

—¡Pero, por Dios, Kobus! exclamó el viejo rabino próximo á sollozar; no me hables de esas cosas... Nunca me has proporcionado sino alegrías... nunca me has disgustado... al contrario... me gustaba verte reír... pero dime...

—¿Me prometes no burlarte de mí?

—¡Burlarme! ¿Tengo tan mal corazón que vaya á burlarme de los disgustos de mi mejor amigo?

Entonces Fritz estalló en grandes sollozos y dijo :

—¡Era mi única alegría, David : no pensaba sino en ella... y se la dan á otro!

—¿Quién es ella... quién es?

—Suzel, respondió sollozando.

—¿La preciosa Suzel... aquella muchachita hija de tu arrendador?... ¿La quieres?

—¡Sí!

—¡Vaya! dijo el viejo David enderezándose con la cara asombrada; está enamorado de aquella rapazuela, de la preciosa Suzel! ¡Toma... toma... toma... si yo debería haberlo notado!... Pero yo no veo mal



en eso, Kobus... esa muchachita es muy mona... Es lo que tú necesitas... de seguro serás muy feliz con ella...

—¡Quieren dársela á otro! respondió Fritz desesperado.

—¿A quién?

—A un anabaptista.

—¿Y quién te lo ha dichó?

—Su madre ; Orchel... ahora mismo... ha venido de exprofeso á decirlo...

—¡Ah, ya! bueno... ahora ya comprendo ; ha venido á decirle esto con toda naturalidad, sin sospechar nada... y él se ha puesto enfermo... Bien, está claro... es natural...

Así razonaba David en voz baja mientras daba dos ó tres paseos por la habitacion con las manos cruzadas á la espalda.

Despues, parándose al pié de la cama, le dijo :

—Si amas á Suzel ella deberá saberlo... se lo habrás dicho.

—No me he atrevido.

—Que no te has atrevido... no importa ; ella lo sabe. Esa muchacha es muy lista... lo ha comprendido eso desde luego... y debe estar contenta de gustarte, porque tú no eres como el primer anabaptista que se presente... Tú representas un hombre en una posicion conveniente ; y te aseguro que esa muchacha debe estar muy satisfecha de que le haya mirado un señorito del pueblo, un hombre guapo, bien mantenido, risueño y hasta majestuoso ; sobre todo cuando se pone su levita negra y sus cadenas de oro sobre la barriga. Sostengo que debe quererte más que á todos los anabaptistas del mundo. ¿No ha de conocer á las mujeres el viejo Sichel? ¡Es cuestion de sentido comun! Pero dime ¿has preguntado siquiera si ella consiente en casarse con el otro?

—Ni siquiera he pensado en eso ; la cabeza me daba vueltas como un molino.

—¡Con que no lo has pensado! Dijo levantando los hombros y juntando las manos con un gesto de lástima. ¡Y te desesperas, te caes redondo, gritas, lloras! ¡Esos... esos son los enamorados! ¡Espera, espera, si está todavía aquí Orchel, vas á ver!

Abrió la puerta y gritó por el corredor :

—Katel, ¿esta todavía Orchel?

—No, Sr. David.

Volvió á cerrar.

Fritz parecía haberse repuesto un poco de su desesperacion.

—David, dijo, me devuelves la vida.

—Vamos, shande, dijo el viejo rebbe, levántate, vístete y déjame hacer. Vamos juntos á pedir á Suzel en matrimonio. ¿Podrán sostenerte las piernas?

—Para pedir á Suzel, exclamó Fritz, iría hasta el fin del mundo.

—¡Je, jé, jé! hizo el viejo Sichel contrayendo la fisonomía y entornando los ojos ; ¡je, je, je! ¡Vaya un susto que me has dado! He atra-



vesado todo el pueblo en esta facha, y gracias que me acordé de ponerme los pantalones.

Se reía y se abrochaba al mismo tiempo el chaleco y la levita verde.

Pero Fritz no se atrevía á reirse todavía; se calzaba, muy pálido de inquietud, y despues, cogiendo el sombrero y el baston, dijo con voz alterada:

—Ahora, David, estoy á tus órdenes. ¡Dios quiera ayudarnos!

—¡Amen! dijo el viejo rebbe.

Y salieron.

Katel desde la cocina había visto algo, y se admiraba de estos acontecimientos; así es que nada dijo al verlos pasar. Atravesaron la ciudad abstraídos en sus reflexiones, y sin apercibirse de que la gente les miraba con sorpresa. Una vez fuera, el aire libre reanimó á Fritz, y mientras bajaban por la senda de Posthal, se puso á contarle lo sucedido hacía tres meses; la manera cómo se había apercibido de su amor á Suzel; cómo había procurado distraerse, emprendiendo un viaje con Haan; pero que la idea le perseguía por donde iba, que no podía tomar un vaso de vino sin disparatar sobre el amor, y que por fin se había dejado vencer y abandonado á la merced de la Providencia.

David, con la cabeza inclinada y andando á buen paso, se sonreía por debajo de su perilla gris, y de cuando en cuando guiñando los ojos.

—¡Je, je, je! prorumpía en una carcajada; ¡ya te lo decía yo, Kobus; ya te lo decía que son irresistibles! Estabais, pues, cantando, y tu decías: Rosita la más bonita... ¿Y despues?

Fritz seguía su historia.

—Está bien... está bien eso, replicaba el viejo David. ¡Je, je, je! Esa idea te persigue, y era más fuerte que tú. Si... si... me lo figuro todo como si me sucediera. Despues en la Cervecería del Grand Cerf, desafiabas el mundo entero en defensa del amor... Bueno, bueno; me agrada oírte hablar así...

Y Fritz, feliz de hablar de estas cosas, seguía su historia que no interrumpía sino para preguntar de vez en cuando:

—¿Crees seriamente que me ama?

—Sí... sí... te ama, replicaba el rebbe con los ojos entornados.

—¿Estás seguro?

—¡Je! ¡je! ¡je! eso es de clavo pasado... De modo que en Bischem tuvisteis la felicidad de bailar juntos el *treieleins*. ¡Debiste ser muy feliz en aquel momento, Kobus!

—¡Oh! exclamaba Fritz.

Y volvía á entusiasmarse como si estuviera bailándolo aún. Nunca había estado más satisfecho el viejo Sichel; no se cansaba de oír á Kobus repetir el relato, y algunas veces que éste se callaba él sostenía la conversacion con reflexiones sacadas de la Biblia, tales como: «Te he despertado bajo un manzano donde tu madre te dió á luz,



donde te dió á luz aquella á quien debes el sér;» ó bien: «Por mucha agua que hubiera, sería inextinguible el fuego de este amor, y los rios no serían suficientes á ahogarle;» y otras veces: «Tú me has arrebatado el corazon con el fuego de tus ojos; me has arrebatado el corazon con una cuenta de tu collar.»

Fritz encontraba muy bellas estas reflexiones. Por tercera vez emprendía de nuevo la narracion de detalles, cuando el viejo rebbe, deteniéndose al extremo del bosque, cerca de la roca de las Tortollas, á diez minutos de la quinta, le dijo:

—Mira á Meishental. Ya me contarás más tarde lo que resta. Ahora me voy á adelantar solo, y tú me esperas aquí.

—¡Cómo! ¿es preciso que me quede aquí? preguntó Kobus.

—Sí; es un asunto delicado; me veré quizás obligado á discutir con esas gentes para convencerlos; ¿quién sabe? es posible que hayan hecho promesas al anabaptista. Más vale que no lo presencias. Quédate aquí y yo bajaré solo; si las cosas marchan bien, me verás aparecer al extremo de la pocilga; te enseñaré el pañuelo y ya sabes lo que eso significa.

A pesar de la gran impaciencia de que estaba poseido Fritz, debió convencerse á estas razones. Se paró en el lindero del bosque, y David bajó trotiqueando como una liebre vieja, con la cabeza torcida y apoyándose en el baston de Fritz que le había pedido de antemano.

Sería entónces la una y media; el sol calentaba con fuerza el Meishental y brillaba sobre el rio hasta perderse de vista. No se movía una hoja, no se oía ni el canto monótono de un grillo, los pájaros dormían con su pico debajo del ala y solamente muy de tarde en tarde se percibían los mugidos de los bueyes de Christel, que echados á la sombra con las rodillas plegadas debajo del vientre, los lanzaban en el valle.

Fácil es imaginarse las reflexiones que haría Fritz despues de separarse del rebbe. Le acompañó con la vista hasta cerca de la quinta. Mas allá de los matorrales, David tomó por el sendero arenoso que va á la sombra de los manzanos, por el pié de la colina; Kobus no distinguía ya más que el sombrero, despues le vió pasar por el lado de los establos, y al mismo tiempo resonaron los ladridos de Mopsel. David entónces se apoyó sobre el baston y Mopsel redobló sus ladridos, hasta que el viejo rebbe desapareció por la esquina de la quinta.

Entónces empezó á parecerle el tiempo interminable en medio de aquel gran silencio. Aquello parecía que no iba á terminar nunca. Minuto tras minuto había transcurrido un cuarto de hora; de repente vió un punto iluminado en el piso bajo, creyó que era el pañuelo de David y tembló; pero era la ventanita de la cocina que había abierto al sol la criada Mayel, que vaciaba en el corral el cesto de despojos; el cacareo de las gallinas y las voces de los patos se oyeron inmediatamente y empezó el tiempo á hacersele de nuevo interminable.



Kobus se forjaba mil ideas: le parecía ver á Christel y Orchel negarse y á David suplicándoles... ¿Quién sabe? Los pensamientos se le agolpaban á la imaginacion de tal modo, que le hacían desvariar.

Por fin apareció David en la esquina del establo, pero no agitaba nada y Fritz al verlo le temblaron las rodillas. El viejo rebbe al cabo de un instante metió la mano en el bolsillo de su gaban hasta el codo, sacó el pañuelo y se sonó como si no hiciese nada y por último levantándolo lo agitó.

Al verlo, Kobus echó á correr hácia allí. Las piernas corrían solas; era un verdadero gamo. En ménos de cinco minutos estuvo en las inmediaciones de la quinta. David con las mejillas surcadas por innumerables arrugas y los ojos chispeantes, le recibió sonriéndose:

—¡Je, je, je! decía muy bajito; esto marcha... esto marcha... Te aceptan... espera un poco... ¡oye!

Fritz no le oía; corrió hácia la puerta, y el rebbe le siguió satisfecho de su ardor. Cinco ó seis jornaleros de blusa y sombrero de paja salían para el trabajo, los unos ponían el yugo á los bueyes, los otros salían con la horquilla ó el rastrillo al hombro, todos miraron, y al pasar decían:

—Buenos dias, Sr. Kobus.

Pero pasó sin oírlos, entró en la casa despavorido, y atravesó el salon seguido de David, que se frotaba las manos y reía de satisfacción.

Acababan de comer, y estaban todavía sobre la mesa las grandes escudillas de *Fayenza*, los tenedores de cobre y el jarro de barro. Christel estaba sentado en un extremo y con el sombrero sobre la nuca, miraba como asombrado; la señora Orchel estaba de pié al lado de la puerta de la cocina con las mejillas rojas y la boca abierta.

Suzel, sentada en el sillón de cuero, estaba entre el horno de fundicion y el reloj, en mangas de camisa, con un corpiño de lienzo azul, y tenía su dulce fisonomía tapada por el delantal; sólo se veía su precioso cuello iluminado por el sol y su hermoso brazo torneado.

Fritz, á la vista de este cuadro, quiso hablar, pero le faltaron las palabras, y el Sr. Christel fué el que empezó.

—¡Sr. Kobus! exclamó con voz de estupefaccion; ¿es cierto lo que acaba de decirnos el rabino David? ¿Es posible? ¿Estais enamorado de Suzel y nos la pedís en matrimonio? Necesito oírlo de vuestros mismos labios, sin lo cual me es imposible creerlo.

—Compadre Christel, respondió Fritz con cierta elocuencia, si no me concedéis la mano de Suzel, ó si ella no me amase, la vida me será enojosa, no podré soportarla; no he amado jamás á ninguna otra, y sólo á ella quiero amar. Si Suzel me ama y si vos me la concedéis, seré el hombre más feliz del mundo, y haré todo lo posible por hacerla tambien dichosa. Sr. Christel, continuó Fritz, mi vida está en vuestras manos.

—Sr. Kobus, exclamó el labrador con voz fuerte y extendiendo



los brazos; ¿qué dicha mayor que daros nuestra hija? ¿Cuándo podríamos vernos más honrados que teniéndoos por yerno? Pero yo os ruego, Sr. Kobus, que lo penseis despacio... que reflexioneis bien lo que somos y lo que sois... que sois de otra clase de la sociedad, que vuestra familia es distinguida, no sólo por su fortuna, sino por la estimacion que han sabido conquistarse vuestros antepasados y vos mismo. Reflexionadlo bien todo... que el dia de mañana no tengais que arrepentiros despues... y que nosotros no tengamos el dolor de pensar que somos la causa de vuestra desgracia. Vos sabeis más que nosotros, Sr. Kobus; somos gentes sin instruccion; ¡reflexionad, pues, por todos!

—¡Qué hombre tan honrado! pensaba David.

Y Fritz enternecido, replicó:

—¡Si Suzel me ama, estoy satisfecho! Si por desgracia no me amase, ¿de qué me servirían la fortuna, la posicion, ni las consideraciones del mundo? ¡Para mí no habría ya nada! Lo he reflexionado bien, y el amor de Suzel es mi única esperanza, constituye mi existencia, mi bienestar.

—Pues bien, dijo Christel; ¡que se cumpla la voluntad de Dios! Suzel, ya has oido al señor; contéstale tú misma. En cuanto á nosotros, ¿qué más podemos ambicionar que tu felicidad? Suzel, ¿amas al Sr. Kobus?

Pero Suzel no contestaba y aumentaba los sollozos.

Por fin Fritz exclamó con voz temblorosa:

—¿No me quieres, Suzel, y por eso no quieres hablar?

De repente, levantándose como enloquecida, se arrojó en sus brazos diciendo:

—¡Sí, os amo!

Y lloró, mientras que á Fritz le corrían gruesas lágrimas por las mejillas, teniéndola apretada sobre su corazon.

Todos los asistentes lloraban á la par que ellos; Mayel, con la escoba en la mano, alargaba el pescuezo por la ventana de la cocina, y alrededor, por las otras ventanas, se veían caras llenas de curiosidad que se asomaban para ver y oír.

Por fin el viejo rebbe sonándose, dijo:

—¡Está bien... está muy bien... amaos... amaos!

Y hubiera proseguido alguna sentencia, si Fritz no hubiese dado de repente un grito de triunfo, y pasando la mano alrededor de la cintura de Suzel, se puso á walsar con ella, diciendo: ¡Ole! ¡Viva Suzel! ¡Ole! ¡Ole!

Todos los que lloraban soltaron entónces la carcajada, y la preciosa Suzel, sonriéndose á la par que llorando, ocultaba su carita en el pecho de Fritz.

La alegría estaba pintada en todas las fisonomías; parecía que había aparecido ese magnífico sol de primavera que sucede á los grandes chubascos.



Dos robustas muchachas, con sus grandes sombreros de paja sirviéndoles de sombrillas, la cara roja y la mirada de estupefacción, se atrevieron á llegarse hasta la ventana, asomándose y riéndose á carcajadas. Por detras de ellas se asomaban los demas para oír.

Orchel, que acababa de salir secándose los ojos con el delantal, volvió con una botella y vasos.

—Esta es la botella de vino que nos enviásteis para Suzel hace tres meses, le dijo á Fritz; la guardábamos para celebrar los dias de Christel; pero podemos bebérnosla hoy.

En este instante se oyó el chasquido de un látigo y la voz de Zapheri, el muchacho de la quinta, que gritaba:

—¡En marcha!

La gente abandonó las ventanas, y miéntras el anabaptista llenaba las copas, el viejo rebbe preguntó:

—Bueno, Christel; ¿cuándo es la boda?

Estas palabras hicieron que Suzel y Fritz prestaran atención.

—¿Qué piensas tú, Orchel? le preguntó el labrador á su mujer.

—Cuando el Sr. Kobus quiera, replicó la buena mujer sentándose.

—¡A vuestra salud, hijos míos! dijo Christel.

—Yo creo que despues de la recolección del heno...

Fritz miró al viejo rebbe, y éste dijo:

—Escuchad, Christel, el heno es una buena cosa; pero la felicidad es mejor. Yo represento aquí al padre de Kobus, de quien fuí íntimo amigo... Pues bien; yo creo que se debe fijar el plazo de ocho dias, que es justamente lo que se necesita para las publicaciones. ¿Para qué esperar más? ¿para qué impacientar á estos pobres muchachos? ¿No eres tú de mi opinion, Kobus?

—Yo quiero lo que quiera Suzel, dijo mirándola.

Ella bajó los ojos é inclinó la cabeza sobre el hombro de Fritz sin responder una palabra.

—Pues que sea así, dijo Christel.

—Sí, respondió David, es lo mejor; y mañana venís á Hunnembourg para arreglar el contrato.

Bebieron, y el viejo rebbe sonriéndose decía:

—He hecho muchas bodas en mi vida; pero ésta me causa más placer que ninguna y me enorgullece más. He venido á vuestra casa, Christel, como el servidor de Abraham, Eliazar, á casa de Laban; este asunto ha venido de arriba, procede del Eterno.

—Bendigamos la voluntad del Eterno, respondieron Christel y Orchel á una voz.

Y desde entónces quedó convenido que el contrato se haría al día siguiente en Hunnembourg y la boda se efectuaría á los ocho dias.



## XVIII.

El ruido de este acontecimiento se extendió aquella misma tarde por Hunnembourg, y toda la ciudad estaba admirada; todos se preguntaban: ¿en qué consiste que ese hombre tan rico y en tan buena posición se casa con una hija del pueblo, con la hija de su arrendatario, habiendo rehusado tan buenos partidos de quince años á esta parte?

Se paraban en las calles para comunicarse esta noticia; no se hablaba de otra cosa á las puertas de las calles, en los salones y hasta en los patios; todo el mundo estaba admirado.

De este modo supieron Schoultz, Haan, Speck y los demás amigos de Fritz estas noticiones tan sorprendentes; al día siguiente, reunidos en el Grand-Cerf, hablaban de esta manera: ¡Qué locura tan grande, casarse con una mujer de inferior condición á la de uno! De ahí nacen toda clase de hastíos y de celos. Para eso más vale quedarse soltero. ¡Qué no ha de haber en el mundo maridos más risueños, más contentos y satisfechos que los que se casan cotorrones!

—Sí, exclamaba Schoultz indignado porque Kobus no les había dicho nada; ahora ya podemos despedirnos de ver á Fritz; vivirá encerrado en su concha como el caracol, procurando esconder en ella los cuernos. ¡Cómo se embrutece los hombres con la edad! Cuando pierden su virilidad, una simple campesina los doma y los conduce como una seda. ¡Solamente los veteranos se resisten!

—Cuando volvamos á ver á Kobus, podremos decirle: ¡Adios, adios, descansa en paz! como cuando se entierra al buey gordo.

Haan miraba debajo de la mesa, con aire pensativo, y vaciaba la ceniza de la pipa. Pero como á fuerza de hablar se vieron precisados á tomar aliento, tomó entónces la palabra y dijo:

—El matrimonio es el fin de la alegría, y yo, por mi parte, preferiría que me rodearan la cabeza con un fajo de espinas á echarme ese dogal al cuello. A pesar de todo, puesto que nuestro amigo Kobus se ha convertido, es preciso confesar que su Suzel es digna de hacer este milagro, por su gentileza, talento y buen sentido; no conozco sino otra persona que le sea comparable y aún la aventaje en algunas de estas cualidades, porque tiene mayor dignidad en su aire; es la hija del burgomaestre de Bischem, aquella soberbia mujer con quien bailé el *treieleins*.

Entónces Schoultz replicó: que ni la preciosa Suzel ni la hija del burgomaestre servían para descalzar á su pareja de Bischem; y animándose cada vez más la discusión se prolongó hasta las doce de la noche, hora en que el wachtmann vino á advertirles que la suspendieran por entónces.

El mismo día se extendió el contrato matrimonial en casa de Fritz.



Y al inscribir el escribano Muntz los bienes de Kobus y preguntar si Suzel tenía algunos, y al saber que sólo podría llevar al matrimonio los encantos de la juventud y el amor, el viejo David, arrimándose al notario, le dijo :

—Poned que el rabino David Sichel dota á la preciosa Suzel en las tres fanegas de viña de Sonneberg, que producen el mejor vino del país. Ponedlo, Sr. Muntz.

Fritz le miró muy sorprendido, porque aquellas tierras le pertenecían; pero el viejo rebbe, levantando el dedo, le dijo sonriéndose :

—Recuerda, Kobus, nuestra discusion sobre el matrimonio despues de una comida, hace tres meses, en tu casa.

—Es verdad, dijo ruborizándose; estas tres fanegas de viña son de David, me las ha ganado; pero puesto que se las regala á Suzel, las acepto para ella. Añadid, solamente, que le reserve el usufructo; quiero que pueda beber buen vino miéntras viva, aunque sean más años que su abuelo Matusalem. Y poned tambien, Munz, que Suzel lleva en dote la quinta de Meishental que le doy en señal de amor; Christel y Orchel la cultivarán para sus hijos con gran placer.

De este modo se extendió el contrato de boda.

Los demas accidentes, tales como la venida de Josef Almani, Bockel y Andrés desde quince leguas de distancia á tocar á la boda de su amigo Kobus; el festin preparado por Katel, segun todas las reglas de su arte, y ayudada por la cocinera del Bœuf-rouge, la gracia alegre de Suzel y la alegría de Fritz, á la dignidad de Haan y Schoultz, sus amigos predilectos, á la bella alocucion que les dirigió el pastor Diemer, al gran baile que abrió el viejo rebbe David con Suzel, en medio de los aplausos universales; en cuanto al entusiasmo con que Josef tocó el violin de una manera tan extraordinaria, que acudió la mitad de Hunnemburgo á la plaza de las Acacias para oirle hasta las cuatro de la mañana, en todo lo que á esto se refiere sería demasiado largo referirlo y ocuparía tanto como la historia principal.

Baste, pues, saber que á los quince dias próximamente de haberse casado Fritz reunió sus amigos en el mismo salon en que Suzel se habia sentado entre ellos tres meses ántes y declaró en alta voz que el viejo rebbe tenía razon en decir: «que fuera del amor sólo existe vanidad; que nada se le puede comparar, y que ¡el matrimonio con la mujer que uno ama es el paraíso en la tierra!

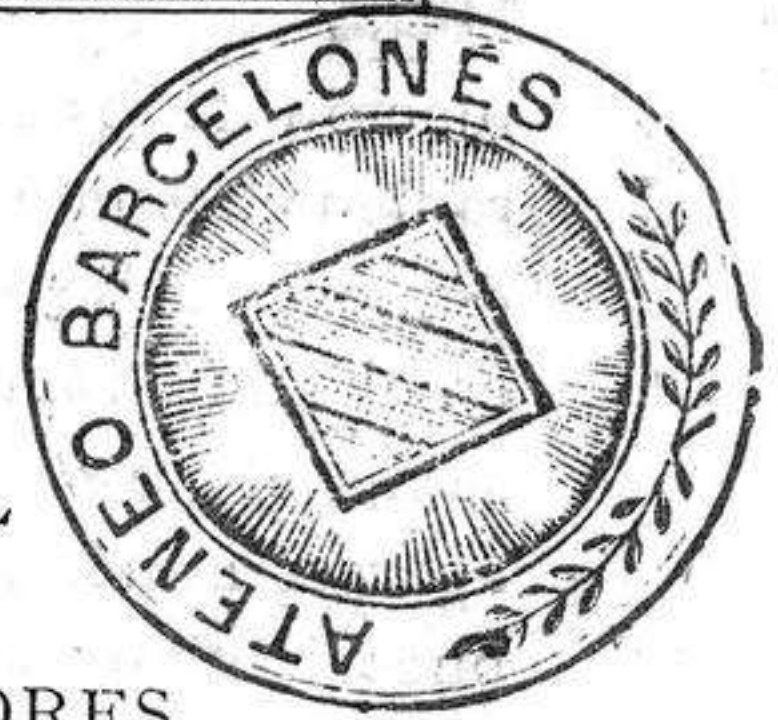
Y David Sichel, muy conmovido, pronunció esta bella sentencia que había leído en un libro hebreo y que encontraba sublime, aunque no era del Viejo Testamento :

«Queridos míos, amémonos unos á otros. Quien ama á sus semejantes conoce á Dios. El que no los ama le desconoce, porque Dios es amor.»

FIN.







## EL ESTADO ACTUAL

### DE LA TEORÍA DE LOS COLORES.

(Conclusion.)



Dió Chevreul el nombre de *contraste* á las oposiciones de efectos, que resultan mirando sucesiva ó simultáneamente colores diferentes ó intensidades diversas de uno mismo.

En la imposibilidad de hacer prolijamente el exámen de todos los casos posibles, probaremos á dar somera idea de las modificaciones ocasionadas en las percepciones de color por los fenómenos de contraste, que, como todos los referentes á los sentidos, suministran pruebas indudables de la relatividad de las sensaciones y de la imposibilidad de reducir á nociones absolutas nuestras representaciones y percepciones.

Si se recuerda lo dicho sobre las imágenes accidentales y el ejemplo aducido, se tendrá un caso de *contraste sucesivo*, en el cual la imagen accidental se destaca sobre el fondo uniforme rojo y parece más saturada que la luz objetiva, es decir, que en el segundo tiempo del experimento aparece una imagen del campo verde, visto en el primero, con la particularidad de que la única modificación consiste en el aumento de saturación del rojo, á causa de ser complementarios los colores mirados sucesivamente. Si no se olvida que todo color excita,



aunque en grado diferente, los tres órdenes de fibras del nervio óptico, será obvio que la razón del fenómeno se encuentra en haber disminuido la excitabilidad de las fibras del verde; hecho fisiológico, que se traduce psicológicamente por la debilitación de los elementos similares al color que se vió primeramente. Esta es la ley del contraste sucesivo, y con ella pueden explicarse todos los casos posibles. Si en lugar de mirar en el segundo tiempo el color complementario del primero, se fija el ojo sobre uno del mismo tono, la imagen accidental aparecerá ménos saturada, es decir, más blanquecina ó clara, pues debilitados los elementos similares, la excitación de las fibras de los dos órdenes restantes, dará una cantidad de blanco, cuya influencia no puede ménos de hacerse sentir. Si el segundo color es diferente del primero, sin ser complementario, la imagen accidental pasa á un tono intermedio, situado en el círculo cromático cerca del color complementario del primero.

Bastarán, sin duda, los hechos expuestos para demostrar la influencia que el contraste sucesivo tiene en la comparación de colores contiguos. Para sustraernos á la fatiga retiniana ejecutamos inconscientemente movimientos con los ojos y la cabeza, dejando errar el punto de fijación y recorriendo sucesivamente diversas partes del campo visual. No es menester gran esfuerzo para darse cuenta de la exactitud de este aserto; la dificultad experimentada cuando queremos fijar absolutamente la mirada, y el deslumbramiento y cansancio sentidos en este caso, son más que suficientes para convencer al más incrédulo de que en circunstancias ordinarias miramos sucesivamente los colores de un cuadro, por ejemplo, viendo en ellos efectos de contraste sucesivo, en los cuales una disposición hábil de los colores por parte del pintor engaña nuestro juicio, siendo menester la investigación científica para demostrar la falta de relación entre la naturaleza objetiva del color y la percepción resultante. El experimento de Chevreul aclara por completo este punto: si se colocan de lado dos cintas, una amarilla y otra roja, y por fuera de éstas otras dos, de modo que cada una de las últimas se halle junto á la de su mismo color, la amarilla y roja intermedias parecerán de distinto tono que las anteriores; mientras éstas conservan su color objetivo, aquéllas presen-



tan un tono resultante de la mezcla del propio y del complementario del otro: así la cinta roja intermedia parece púrpura, por ser éste color el producto del rojo y del añil, complementario del amarillo; y siendo complementario del rojo el verde azulado, la cinta amarilla se presentará verdosa.

En los fenómenos de *contraste simultáneo*, no son necesarias las imágenes accidentales ó consecutivas; refiérense á los casos en que es imposible juzgar exactamente un color, compararle á otro determinado, hallándonos dispuestos á considerar las diferencias mucho mayores que las resultantes de observaciones, en las cuales es preciso juzgar con auxilio de la memoria. Con razon dice Helmholtz, que ésta parece ser una ley general, aplicable á todas nuestras percepciones: un hombre de mediana estatura nos parece pequeño al lado de otro más alto, pues entónces vemos claramente que hay otros mayores que él, y prescindimos de los menores; pero llamamos alto al mismo hombre, si le vemos junto á otro de poca talla.

Las sombras coloreadas nos ofrecen el caso más favorable á la observacion de los fenómenos que nos ocupan. Ilumínese un papel blanco simultáneamente por la luz solar debilitada y por una bujía, y colóquese un cuerpo opaco, como un lápiz ó un dedo, de modo que proyecte dos sombras; una de la luz solar, que se formaría en ausencia de la bujía é iluminada por ésta, y otra de la luz artificial, que existiría sin la solar, cuya luz recibe. Siendo amarillo-rojiza la luz de la bujía, del mismo color será la sombra de la luz natural, que ilumina; por el contrario, la sombra de luz artificial que no la recibe de la bujía sino del sol, tendrá que ser objetivamente blanca como ésta. Si ahora miramos la última sombra, léjos de verla blanca, nos parecerá azul, color complementario del amarillo-rojizo blanquecino del fondo, que recibe á un tiempo la luz de la bujía y la natural. No se crea que este hecho puede explicarse por las imágenes accidentales, pues la experiencia demuestra lo contrario: márquese un punto cualquiera en la sombra, fíjese en él el ojo y colóquese una pantalla opaca para interceptar la luz artificial hasta que la solar parezca completamente blanca, y tan pronto como se quite la pantalla la sombra parecerá azul, aunque no se haya desviado la mirada. El azul de



la sombra es un color por contraste, subjetivamente diferente de la naturaleza objetiva de los rayos que la iluminan. Este experimento es todavía más curioso si se practica de la manera siguiente: diríjase un tubo, ennegrecido interiormente, en una posición tal, que sólo la sombra de la bujía, únicamente iluminada por la luz solar, sea visible al experimentador, y la sombra parecerá blanca, conservará su color objetivo; pero si se desvía el tubo para ver una parte del campo iluminado por la bujía, la sombra se vuelve azul inmediatamente. Inútil será entonces colocar de nuevo el tubo en su primitiva posición; la sombra permanecerá azul, á pesar de haberse sustraído el experimentador á las condiciones, bajo cuya influencia apareció el color por contraste: aun cuando se intercepte la luz artificial. Tan notable es la persistencia del color azul, que Osnann dedujo de este género de experimentos, que era de naturaleza objetiva.

Larga es la lista de los fenómenos análogos que se conocen hoy, teniendo todos una significación idéntica, pues unánimemente prueban la gran influencia que el juicio tiene en nuestras determinaciones de colores, y la relatividad de las sensaciones. En el experimento citado, el color azul persiste después de desaparecer las condiciones á que era debido, hasta que, quitando el tubo, se hace posible una nueva comparación. Creemos innecesario entrar en más detalles, para demostrar que las percepciones de color son signos y no imágenes de la naturaleza objetiva de la luz, ó del modo que de reflejarla tienen los cuerpos.

Fisiólogo de profesión, hábil experimentador, que puede vanagloriarse de haber realizado brillantes descubrimientos en el terreno de la biología, y especialmente en la fisiología de los sentidos; pensador, dotado de un nada común poder de abstracción, y tan familiarizado con las más difíciles cuestiones del cálculo, como avezado á la práctica del método experimental; fuera el profesor de fisiología de la Universidad de Praga uno de los primeros psicofísicos de nuestro tiempo, si sus aficiones metafísicas, su tenaz empeño en apelar siempre á causas teleológicas y una especie de secreta inquina—bien poco justificada, por cierto, en un fisiólogo—contra la psico-



logía experimental, no hiciesen de él un naturalista, que piensa más en las causas finales que en las propiedades físicas de las cosas. Hering parece haberse propuesto destruir los progresos de la psicofísica: así ha combatido rudamente la ley de Fechner y la teoría de los colores de Helmholtz, siendo digno de notarse que apela á un conjunto de argumentos, mitad metafísicos, mitad experimentales. Por fortuna, el ejemplo no parece ser contagioso, al ménos no lo ha sido en este caso; de lo contrario, sería de temer, para el adelantamiento de la ciencia, la aparicion de una raza de metafísicos, experimentadores de aficion.

Lo más admirable es que la primera objecion dirigida á Helmholtz consiste en reprocharle la explicacion psicológica y no fisiológica de los fenómenos de contraste y de la sensacion del negro. No será preciso insistir mucho para desvanecerla; porque, de una parte, hemos visto que no hay otro medio de hacerlo, y que lo demuestra la experiencia; y de otra, muchos fenómenos de contraste pueden explicarse por la fatiga y las imágenes accidentales.

Tampoco parece á Hering conveniente la explicacion del contraste sucesivo por la fatiga, afirmando que es ésta criterio poco preciso. No acertamos á comprender cómo pueda ponerse en duda la vision de imágenes accidentales originadas exclusivamente por el cansancio de fibras determinadas en un punto de la retina, como lo prueba la concisa exposicion hecha en este artículo, la cual demuestra además la conformidad completa de la hipótesis de Young con los hechos observados.

Pero veamos los fundamentos de la teoría, que pretende aniquilar la de Young y Helmholtz.

Suponiendo todo acto funcional un gasto de materia, y exigiendo el consumo reparacion, la cantidad de sustancia consumida representa el blanco, y la reparada el negro; los respectivos procesos la vision del blanco y del negro. Llamemos, dice E. Hering, desasimilacion al primer acto y asimilacion al segundo; el blanco será una sensacion proporcional al gasto material del aparato óptico, y el negro á la asimilacion exigida por el primero. Como el consumo depende de la excitacion producida por las ondulaciones del éter, el blanco supone luz;



no así el negro, pues el proceso de la reparacion se verifica sin agente excitador externo, siendo ésta la razon, segun Hering, de que la sensacion del negro no tenga causa física objetiva.

Las premisas de que parte el fisiólogo de Praga son exactas; nadie pondrá en duda que un acto funcional supone un gasto, el cual ha de ser reparado, so pena de la destruccion ó inutilizacion del órgano; pero no puede decirse lo mismo de la aplicacion, puesto que, á ser verdad que la vision del negro resultará de la asimilacion, esta sensacion acompañaría siempre á la del blanco, que nunca veríamos, porque iría constantemente mezclado con el negro, resultando la vision del gris llamado medio, ó sea la suma de iguales cantidades de blanco y negro. Por otra parte, la asimilacion y desasimilacion, como fenómenos nutritivos, son insensibles, y no existe precedente alguno para afirmar lo contrario. Si no fuese tan grande la reputacion del profesor E. Hering, y tanta su talla científica, diríamos que la primera premisa de su teoría de los colores es un verdadero atentado de lesa fisiología. Si el consumo es el antecedente lógico de la reparacion, ¿cómo podrá ésta verificarse ántes de aquél? ¿Cómo se podrá ver un objeto negro sin que todas las fibras del óptico afectadas hayan sido primero el asiento de un proceso de desasimilacion de igual extension é intensidad? La consecuencia natural de esta suposicion, tan gratuita como absurda, sería que para ver un cuadrado, un círculo ó un triángulo negros, habría que haber visto de antemano un objeto blanco de igual figura geométrica. De no ser así, ¿de dónde y con qué fin la asimilacion sin pérdida previa? Hering dice que el negro es una sensacion de igual naturaleza á la del blanco, y del valor cero, lo cual constituye una confusion lamentable entre lo objetivo y lo subjetivo; pues si bien el negro es una sensacion y su naturaleza objetiva (si hubiese negro absoluto) es la falta de luz ó sea cero, ni la sensacion es cero, ni su naturaleza tiene nada que ver con el blanco. La razon aducida para legitimar este antagonismo y correlacion de las sensaciones del blanco y del negro, no puede ser más peregrina; y cuenta, que no es duro el calificativo aplicado á la afirmacion de que ambas se combinan



para formar el gris. Cuerpos hay también que reflejan pocos rayos de un color cualquiera, como el azul, el verde ó el violado, y los llamamos negros azulados, verdosos ó violáceos: tanto valiera haber escogido otro color al azar para formar lo que Hering llama el *par* del blanco y del negro, que entónces hubiese podido ser el del negro y el azul, del negro y el verde ú otro cualquiera.

Más palpable se hace el error en la explicacion del gris y de la saturacion subjetiva. Resultando el gris del blanco y del negro y existiendo grises más ó menos claros, es decir, más ó menos blanquecinos, se ve Hering forzado á admitir que la desasimilacion (blanco) es de una intensidad diferente á la asimilacion (negro); aserto, á nuestro entender, contrario á las más rudimentarias nociones biológicas y en un todo opuesto la misma teoría. Si ésta empieza por asentar que la sensacion del negro es igual á la del blanco y del valor cero, no se concibe cómo se la explica por un contrario de valor variable, que debiera representarse por una cantidad negativa; y si se parte del supuesto de la correlacion y equivalencia del gasto y la reparacion, ¿con qué derecho se afirma que éste puede ser mayor ó menor que aquélla? Falta, además, Hering á su objeto; indudable es, en efecto, que quiere establecer una correlacion absoluta, todavía más, la equivalencia perfecta de lo objetivo y lo subjetivo para sustentar sus opiniones metafísicas frente á la relatividad de las sensaciones y á la doctrina hoy general de que nuestras representaciones no son imágenes exactas, sino signos de las cosas, á las que no equivalen ni cualitativa ni cuantitativamente, conservando sólo la constancia que nos permite considerarlas como los signos de éstas en la conciencia y establecer el encadenamiento y correspondencia entre el mundo objetivo y el subjetivo. No cumple á ese intento de Hering invocar la asimilacion, que, siendo fenómeno fatal en el sujeto, nada tiene de objetivo; es imposible que la reparacion sea motivada por el objeto, si ese acto es consiguiente de un gasto ó pérdida equivalente, y por tanto independiente y sustraído á toda causa exterior. Esta consideracion mina por su base toda la teoría del profesor de Praga, quitando el fundamento á su punto de partida, y poniendo de manifiesto



la absoluta imposibilidad de que sea de esta naturaleza la relación entre el objeto negro y el sujeto que lo ve.

Cuando se miran dos objetos iguales—dos cintas grises, por ejemplo,—colocadas en fondos de desigual claridad, sea uno blanco y otro negro, el situado en un fondo oscuro aparece más claro, y el otro más oscuro de lo que en realidad son, es decir, que si se les mira aislados y prescindiendo del fondo. Se trata de un fenómeno de contraste simultáneo ó sucesivo, según se disponga este experimento, siendo explicable del modo dicho más arriba. Hering califica de psicológica la explicación y pretende darla fisiológica, esforzándose en hallar razón objetiva del hecho. En la tentativa es el error más palmario todavía que en los casos anteriores. Hé aquí su razonamiento: en el punto de la retina, donde se pinta la cinta gris, situada sobre un fondo oscuro, tiene lugar un considerable consumo de materia, mientras en las partes inmediatas se verifica una asimilación considerable, por cuya razón el fondo parece más oscuro, más negro; y la cinta se aclara, porque la excitación aumenta, merced á los materiales atraídos de los puntos inmediatos. Como se ve, la asimilación sirve aquí para lo contrario de lo que se pretende probar; si la teoría fuese lógica, la cinta gris se vería más oscura, habría que suponer teóricamente lo contrario de los hechos. No puede ser más arbitraria la explicación, pues no es ya el punto donde se verifica el gasto el escogido para la asimilación, sino las partes inmediatas. Nótese, en otra parte, que gasto y reparación, desasimilación y asimilación son correlativos de cansancio y descanso, fatiga y reposición; consideración que priva á Hering del derecho de calificar de poco precisa la explicación dada por Helmholtz de las imágenes accidentales y del contraste sucesivo. A eso llaman pomposamente los discípulos de Hering *explicación fisiológica* del contraste.

Veamos ahora cuáles son las demás sensaciones simples de color, apuntando de pasada la contradicción que resulta entre la pretensión de hallar equivalencia perfecta de lo objetivo y lo subjetivo y la hipotética afirmación de que el blanco y el negro son sensaciones simples.

«El violeta, dice Hering, es un color compuesto en el cual



reconocemos el azul y el rojo. El rojo puede, pues, ser percibido junto con el azul; pero también en el amarillo tenemos dos series de sensaciones de color que parten del rojo: una rojo-amarillenta y otra rojo-azulada, cuyo centro se halla ocupado por el rojo, y en cuyos extremos se va perdiendo el rojo paulatinamente, de modo que el azul y el amarillo puros aparecen como colores simples.»

«El azul puede á su vez percibirse con el verde, y así obtenemos una serie de sensaciones verde-azuladas; pudiendo también el amarillo formar una serie de sensaciones verde-amarillentas con el verde, éste aparece como color simple entre ambas series.»

«El rojo, el verde, el amarillo y el azul son los cuatro colores simples, como ha dicho Leonardo de Vinci» (1).

Resulta, pues, que Hering admite cuatro colores fundamentales, sin contar el blanco y el negro, considerados por él como simples. Además de los tres generalmente admitidos, incluye el amarillo, color que resulta de la mezcla del verde y del rojo, si bien es preciso confesar que es ménos saturado que el del espectro, cosa que sucede con todos los colores compuestos por formarse siempre blanco en la mezcla, pero que en nada dificulta la explicación de la sensación. Por eso, la teoría de Young y Helmholtz supone que el amarillo se ve cuando son excitadas moderadamente las fibras del rojo y del verde, y débilmente las del violeta, lo cual está de acuerdo con la naturaleza objetiva de la mezcla. No es menester, por lo tanto, ampliar el número de los colores fundamentales, incluyendo en ellos el amarillo, pues éste representa una sensación compuesta; y si bien es cierto que el verde azulado es complementario del rojo, no lo es ménos que la mezcla del rojo y del verde puro da un amarillo poco saturado.

Hay, además, una razón poderosa para reducir á tres los colores fundamentales; nos referimos á la construcción geométrica de la tabla de los colores y á la cualidad, que toda sensa-

---

(1) Estos párrafos están literalmente traducidos del folleto *Ueber d. physiolog. Entwicklungsgang d. Lehre v. d. Farben* (Leipzig 1877), página 37, discurso del Dr. L. Happe, discípulo entusiasta de Hering.



cion de color tiene, de ser una funcion de tres variables, las cuales pueden sustituirse por tres colores. Y aunque objetivamente no existan tres colores espectrales capaces de reproducir, mezclándose entre sí todas las sensaciones de color, considérese que tampoco es posible lograrlo con cuatro, y que además, dada la hipótesis de Young y Helmholtz, en la sensacion del amarillo tenemos un problema mucho más sencillo que una mezcla, cuya saturacion ha de ser mucho menor por la cantidad de blanco que se forma. En último término la dificultad de reproducir artificialmente los colores espectrales simples, mezclando las luces coloreadas (áun prescindiendo de los trabajos de Maxhell), se vuelve contra los que pretendan hallar en la disposicion de las cosas caracteres objetivos, equivalentes á las percepciones que originan, no afectando en modo alguno á los que hacen consistir las sensaciones de color en excitaciones combinadas de tres órdenes de fibras; pues en este caso el problema no consiste en saber si objetivamente un color dado resulta de la mezcla de unos ó de otros, sino en averiguar el orden de fibras que pone en juego.

Afirmando con Schopenhauer que hay algo de contradictorio entre los colores complementarios, é incluyendo como tales el blanco y el negro, establece Hering tres pares, á saber:

- 1.º Par blanco-negro.
- 2.º Par rojo-verde.
- 3.º Par amarillo-azul.

A primera vista se creerá que el establecimiento de estos pares supone una ley mejor ó peor enunciada, más ó menos exacta, pero base en todo caso de la teoría; hemos dicho que la contradiccion de sus términos sirve de norma en la eleccion de los pares; pero se echa de ver desde el primer momento, que mientras el blanco y el negro son visibles á un tiempo en los diversos matices del gris, los dos pares restantes, compuestos de colores complementarios, no pueden combinarse entre sí. Esta diferencia destruye la analogía que pretende hallarse en la contradiccion objetiva de los colores complementarios. Pero demos de barato que es evidente la contradiccion objetiva de los colores de par, que existen tres colores simples, el blanco, el rojo y el amarillo, contradictorios de otros tres: el



negro, el verde y el azul; y todavía será preciso suponer tres sustancias capaces de percibir los primeros por desasimilacion y los tres segundos por asimilacion. Hering es lógico y las admite.

Aparte el absurdo de considerar la percepcion del blanco como sensacion simple, y lo insostenible de la sensacion por asimilacion, sin desasimilacion prévia, nos encontramos con la hipótesis de tres sustancias, cuya excitacion da lugar á tres sensaciones diferentes, es decir, con una copia mal hecha de la teoría de Young y Helmholtz. Pero hay todavía más: Hering dice que la sensacion del negro no es debida á la asimilacion directa, producida por rayos luminosos, miéntras los azules y verdes la provocan directa é indirectamente. Resaltan, y no pueden ser más evidentes, las contradicciones de la hipótesis; parece esta teoría obra de un metafísico del siglo pasado, desconocedor de las ciencias positivas, y empeñado en dar á los hechos las formas caprichosas de su pensamiento, en no ver en el mundo más que la realizacion de la necesidad lógica de sus ideas *a priori*. Hering no repara en acumular absurdos sobre absurdos, hipótesis sobre hipótesis, en incurrir en una contradiccion tras otra. Quiere dar una explicacion fisiológica de la teoría de la polaridad de Schopenhauer; pretende hallar en el mundo objetivo la realizacion de los contradictorios del gran pesimista, y no cesa un punto ante los obstáculos. El blanco y el negro son tan opuestos como el azul y el amarillo, ó como el verde rojo y el verde; pero un cuerpo negro no emite rayos luminosos como los azules y los verdes. Poco importa: la asimilacion será directa en dos casos é indirecta en el otro. Con esta explicacion sofística, variando el sentido de la palabra asimilacion, á la cual da al principio su genuino significado, salva la dificultad, sin darse cuenta de la contradiccion en que incurre y de la perturbacion que introduce en el asunto, abusando de las palabras y recurriendo á sutilezas metafísicas indignas de quien cultiva una ciencia positiva.

Obligado á recurrir á todo género de subterfugios; viéndose en un callejon sin salida, apela Hering á los sofismas más crasos, llegando á incluir lo demostrado en la demostracion. Nada prueba la hipótesis de las tres sustancias, palabra que emplea



en su valor metafísico sin dar más amplia explicación ni detenerse á averiguar de qué naturaleza son ó dónde se encuentran estas sustancias, si en la retina ó en el nervio óptico, en éste ó en sus centros; áun dejándola pasar sin objeción, se tropieza con un inconveniente que no se oculta al fisiólogo de Praga: ¿quién ó cómo se demuestra que una misma sustancia origine dos sensaciones? Por el contraste, contesta Hering sin vacilar. ¿Cómo se explica el contraste? Por la asimilación y desasimilación en una misma sustancia.

Copiemos el argumento: dejemos caer sobre un papel blanco la luz que pasa á través de un vidrio rojo y tendremos la sensación de este color, porque en la sustancia correspondiente al par rojo-verde se verifica un fenómeno de desasimilación; si ahora proyectamos sobre el papel una sombra, desaparece el rojo; pero la asimilación tiene lugar entónces y la sombra es verde. El razonamiento debe probar la posibilidad de que una sustancia sirva para dos sensaciones, supuestas contradictorias y explicar el contraste. Se establece un círculo vicioso, del cual es imposible salir. Un recuerdo de lo más arriba expuesto basta á destruir por completo el aserto: tomemos el caso de las sombras coloreadas, expuesto más arriba; iluminemos un papel blanco con dos focos, la luz solar de un lado, y una lámpara por el otro, y hagamos que un objeto proyecte dos sombras; la una, sombra de la luz natural, estará iluminada por la lámpara, y la otra, de la luz artificial, es, como sabemos, objetivamente blanca, por recibir la luz solar. Si miramos esta última á través de un tubo ennegrecido, nos parecerá de su color objetivo, bastando desviar el tubo para ver una parte del papel iluminado por la luz amarillo-rojiza de la lámpara, para que la sombra se torne azulada. Hering podrá invocar la asimilación en las sustancias del rojo y del amarillo para explicar la visión del color complementario al del fondo amarillo-rojizo; pero, ¿cómo se dará cuenta de la persistencia del azul, si se vuelve á colocar el tubo en su posición primitiva, si se intercepta la luz de la bujía? Si el fenómeno tiene un origen puramente fisiológico, si depende de la asimilación, ¿no deberá ésta reconocer un límite? Pues bien, cerrando el ojo, la sombra aparece azul cuando se la vuelve á mirar después de cierto



tiempo ; y si se ha impedido la llegada de la luz de la bujía, el punto es azul. Toda tentativa es inútil : se verá el color azul hasta que se haga una nueva comparacion. ¿Dónde está la causa del fenómeno, en las condiciones fisiológicas ó en las psicológicas, en la asimilacion ó en el juicio? Por otra parte, se ve claramente que en el caso contrario, es decir, si la luz fuese azulada, la sombra sería amarillo-rojiza, lo cual no está de acuerdo con la teoría de Hering, en la cual la desasimilacion debe preceder á la asimilacion, por más que él suponga lo contrario, quebrantando así las leyes más fundamentales de la biología. Nada nos dice tampoco de las condiciones que regulan esos dos actos complementarios del modo como los rayos luminosos provocan en un caso el gasto de materia en la sustancia de un par, y la reparacion sin gasto previo en el otro.

No teniendo el negro valor ó causa objetiva directa, dice Hering, no emitiendo los cuerpos negros rayos que vengán á impresionar nuestra retina, y suponiendo la hipótesis que es un color de asimilacion, ésta tiene que ser indirecta. Hemos combatido más arriba un punto flaco y hecho notar una contradiccion de este aserto con el resto de la teoría; pero nos queda todavía un error que poner de manifiesto. Claro es, que por fuerza y no de buen grado, admite Hering la asimilacion indirecta, verdadera contradiccion con sus afirmaciones. Siendo sensacion del negro directa, ¿por qué y cómo depende del objeto? Puede contestarse que por diferenciacion; que las partes no afectadas directamente por la desasimilacion, se encuentran sometidas al trabajo de reparacion, como hemos visto que dice Hering; pero es notorio que esto supone la presencia en el campo visual de objetos blancos, que limiten perfectamente los contornos del negro, pues esta sensacion sólo se produce por asimilacion en la sustancia del par blanco-negro. Imposible será, por lo tanto, darse cuenta de la vision de una pared negra, que ocupe todo el campo visual, de un objeto negro circuido de otros azules ó verdes, y, lo que es más notable, de una parte de un cuerpo negro á corta distancia y de tal modo, que fijando el ojo absolutamente, no se halle más que negro en el campo visual; á ser consecuente en este caso, ó no hay sensacion alguna ó la asimilacion no la produce, pues para ha-



cerlo tendrá que ser directa, lo cual es contrario á las premisas. Una dificultad análoga se ofrece al considerar los diversos grises; pues, siendo indirecta la asimilacion, no existe razon alguna para que unas veces sea mayor y otras menor que la desasimilacion, cuando debiera ser siempre igual.

Otro obstáculo, contra el cual se estrella la teoría de Hering, es la cantidad de blanco que acompaña á todo color objetivo por saturado que sea. Su autor lo ha comprendido así y no ha vacilado un punto en recurrir á una suposicion gratuita más: la sustancia del par blanco-negro es excitada por los colores de los dos restantes, resultando así, que todo color aparece impurificado, aun cuando su causa objetiva sea una serie de ondulaciones simples. Entre las muchas objeciones que nos ocurren, creemos decisivas las tres siguientes:

Concediendo el supuesto, podrá comprenderse que el rojo ó el amarillo, colores por desasimilacion, excitan un acto de igual naturaleza en el par blanco-negro; pero, ¿por qué razon ha de suceder lo mismo con el verde y el azul, que se suponen sensaciones por asimilacion? En buena lógica, los dos últimos, que segun Hering provocan directamente la asimilacion en sus respectivos pares, deberían hacer lo propio en la sustancia del par blanco-negro, y por lo tanto, ser percibidos junto con el negro y no con el blanco.

Supongámonos de nuevo colocados en las condiciones de un experimento sobre las imágenes accidentales: si, una vez fatigada la retina por el rojo (color por desasimilacion), miramos el verde del espectro, sabemos que la imagen accidental aparecerá más saturada que el color objetivo. Invocando la explicacion dada por Hering, del contraste sucesivo en el ejemplo de las dos cintas grises sobre fondos de diferente claridad, si el rojo nos parece blanquecino por la desasimilacion, que al mismo tiempo tiene lugar en el par blanco-negro, al mirar el color complementario (verde), la asimilacion se ha de verificar en ambos pares, y el verde no debiera parecer saturado sino negruzco, pues la lógica de la teoría exige que éntre en juego la asimilacion, la cual permanece muda.

Si ahora repetimos el experimento invirtiéndolo, la contradiccion será mayor y el absurdo manifiesto, todavía más si



cabe. El verde se percibe por asimilacion, pero como le vemos blanquecino, es decir, subjetivamente ménos saturado, ha de suponerse que da lugar á la desasimilacion en el par blanco-negro, lo cual es contradictorio, como hemos visto; pero la imágen accidental será roja, y éste es color por desasimilacion, sus rayos son capaces de provocarla en el par blanco-negro, ¿por qué la vemos en su máximum de saturacion? ¿Será que la desasimilacion ha tenido ántes lugar y está agotada? Pero, entónces, ¿cómo no se verifica la asimilacion? ¿Por qué la imágen accidental no es negra? No hay más que una contestacion: porque no conviene á la teoría.

Si en cualquiera de los tres casos se invoca la asimilacion de los puntos inmediatos, de la cual se sirve Hering, y, siguiéndole hasta el fin, se supone esta asimilacion destinada á aumentar la desasimilacion, resultará un caso tan complejo, que nadie—es nuestro firme convencimiento—será capaz de deducir lo que sucede en realidad. Imposible sería saber las variantes que habrían de suponerse en una funcion para que representase cumplidamente una sensacion de color conforme á las exigencias de la teoría de Hering. La asimilacion y desasimilacion son en ella especies de *Deus ex machina*, que intervienen cómo y cuándo les place con la más caprichosa voluntad y sin someterse á regla alguna, sin respetar siquiera las leyes que se sientan en las premisas de la teoría.

En la sustancia del par blanco-negro puede la asimilacion combinarse con la desasimilacion en la percepcion del gris; pero como los otros pares están compuestos de colores complementarios, de cuya mezcla resulta blanco, se encuentra Hering con una grave dificultad, viéndose forzado á recurrir á un nuevo absurdo para salir del paso, suponiendo que el rojo y el verde, el amarillo y el azul se neutralizan mutuamente, no son colores complementarios sino contrarios; no se suman para dar blanco, sino que se restan, se destruyen; y si vemos blanco es por la excitacion de la sustancia del primer par. Prescindiendo de todas las contradicciones contenidas en el supuesto, hay que admitir que todos los rayos simples excitan con igual intensidad su par correspondiente y el blanco-negro, en cuyo caso la saturacion de las luces coloreas-



das sería todavía mucho menor, teniendo que aparecernos como mezclas de blanco y del color respectivo en proporciones iguales.

Tampoco es posible explicar por la teoría de Hering la aneritropsia, ni la falta de percepción de colores en los paralíticos, ni la ceguera del azul, supuesta por L. Geiger en los antiguos. Verdad es que un discípulo de Hering niega la posibilidad del hecho, fulminando contra aquel investigador una excomunión mayor. Si los pitagóricos, dice Happe (*loc. cit.*, pág. 41), incluyen el amarillo entre los colores, la desasimilación se verificaba en la sustancia del par amarillo-azul, luego también la asimilación: tenían que ver forzosamente el color azul. Si la hipótesis de L. Geiger se confirmase, sería curioso escuchar la defensa de Hering.

Esta es, en resumen, la teoría del fisiólogo de Praga. Hemos visto que no satisface las exigencias de la hipótesis científica, cuyas deducciones hechas *a priori* han de estar conformes con la realidad; aquí, por el contrario, la necesidad lógica se halla en abierta contradicción con los hechos, siendo preciso amoldarlos á la teoría, cosa que sólo consigue Hering á fuerza de suposiciones caprichosas y contradictorias.

Los antecedentes lógicos de la teoría son dos: uno fisiológico; filosófico el otro.

Queda hecha la crítica del primero, pues en el curso de las anteriores líneas se ha probado el abuso que Hering hace de las palabras desasimilación y asimilación, confundiendo lastimosamente el funcionamiento de un elemento orgánico, resultado de su disposición ó estructura y de su excitación, y los actos nutritivos necesarios á su vida, que acompañan, es verdad, á la función, pero que no son la función misma, sino un antecedente y condición necesaria. El nervio transmite una impresión, un elemento cerebral la percibe, no porque se nutran, sino porque son nervio y elemento cerebral, porque la condición del uno es transmitir, y la del otro percibir, para lo cual necesitan nutrirse, pues que viven. El gasto material tiene que ser reparado; la asimilación y desasimilación son fenómenos necesarios en todo acto funcional; pero no son la propiedad orgánica, que imprime carácter y determina la naturaleza del



resultado. No es el calor lo que anda en la locomotora, sino sus ruedas, que toman prestada la fuerza desarrollada en el hogar. Si la locomotora anda y no teje como la máquina de una fábrica de paños, es por ser locomotora, por la disposición y mecanismo de sus partes. Del mismo modo un músculo utiliza en la contracción la fuerza, puesta en libertad por los fenómenos químicos realizados en su seno, y la convierte en trabajo mecánico ó en calor: pero no es el acto químico lo que se contrae, sino el músculo, y no por el fenómeno químico, sino por ser contráctil, por ser músculo. Todo efecto supone fuerza, movimiento y gasto; pero la naturaleza de aquél es determinada por la estructura del órgano.

Para terminar, veamos el segundo antecedente.

Goethe y Schopenhauer trataron ya de fundar en las sensaciones sus teorías de los colores; ambos prescindieron de la física, de la naturaleza objetiva de las luces coloreadas. Quisieron combatir á Newton y resolver el problema tomando por punto de partida las percepciones (Goethe) ó las sensaciones (Schopenhauer).

Goethe fué naturalista y filósofo, pero ante todo poeta. El sentimiento estético predominó de tal manera sobre sus demás facultades que, sin negar el mérito de algunos trabajos científicos del autor de *Fausto*, puede afirmarse que fué aficionado á las ciencias y á la filosofía, pero no científico ni filósofo. En su teoría de los colores se ve claramente al poeta esforzándose en convertir toda la ciencia y toda realidad en formas objetivas de sus ideas estéticas, como en *Wilhelm Meister* le vemos educar por el arte, reducir la ética á un problema estético y encerrar la vida toda en el arte. Goethe es juzgado con exageración aun por sus admiradores; la crítica ha querido hacer de él un escéptico realista, sin parar mientes en la contradicción envuelta en estos dos términos, y se ha llegado á decir que Goethe no era *Werther*, sino la encarnación de su *Mefistófeles*; permítasenos añadir que tuvo mucho de ambos, y más de *Fausto*. La ciencia y la filosofía de Goethe fueron esencialmente idealistas; idealista es su concepción de la vida, encerrada en el arte, idealista su intuición de la evolución y el transformismo, idealista su empeño en prescindir de la natu-



raleza objetiva de las cosas. Las ideas artísticas le forzaron á buscar en las percepciones sensoriales la expresion de toda belleza y toda verdad. La percepcion es para Gøethe lo que la idea había de ser más tarde para Hegel, coincidiendo ambos en suponer en los fenómenos naturales la realizacion ó expresion inmediata de la idea ó de desarrollos dialécticos del pensamiento.

El científico fué absorbido por el poeta, Mefistófeles por Fausto. Gøethe desdeñó emplear los métodos complicados, de que es necesario servirse para ver la luz simple, empeñándose en no abandonar el terreno de las percepciones sensoriales. Como justamente hace observar Helmholtz, una explicacion física debe elevarse necesariamente á las fuerzas, que no pueden considerarse como objeto de percepciones sensoriales, siendo exclusivamente del dominio de la inteligencia.

Schopenhauer pretende tambien que los colores arranquen de las sensaciones, basando su metafísica en una oposicion entre el mundo real y el ideal ó representado, entre la voluntad y la inteligencia, es decir, en una nueva forma de la oposicion establecida por Kant entre el fenómeno y la cosa en sí; reduce la ciencia á oposiciones, viendo en todo términos contradictorios. El blanco es para Schopenhauer la actividad completa de la retina; el *color* la de una parte de ésta. Cuando se ve un color, sólo entra en juego una parte de la retina; la actividad de la restante, no usada, se acumula en el otro polo, si cabe expresarse así (dice Schopenhauer), y forma blanco, pues todos los colores dan al mismo tiempo esta sensacion. Ese principio se llama la *polaridad* de los colores; unido al anterior *division de actividad cualitativa de la retina*, constituye la teoría de Schopenhauer, que Hering pretende haber resuelto fisiológicamente. Por eso dijimos que las afirmaciones metafísicas del filósofo pesimista eran un antecedente lógico de la teoría de los colores, recientemente desarrollada por Hering, habiendo éste tomado de aquél la polaridad que expresa en los pares, y convertido el principio de la division de actividad en la teoría de las tres sustancias. Ambos con Gøethe y con Hegel cuidan poco de la realidad, no queriendo ver ella otra cosa que la realizacion ó la expresion de percepciones ó ideas.



Tan falso es ese punto de vista, que la historia de la naturaleza es una eterna protesta contra él.

La propiedad es una relacion entre dos cosas; una sensacion supone objeto y sujeto. Pretender que sólo por éste se ha de conocer aquél y que el conocimiento es completo, es vano intento, que Hegel pretende realizar en su lógica, pero que le condujo á afirmar en su *Filosofía de la Naturaleza* que las leyes de Newton eran falsas en lógica absoluta, por más que fueran verdaderas en la realidad; es sostener con Gœthe contra Newton que la mezcla de blanco y negro, de luz y oscuridad, no da gris, sino colores; es ir derecho á las afirmaciones contradictorias de Hering y á la teoría caprichosa de Schopenhauer. ¿Y cómo ha de conocerse la realidad por la percepcion, si ésta es dependiente de la naturaleza del sujeto y no del objeto? El sol es luz para el ojo y calor para los nervios del tacto; un mismo rayo produce dos percepciones, dependientes del nervio, que afecta y no de su naturaleza objetiva. Una luz compuesta es una mezcla de infinitas ondas, y en nosotros de una sensacion que sólo cuenta tres variantes. Tan profundas son las diferencias existentes entre las sensaciones de los diversos sentidos, que es imposible compararlas y establecer relaciones de semejanza ó desemejanza; y sin embargo, á una misma causa objetiva deben su origen las dos sensaciones de tal diversidad, como el calor y la luz. Claro es, por demas, que la percepcion depende de las relaciones centrales del nervio impresionado por un agente externo, y no de la naturaleza objetiva de éste.

No existe, pues, un acuerdo completo entre el objeto y su representacion, y si bien los ánimos se sienten hoy algo inclinados á poner ciertas limitaciones á la incognoscibilidad de la realidad, afirmada por Kant; bien claro se ve que subsiste para la cosa en sí, pues sólo la conocemos como fenómeno; así hablamos de sus propiedades, atribuyéndole, como tales, todas las impresiones que nos producen; decimos que un cuerpo es azul ó rojo, y graduamos la saturacion de su color, sin tener en cuenta que el máximum de saturacion no puede juzgarse por las cosas, que nunca nos le ofrecen, sino por un fenómeno puramente subjetivo. Y cuenta que ese máximum de saturacion es el elemento puro de nuestra sensacion de color; nece-



sitamos su noción para nuestros juicios de color, pero no lo tenemos jamás en el mundo objetivo; su existencia en mera subjetividad.

Así, pues, es de poca importancia investigar hasta qué punto existe correspondencia en lo objetivo y lo subjetivo, si bien es imposible perder de vista el mundo de la realidad, de donde arrancan nuestras percepciones. Las excitaciones nerviosas en el cerebro, las representaciones en la conciencia, son signos de las cosas que, si bien no nos instruyen sobre la naturaleza objetiva del agente á que las referimos, son símbolos de la realidad; pero, como representan objetos iguales por símbolos idénticos, como imitan las diferencias y la sucesión de las cosas en el espacio y en el tiempo, bastan en la ciencia y en la vida para deducir la presencia de tal ó cual propiedad ó fenómeno en el mundo objetivo de la presencia del signo equivalente en la conciencia. Las representaciones guardan, pues, una relación cronológica y cualitativa con el mundo exterior; pero esta relación, que nos permite formar ideas y leyes, no nos autoriza á creer que los signos son imágenes exactas del mundo objetivo, y á deducir de ellos la naturaleza de éste.

Antes de Locke y de Kant, la filosofía se había propuesto conocer la esencia misma de las cosas, creyendo cognoscible la realidad. Hoy, por fortuna, á pesar del titánico esfuerzo de Hegel, cuya huella parece no deber borrarse por completo en las teorías filosóficas, sólo los ignorantes conceden un valor completo al testimonio de sus sentidos. Por lo demás, no puede existir completa conformidad entre la sensación de los colores y las cualidades de los objetos, pues estos tienen la propiedad de producirlos en nosotros, siendo los colores producto de una relación, y por lo tanto, no imputables á uno solo de ambos términos.

Para pensar actualmente de este modo en las cuestiones referentes á los sentidos, y para juzgar así nuestras percepciones, requiérese poca cosa, pues tienen estas afirmaciones bases experimentales tan evidentes, como las que dejamos sentadas en estos artículos: son nociones de toda evidencia; pero admira el poder de abstracción que necesitaron tener John Locke, Herbart y Kant para exponer en diversos conceptos gran parte de



estas ideas. Así pudo John Locke hablar con completa exactitud de las principales proposiciones relativas á las cualidades perceptibles de las cosas.

Queda probada la necesidad de que intervenga la psicología en la solución de nuestro problema. Pero añadiremos una prueba más de la influencia que el juicio tiene en las apreciaciones de color. La luz del sol es una intensidad 150.000 veces mayor que la de la luna, y sin embargo, reconocemos un color determinado, un papel blanco, por ejemplo, dándole el mismo nombre en ambos casos; como sabemos por la experiencia que la intensidad de la iluminación hace variar mucho nuestras apreciaciones de color, siendo preciso admitir, que para que varíe de este modo nuestra noción de blanco, pues es distinta la que nos suministra el ojo en uno y otro caso, ha de tener lugar un razonamiento inconsciente, que nos permita conocer por inferencia el atributo del objeto.

Experimentalmente se prueba también, que el azul poco saturado y el amarillo rojizo, son llamados blanco por nosotros siempre que falta el punto de comparación; así á la luz de una lámpara, que es de este último color, calificamos de blanco el papel de un libro, que iluminado por aquélla es amarillo-rojizo. Basta poner de lado los dos colores citados, para percibir inmediatamente la diferencia entre ambos.

La iluminación hace en circunstancias ordinarias disminuir ó aumentar la intensidad de los colores de un modo uniforme, siendo ésta la que permite permanezca intacta la serie de percepciones coloreadas, pues se guardan las distancias, siendo proporcionales las diferencias. Así, aunque varíe la noción del blanco, como hemos visto, sufren igual suerte los grises, por ejemplo, haciéndonos posible, cuantificar las distancias que separan los grados de una serie; sucede lo mismo que, transportando un acorde musical á un tono más elevado, las notas siguen conservando los mismos nombres, y podemos reconocerlas como tales, siempre que hayan sido respetados los intervalos que separan los tonos.

Para tratar y conocer los sentidos, no basta la fisiología, ni tampoco la psicología; ámbas han de unirse y trabajar de consuno. Con el fundamento único se llega al absurdo; se afir-



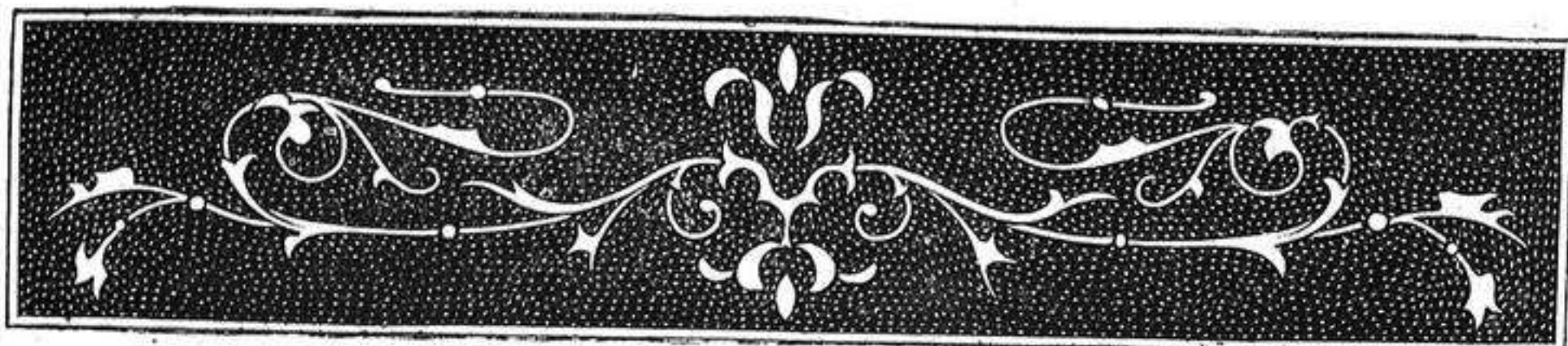
maría que las percepciones y representaciones emanan directamente de las cosas, como han hecho unos, ó se vendría á legitimar la oposicion que Hegel, Gœthe y Schopenhuaer hicieron á Newton y á Kepler, ó á tomar parte en la resistencia tenaz de algunos físicos á admitir la unidad de la energía, fundándose en que sentimos el calor y la luz como dos cosas diferentes.

Por fortuna se va reconociendo en la actualidad que la ciencia es una, y el conocimiento inmensa red de muchos hilos y apretadas mallas; preciso es tejerla despacio y con muchos á un tiempo; de lo contrario habrá que deshacer lo hecho y volver atras, cosa que es en efecto evitable, por más que se vulgarice la expresion de *ese eterno tejer y destejer*, tan frecuentemente aplicado á todo lo que se roza con la filosofía ó con determinados órdenes de ideas. En espíritus pequeños únicamente, podrá caber la idea de tachar las teorías de filosóficas, fisiológicas ó psicológicas; las teorías no pueden ser más que verdaderas ó falsas. Mucho se ha gritado contra la antipatía que á muchos inspiran los estudios filosóficos; pero será bueno recordar que en ciencia no hay fueros ni preminencias. ¡Locos los tiempos que lo olvidan en favor de las ciencias de abstraccion, locos si lo hacen en pró de la experimentacion!

J. CAMÓ Y M.







## LA GNOSE (1)

### II.

SIMON EL MAGO, CERINTO, SATURNINO, TACIANO, BARDESANES, CERDON, BASÍLIDES, ISIDORO, MARCION, VALENTIN, LOS VALENTINIANOS, LOS OFITAS Y LOS CAINITAS (2).



COETÁNEO de los apóstoles es Simon el Mago, que, según los padres de la Iglesia, fué el primero que predicó la *Gnose* (3). A lo que parece recibió el bautismo; pero un día encontró á Pedro en un camino y le dijo: «Toma ese oro, y concédeme el don de hacer milagros,» y Pedro le negó lo que pedía; y Simon se puso á estudiar la ciencia de los milagros.

Pronto empezó á propalar una doctrina que divergía de la de Cristo. Acompañábale una mujer de una hermosura severa, cuyos ojos tenían una penetracion fascinadora. Llamábala Ennoia ó Helena, y decía formar con ella una pareja sagrada.

(1) Véase el núm. 48, pág. 216.

(2) Para el estudio de estas sectas, véase *The Gnostic Heresies of the First and Second Centuries*, By the late. Henry Longueville, Máusel. *De principiis Origenes*, y la obra atribuida al mismo titulada (*Filosofumena*). Editada por Miller en Oxfort, 1851. Además, pueden consultarse, Matter, *Histoire du gnosticisme*; Nicephore, *Histoire Ecclesiastique*, así como la del doctor Baur, de Tubinga.

(3) Hállanse datos sobre Simon el Mago en San Ireneo y en San Epifanio, *Hares*, l. II, t. III.



Helena, según él, era la Inteligencia divina que los espíritus inferiores, en un arrebatado de celos, habían encerrado por sorpresa en un cuerpo formado de materia, de esa sustancia del pecado. La Inteligencia, esclava de la carne, mostrábase tal cual era sólo cuando se remontaba á la especulación pura; revelábase entónces de tal manera, que encantaba á todos, pues era toda ciencia, toda filosofía. Pero en cambio Helena, cuando se relacionaba con los hombres, no podía producir ni la felicidad, ni la vida. Se consumía impotente en una lucha que sostenía para apartarse del mal á que le arrastraba forzosamente la sustancia impura de su cuerpo á impulsos de los sentidos. Amaba apasionadamente, pero apenas erigía un ídolo, que ya lo derribaba. Se había prostituido varias veces; de entre los hombres, habíase entregado á los peores, y á causa de su dualismo, como impulsada por una fatalidad extraña, la poseían los que ella no amaba, y á los que adoró su espíritu, no les perteneció nunca. Se había tendido en el lecho de los lupanares y en el césped de los jardines; tuvo todos los vicios; no hay sensación que ella no hubiera experimentado. Había sido idólatra, mentirosa, degradada: habíase revolcado en el fango de todas las prostituciones. Ennoia, Sigeh, Prounikos, Barbelo, fueron diversas fases de su existencia, diversos aspectos que afectara. Fué Helena en Grecia, la que hizo arder á Troya; en Roma, Lucrecia, la que produjo la caída de la monarquía; la hija prostituida en Israel, Dalila en Syria. Era la luna bajada á la tierra, y cuando querían prenderla se remontaba al cielo; era en fin, el Cristo hembra, que para rescatar las mujeres había sufrido lo peor que en la tierra ellas sufrir pueden, la deshonor, como Jesucristo sufrió lo que más afrenta al hombre, el suplicio.

Simon el Mago decía que él era el Salvador, que había venido á redimirla; que él encerraba en sí la primera manifestación de Dios. La persona del Cristo sólo había revelado el Dios Hijo, la suya revelaba el Dios Padre, su amiga el Espíritu Santo. Opinaba saber el secreto de lo divino y de lo humano, de la creación, y del mal sobre la tierra. Decía de Dios que era todo luz y todo fuego: que se dividió en varios seres espirituales; que lo contrario de Dios era el mal, el cual estaba con-



tenido en la materia tenebrosa, oscura; que uno de los seres emanados de Dios, el Demiurgos, hizo con ella la creacion; pero que al llegar al hombre, se encontró con que no podía acabarlo; entónces la divinidad superior intervino para infundirle el espíritu. Por esto hay en el hombre una lucha continua entre la materia *abstractum del mal* y el espíritu de origen divino. El principio de la luz lucha contra el de las tinieblas, no sólo en el hombre, sino en toda la Naturaleza; en ella todas las existencias se debaten continuamente.

Para terminar esta lucha, decía: «Dios envió á los hebreos el Cristo, á los griegos el Espíritu-Santo y á mí á los samaritanos. Yo poseo la ciencia del bien y del mal; yo lavo la sangre y la infamia, y para probarlo puedo obrar milagros. Neron me quiso decapitar y cayó la cabeza de un carnero. Cuando me persiguen ando sobre las aguas, si estoy en la costa; y si en el interior, me remonto á las nubes y luégo bajo con el rayo que del cielo cae, emanacion del fuego de que Dios está formado. Cambio de figura; me convierto en insecto ó en pájaro, segun quiero. Una vez que me enterraron vivo, resucité radiante al tercer dia.»

Como puede verse, la *gnose* de Simon, que no es aún la *gnose* cristiana, aunque tiende á contener en ella al Cristianismo, viene saturada de tendencias mazdeistas.

Vino luégo Cerinto (1), cristiano que se disputó con los apóstoles, y predicó otra *gnose* diferente. Cerinto fué el enemigo de Juan como Simon había sido el adversario de Pedro. Dijo que Dios había creado unos genios para gobernar el universo; que uno de ellos era el que se había manifestado al pueblo hebreo en el desierto que los hijos de estos genios fueron los demonios, espíritus degenerados, para destruir cuyo poder vino el Hijo de Dios sobre la tierra, el único en quien se había manifestado el espíritu del gran Dios hasta allí desconocido del mundo. Al ser bautizado Jesús, descendió sobre él el espíritu profético, elevándolo á una dignidad que hasta allí no había tenido. Antes era solo un hombre, el más justo; pero con el bautismo el espíritu

---

(1) Llamásele tambien Merinto.



de Dios vino á alojarse en su cuerpo , y así llegó á ser Kristos. Al ser crucificado, como el espíritu de Dios es impasible, separóse el Kristos del hombre Jesús; así, sólo este último sufrió la pasión y muerte (1).

Luégo Saturnino aparece y pronuncia la *gnose* en un sentido místico: « A fin de castigar Dios á los ángeles rebeldes, les entregó la materia tenebrosa para que con ella crearan el mundo, y se reservó para sí el enviar al hombre un alma inmortal. El creador de la tierra es uno de los ángeles malvados. Ved las injusticias que con el pueblo de Israel comete. El cuerpo humano que Jehová hizo con la sustancia tenebrosa es criminal por naturaleza; la carne sólo tiene inclinaciones perversas. ¡Es preciso ayunar, no comer carnes, abstenerse de mujer, proscribir el matrimonio, que sólo es una prostitucion legitimada!» Y Taciano añade: «¡Repeled la mujer; ella es el árbol del mal, las atracciones que ella ejerce producen la concupiscencia, que es nuestra perdición eterna!»

Hasta aquí todas estas *gnoses* no pasaban de ser aspiraciones vagas; pero viene Bardesanes, que había sido la gloria de la Iglesia, y funda una que es ya un verdadero sistema: « Hay un Dios Padre desconocido que vive en el seno de la luz,» dice. En oposicion á Él, está la materia eterna, masa inmensa, inerte, informe y tenebrosa, que es á la vez madre y morada de Satán (2). Ella es la fuente de todos los males. El Dios desconocido se manifestó, desplegándose en varios *eons* (3), que reunió en parejas ó *zizigias*. El mismo, habiendo concebido la idea de revelarse por un sér que fuera su imágen, creóse una com-

---

(1) Muchos eran en esta época los que no querían admitir que Jesucristo hubiera sido crucificado y encerrado en el sepulcro, pues decían que Dios no podía haber sufrido. Esta era la herejía predominante de la época. Confírmalo San Ireneo, III, XI, 7. *Qui Jesum separant a Christo, et impasibilem perseverasse Christum passum vero Jesum dicunt*, dice á propósito de los que á este fin dividían la persona de Jesucristo en dos séres, uno carnal y humano, y otro espiritual y divino.

(2) Bardesanes creía que Dios era el centro de la luz, el foco, y Satán el de la materia; con la diferencia de que Dios había creado la luz que era su medio ambiente, en oposicion á Satán, que había sido el engendro de la materia que le rodeaba, aunque recibiendo de Dios el primer impulso.

(3) *Eon* significa sér eterno.



pañera y ambos produjeron al Kristos; luego engendró á *Pneuma* y se la dió por esposa. Una *heptas* está encargada desde lo alto de los planetas de conservar la armonía en el universo. El bienestar ó la desgracia, el crimen ó la virtud, en una palabra, el destino del hombre, dependen de su voluntad: el mismo Satán les está subordinado. Cada constelacion está presidida por un *genio*. Cada una de las treinta estrellas de que constan, lo está por otro, reunidas en décadas que gobierna un *decano*. A medida que las emanaciones de la divinidad se alejan de ella, degeneran. Una de ellas produjo al hombre; éste violó la ley que Dios le diera, y en castigo entró en un cuerpo material que está sujeto á Satán y á las influencias siderales. El Kristos bajó á enseñar al hombre su alto origen, que ántes ignoraba, y á decirle que sólo su alma se salvará. Cristo, revestido de un cuerpo celeste, sufrió sólo la muerte y pasion en apariencia.» Bardesanes no considera á Satán principio del mal, sino un sér hijo de la materia, subordinado á influencias siderales, que es impotente contra el espíritu, sobre todo despues de la venida del Kristos. Como se puede ver, la influencia griega y alejandrina es aquí manifiesta, así como la caldea.

Cerdon, viendo la corrupcion de la sociedad en que vivía, viendo que el hombre casi siempre tendía al mal á impulsos de la naturaleza, sentó que el mundo había sido creado por el Diablo, padre del mal, quien estaba en eterna contraposicion con el *Dios desconocido*, padre del bien y de Jesucristo. Este no se encarnó, pues no podía ponerse en contacto de la carne, que era sustancia demoniaca. Si nació fué sólo en apariencia, y pasó por el mundo proyectado como una sombra, reflejado como un rayo de luz sobre la tierra (1). Jehová era, segun él, un diablo, el Antiguo Testamento un código infernal. Satanás sólo se declaró su enemigo, porque en el mal le hacía la competencia.

El persa Basilides (2) explicó una *gnose* que era un pan-

(1) Esta explicacion, algo diferente de la de Cerinto de la impasibilidad de Cristo, provenía de la idea que se tenía de que la materia era una degradacion de la idea, una caída del espíritu.

(2) Véase San Clemente, *Strom.* II et IV, y San Ireneo.



teísmo numeral, una mezcla de teorías mazdeístas y de la cábala, que se asemejaba algo al sistema pitagórico. «El Dios Padre es desconocido, inefable, inaccesible, decía, y se llama *Abracax*, cuyas letras en griego dan el número 365 correspondientes á los días del año. Trescientas sesenta y cinco emanaciones de Dios presiden 365 *uranoi* ó mundos intelectuales. Las emanaciones del Dios Padre, son: la *Razon*, el *Verbo*, la *Inteligencia*; los cuales engendran á su vez la *Sabiduría*, la *Fuerza*, la *Justicia*, la *Paz*. Estas juntas forman el *Pleroma*, el cual á su vez engendra á las *potencias secundarias*, como son: *ángeles*, *arcángeles*, *genios*, etc. El *Pleroma* es el Dios completo, el Dios organizado y desarrollado, por decirlo así, y su conocimiento es la *gnose* que se obtiene por la fe. La fe es un dón que Dios envía sólo á las almas que tienen algo de análogo al *Pleroma*.»

«A medida que las emanaciones divinas van descendiendo, se hunden en la sombra. Estos últimos grados de emanacion son el origen del mal, son los ángeles que crearon el mundo. La materia es un conjunto de fuerzas vivientes, pero ciegas. Estas fuerzas están personificadas y militan á las órdenes de Satanás.»

«Estos seres maléficos, última degeneracion de las emanaciones, invadieron el domicilio del bien, es decir, de las primeras emanaciones, y desde entónces luchan las buenas organizando el mundo, y las malas produciendo el caos. La armonía del mundo quedó perturbada con esta irrupcion violenta. El Salvador bajó á unirse con el hombre Jesús, que era el más puro de su tiempo, para salvar todo lo que el mundo tenía de divino, es decir, el alma. El Salvador era el *nous*, la primera emanacion del *Dios ignoto*. Para castigar el mal la divinidad envía desgracias á los injustos y á los justos tambien, pues su cuerpo es sustancia de pecado, y así la abandona más pronto el alma, volando libre á sumergirse en Dios. Hay ciertas fórmulas y figuras que, grabadas sobre una calcedonia, dan la fuerza de *Kaulakau* que produce la fe en el alma y la vuelve refractaria al mal. Entónces uno es transportado al *Sér desconocido*, entra en posesion del *Pleroma*, vive en él, y superior á la ley, nada odia ni desea; lo desprecia todo, hasta la virtud.»

Las teorías de Basilides sobre el mal se inclinan del lado de



la predestinacion, pues admite almas que tienen algo de Dios, ó sea una constitucion análoga á sus primeras emanaciones. Estas eran, segun él, las que vino á rescatar el Salvador.

Al desarrollar su teoría Basilides niega la existencia del mal en sí. «Él mal, dice, es solo la ausencia ó la degeneracion del bien. Satán y los séres maléficos que á sus órdenes militan no son más que las emanaciones más lejanas, los últimos efluvios, las ondas más diluidas de la propia divinidad, y si son oscuras, perturbatrices y destructoras, es porque se apartaron del centro, que es luz, orden y creacion.» Así, en esta vida, ve en el mal sólo una menor cantidad de bien y lo busca siempre por comparacion. Este método podría haber dado grandes resultados á haber prescindido del absoluto; pero no fué así. Este lo inutilizó, pues partiendo de él no podía contentarse con relatividades, así es que Basilides concluyó por tener una completa indiferencia para la virtud y el vicio, y por desear un aniquilamiento moral á fin de llegar á confundirse con la Divinidad misma.

Su hijo Isidoro modificó algo su sistema.

Jefe de los *docetistas*, dijo que Jesús fué sólo un divino fantasma bienhechor, cuyo cuerpo no tenía más realidad que la apariencia (1). La muerte sólo fué un engaño para los que le sentenciaron, pues fueron víctimas de una farsa divina (!). La consecuencia en la práctica era la apostasía para evitar la persecucion, pues decía que Dios se lo enseñó al tomar un cuerpo ilusorio para evadir el sacrificio. «Los perfectos, no están sujetos á ley alguna, decía; su alma, demasiado elevada sobre el mundo de la materia, no puede ser alcanzada por Satán. ¿Para qué evitar la voluptuosidad cuando se ha alcanzado el Pleroma? Si entónces cae uno en ella, es sólo el cuerpo el que se degrada, no el alma, que ésta es impecable.» Y otros doce-

---

(1) Fundábanse los docetistas en que si Cristo al tercero dia había resucitado y subido al cielo en cuerpo y alma, á haber sido su cuerpo material no habría podido reentrar en el seno de Dios de donde procedía, pues la materia no se puede confundir ni mezclar con aquel espíritu purísimo. De aquí, el que dedujeran que el cuerpo de Cristo fué sólo una sombra vana.



tistas lo confirman diciendo que el Espíritu-Santo es femenino y que se unió á Cristo por la cópula.

Marcion (1) predica en Roma otro gnose, la más afine con el cristianismo ortodoxo. Admite un *Dios supremo* que se ha dado á conocer en el cristianismo; un *creador del mundo* que se reveló en el judaismo, y un *espíritu dominador de la materia* que inspiró al paganismo. La primera de estas potencias es perfecta, la segunda imperfecta, la tercera malvada. Como la materia que esta última domina es viciosa, Dios no podía ponerse en contacto directamente con ella para crear el mundo. El Demiurgos vino á llenar esta mision; como imperfecto que era pudo ya ponerse en contacto con la materia. Pero por lo mismo que era imperfecto la creacion no le salió bien.

El carácter del Dios supremo es el ser *bueno*; el del Demiurgos el ser *justo*. Ambos son antitéticos. Pues la justicia está en oposicion á la bondad absoluta, de la misma manera que la ley es lo contrario de la gracia. La justicia sólo se basa en relatividades, en accidentes; lo bueno dimana directamente de lo absoluto.

El alma humana imperfecta, por ser de la propia esencia del Demiurgos, se alteró al ponerse en contacto con la materia malvada; y más aún al recibir la inspiracion de Satán, de comer la fruta prohibida; lo cual la hundió en lo más profundo de las abominaciones. ¿Quién tuvo la culpa? El Demiurgos, que no creó al hombre á propósito para resistir las seducciones satánicas.

El Demiurgos quería el gobierno de todas las naciones para su pueblo, y que todos los pueblos sólo á él adoraran. Pero el Gran Dios, desconocido hasta entónces, se interpuso, enviando al mundo, bajo las apariencias del Mesías, al *Eon Kristos*, el cual vino á libertar á todos los hombres: á los paganos de la influencia satánica, á los judíos de la tiranía del Creador. Las criaturas, ligadas ya desde entónces al Dios perfecto, no necesitan para nada la justicia. Marcion opinaba tam-

---

(1) Puédense ver las teorías de Marcion en las refutaciones de San Ireneo, Orígenes, Tertuliano, San Efren, San Clemente de Alejandría y San Epifanio, y en Neander, *Histoire eclesiastique*, segunda parte, t. III, pág. 681. Matter, *Histoire critique du gnosticisme*.



bien que el *Eon Kristus* había afectado la forma humana sólo en apariencia, pues no podía contaminarse con la materia; negando el que fuera hijo de mujer y el que realmente hubiera sido crucificado (2).

«Todas las almas que sigan la ley de Jesucristo se elevarán al Dios Supremo, y vendrán á ser semejantes á los ángeles de Éste. Así tendrán su destino superior al que el Creador les prometiera.» Pero ¿cómo podía el alma imperfecta, hija del Demiurgos, elevarse hasta el Dios Supremo? Los otros gnósticos admitían que el alma era hija de este último, ó al ménos que contenía partículas espirituales de Él emanadas; con lo cual explicaban el que el alma reentrara en Dios, de quien procedía. Siendo á Él análoga, lógico era el admitir que reentraba en Él. Marcion resuelve la cuestion, diciendo que el alma se eleva y purifica por la enseñanza cristiana, que procede directamente del Gran Dios, y por el ascetismo, que la liberta de la materia (1). Así va subiendo hasta identificarse con la bondad, con la Suma perfeccion, dejando la justicia para las almas vulgares que se ligan aún al mundo.

En esto apareció un gnóstico que amenazó por un momento arrastrar en pos de sí á la mayoría de los cristianos. Era hijo del bajo Egipto, y había estudiado en Alejandría el sistema de Pitágoras, las teorías de Platon y las de Filon, su discípulo, despues de venir ya impregnado de los dogmas panteistas de las religiones asiáticas. Era melancólico y elocuente; estaba dotado de una imaginacion brillante, de una intuicion rápida y de una inextinguible facundia; pero sus desarrollos tenían cierta vaguedad que, si bien no satisfacía á la razon, halagaba el sentimiento de las almas soñadoras. No podía comprender cómo siendo Dios infinito y absoluto, lo finito y lo relativo estuvieran fuera de Él. Por lo tanto, á su vez la

(1) Marcion predicaba que se rechazara toda union carnal, y que se acabara la procreacion sobre la tierra; pues sólo se podía ser perfecto siendo absolutamente casto.

(2) De igual manera opinan los musulmanes. Dicen que Isa (Jesús) no murió en el Gólgota, sino que se desvaneció y crucificaron por él á otro que se le parecía. *Koran*, IV, 156. Cf Maracci Modjir, eddîn. *Hist. de Jérusalem*, pág. 149, edicion del Cairo.—Sylburg, *Saracenicæ sive mohamethicæ*. Heidelberg, 1595.



Creacion debía de ser un desarrollo de Dios mismo. Y si la Creacion era un desarrollo de Dios mismo, ¿cómo se explicaba el mal? ¿Por un principio extraño? Imposible; puesto que implicaría el que Dios no fuese infinito ni absoluto. Sólo podía esto provenir de una perturbacion en la evolucion de la divinidad propia.

Para desarrollar estas ideas acudió á la teoría de las emanaciones de los neo-platónicos, á la teogonía de Hesiodo, al Demiurgos de Platon, y con tales elementos creó un sistema que más que tal es un delirio brillante, un poema metafísico, un drama celeste, cuyos actores son los diversos grados del desarrollo de Dios mismo, y cuyo teatro es el seno de la propia divinidad en el vacío. Al describir el desenvolvimiento de Dios, presentaba el origen del mal sobre la tierra y el sufrimiento del hombre como una emanacion del malestar y del sufrimiento de una parte de la divinidad, y esto lo describía con imágenes brillantes, llenas de color, grandiosas, que apenas presentadas desaparecían para dar lugar á otras, sucediéndose como los cuadros disolventes de una colosal fantasmagoría que se proyectara sobre la inmensa tela del espacio (1).

¡Oidle! «¡A mí los espíritus melancólicos, exclama, á mí los meditabundos, los que sufren y los que arden en el fuego del deseo! Yo les explicaré á Dios en su plenitud por el desarrollo de Dios en sí mismo. Y la creacion de los mundos y la de los hombres y el origen del mal y la salvacion de las almas y el fin de la materia: y los espíritus que en sí tengan algo de celeste lo verán claro y lo comprenderán luégo.»

»Dios, para alcanzar la plenitud, se descompuso en *eons*, seres eternos, partes de sí mismo; y á medida que los *eons* se iban alejando del principio, iban debilitándose más y más hasta que se perdieron en la negacion que es la materia, como se pierden

---

(1) Aquí procuramos, al describir la gnose de Valentin, reconstruir su sistema, que se halla disperso en varios textos que citan sus comentadores ó refutadores. Véase TERTULIANO *contra Valentinus*, S. IRENEO *de Hæresibus*, ORÍGENES *de principiis*. Vacherot, *Histoire critique de l'Ecole d'Alexandrie*.

No se encuentra en obra alguna toda la teoría ni existe libro alguno de él. En los puntos principales cítanle igual todos los padres de la Iglesia que de él se ocupan.



los perfumes de una flor que se evapora, como se pierden los ecos de una voz en un valle, como se pierden los rayos del sol poniente en el cielo, como se va perdiendo la columna de humo que el viento arrastra lejos del fuego que la produjo.»

«Antes que todas las cosas existía una *mónada indescriptible* que todo en sí lo encerraba y todo en sí lo contenía. Era el *Abismo silencioso*.

»Y esta *mónada* era dual en su esencia. El Abismo (1) y su compañero el *Silencio* (2) eran la *Suprema Sízigia*, las dos partes de que solamente constaba Dios en este primer período. El Abismo fecundó al Silencio y nació el primero el *Intellecto* (3).

«Él sólo comprende el Abismo, y solamente en Él los otros seres pueden comprenderlo. El *Intellecto* es el padre, el principio de todas las realidades existentes; su compañera es la *Verdad*, otro *eon* salido de Dios mismo. De su divina cópula salen el *Verbo* y la *Vida*. El *Verbo* expresa lo que su padre el *Intellecto* tiene en la conciencia y produce el *tipo ideal* del hombre y la *Iglesia ideal*, arquetipo de las sociedades humanas. Esta es la octava, primera y superior en Dios, formada en el primer período de su emanación.»

«Pero hasta aquí no había llegado Dios aún á su plenitud; el Pleroma no estaba aún constituido. El *Intellecto* y la *Verdad*, viendo que el *Verbo* y la *Vida* habían llegado á la producción, hacen emanar de su seno diez otros *eons* que son los *principios de la revelación y de la actividad divina externa*. El *Verbo* y la *Vida* á su vez quieren competir con ellos y producen doce que son los *principios de la vida espiritual humana*; y el conjunto de los seres que son en Dios llegan ya á treinta. Pero este número no es divisible por ocho, número místico de las primeras emanaciones de Dios, y por lo tanto es imperfecto, pues para formar octavas debía de quedar siempre un residuo. De aquí una agitación entre los *eons*, agitación que crece

---

(1) *Bythos*.

(2) *Sigí*. Hay que advertir que esta palabra en griego es femenina y por tanto *Sigí* podía ser la compañera de *Bythos*, para gente que atendía más á los nombres de las cosas que á lo que son las cosas.

(3) *Logos*.



hasta llegar á sentirse poseidos del deseo ardiente de comprender en sí al *Abismo* y querer abrazarle. El *Intellecto* quiere revelarles los misterios todos; mas el *Silencio* la ordena que se calle. Entónces empieza el sufrimiento de los *eons*, sufrimiento que se transforma pronto en pasión violenta. El que la siente con más intensidad es el último de los femeninos, y llega á sentirla con tal fuerza que absorbe la de los demas y la concentra toda en sí solo. Los demas ya no sufren, pero quedan tristes. La que sufre es la *Sabiduría* (1), que presa de violentos deseos de sumergirse en el Abismo, se hubiera perdido en él si el *Límite* (2), que en la plenitud de Dios (3) es el conservador de los rangos, no la hubiera detenido. Entónces la infeliz Sabiduría, desesperada, deja caer de su seno el Pensamiento, hijo único del ardor de su deseo sin el concurso de ningun *eon* masculino. El Pensamiento, este aborto disforme, anda errante, fuera de la plenitud de Dios, y ésta queda desgarrada y perturbada. Para que cese el desórden, el *Intellecto* proyecta una nueva pareja: Kristos y el Espíritu-Santo. Kristos hace entender á los *eons* perturbados que deben contentarse con comprender la naturaleza de las parejas del *Pleroma* y concebir el Sér como no engendrado, pero que sólo el *Intellecto*, emanacion directa del *Abismo*, puede comprenderlo tal como es en su esencia. El Espíritu-Santo les apacigua y hace que mutuamente se comuniquen sus sentimientos y perfecciones y gocen de ellas. Los eternos *eons* pónense en contacto, y de tristes y perturbados vuélvense dichosos y engendran entre todos un sér de una belleza incomparable que reasume en sí la esencia del conjunto. Este sér es *la Flor, la Estrella del Pleroma*, y se le llama *Todo* porque concentra en sí la potencia de todos. Y es el Salvador.»

Hasta aquí, de Dios sólo se había desarrollado Dios mismo. El segundo período va á comenzar. La formacion del Universo está próxima.

«Este infeliz aborto, este pensamiento culpable formado de

---

(1) Sofía ó Achamoth.

(2) Horus.

(3) O lo que es lo mismo en el Pleroma.



la desesperacion del deseo no satisfecho que la Sabiduría arrojó de sí cual sustancia malvada, vaga errante por el vacío, desterrado de la plenitud de Dios, fuera del concierto de los eternos séres que la forman. Rodéanle la *Oscuridad*, la *Privacion* y las *Sombras*. Pero Kristos tiene piedad de él y le da una forma sustancial, aunque no le infunde el conocimiento de las realidades supremas. Este pensamiento es una Sabiduría caída, imágen imperfecta de su madre la Sabiduría de lo alto, y se llama la *Sabiduría de abajo*. Pronto arde en el deseo de poseer á Kristos y con él celebra la divina union, y en el momento supremo del contacto brilla en ella un relámpago de iluminacion celeste, y cuando el hermoso *eon* se remontá resplandeciente á sumergirse otra vez en el Pleroma, la Sabiduría de abajo que le ha quedado el recuerdo del contacto divino, siéntese poseida de la aspiracion apasionada á la luz inaccesible, al igual que su madre aspiraba al Abismo. Su madre, más perfecta, quería abismarse y perderse; ella imperfecta quiere remontarse é iluminarse.

Desde este momento conoce que es ignorante é impotente, y esto la desola. Primero espera, pero acaba por desesperar; no obstante, en su desesperacion tiene un momento en que confía y suplica con súplicas tan ardientes, que el *Eon Salvador*, hijo de todos, baja á ella á desempeñar el papel de *consolador* ó *Paracleto*. Al verle llegar á ella se avergüenza, se siente indigna, y, púdica, se vela; pero la aproximacion del Salvador la desnuda. Siéntese entónces purificada y fortalecida por Él; se abre á la luz de los ángeles que acompañan á su celeste bienhechor, y deja caer sus sufrimientos en el seno del vacío, los cuales forman el mundo de su sustancia. El mundo, pues, está formado de la sustancia del dolor de la divinidad, de la cual se desprendió ésta en un momento de delirio. Esta sustancia tiene cuatro elementos: el *psíquico*, que son los terrores del pensamiento; el *material*, que son sus tristezas; el *demoniaco*, que es la desesperacion; el *espiritual*, que son sus plegarias. Estos elementos son en sí duales, y producen en el mundo una octava inferior, reflejo de la octava superior, como el *pensamiento*, ó *sabiduría* inferior, es el reflejo de la *Sabiduría de arriba*. La Sabiduría inferior produjo un *Demiurgos*



para ordenar las esferas planetarias, y el *diablo*, para que siguiera la sustancia demoniaca. Todo lo que el Demiurgos hace con el elemento material debe de tener fin, como tuvo principio. Ignora que la sabiduría inferior es quien le dirige en su obra de organizacion y providencia, y á veces se admira de la maravillosa belleza de sus obras; le sale lo que no había previsto. Entónces, henchido por el orgullo, exclama: *Yo soy Dios, y no hay más Dios que yo*. Ignora que los rios, que las lluvias, que los mares, son sólo las lágrimas que el *Pensamiento* derramó, y que en los hombres que Él cree haber creado, sólo unió las dos sustancias psíquica y material, que recibió ya formadas. Con la primera van á veces algunas partículas de la sustancia espiritual; entónces salen hombres superiores, á los cuales está reservado comprender la *gnose*.»

«El demiurgos se llamó á sí propio Jehová, y escogió un pueblo, y le prometió un Mesías, y se lo dió. Pero la *Sabiduría inferior* le mandó el espíritu en el acto del bautismo, y así el Jesús hombre quedó convertido en instrumento del *Salvador invisible*, que ántes había ya libertado á la madre del mundo. Como el mundo está formado de sustancia del dolor, el mal es la propiedad de la tierra; la sustancia demoniaca lo invade fatalmente.»

«Los hombres son de tres clases: materiales, psíquicos y espirituales, segun la sustancia que en ellos predomina. Todo el que es espiritual está atraído directamente por el Salvador del Pleroma, y no necesita para nada del Jesús-Cristo que envió el Demiurgos. Es superior á la virtud y al vicio, detalles de la tierra, realidades de abajo desconocidas en la Plenitud de Dios. Jesucristo vino sólo á emancipar á los demas, á quienes alcanza el diablo. La fin del mundo acontecerá cuando la Sabiduría de abajo, que va ascendiendo cada dia, se una definitivamente con el *Salvador*. Entónces entrará en la plenitud de Dios, seguida de las almas espirituales, las que serán las esposas de los ángeles de Aquél. El *Demiurgos*, con el resto de las almas que sólo á él han conocido, subirán á la region inmediata al Pleroma, quedando fuera del concierto divino. Toda la materia de los mundos arderá al contacto de la sustancia demoniaca por el fuego divino, y desaparecerá para siempre. Y la



plenitud de Dios será completa por los siglos de los siglos.»

Esta era la extraña teoría que predicaba Valentin, teoría que impresionando los ánimos no tardó en arrastrar en pos de sí á los más exaltados. Como si hubiera pasado una conmoción eléctrica por todos los cerebros, un delirio epidémico se apoderó de las inteligencias desde Alejandría al Ródano. Cada cual se esforzaba por saturarse de este panteísmo místico para ver si podía llegar á ser espiritual y superior al mundo.

Pero Valentin había hecho metafísica y se necesitaba una moral. Había explicado la generación del mal, pero no había indicado qué actos eran los buenos y cuáles los malos, pues considerándose superior á la virtud y al vicio, no se había entretenido en *estas relatividades de la tierra*. De esto se encargaron sus discípulos, y dijeron:

«El alma, emanación de la Sabiduría, necesita el estudio, la comprensión de las verdades supremas;»

«El cuerpo necesita el alimento material, la carne, el goce.»

Esta tendencia era general; los mismos Padres de la Iglesia habían dicho que Dios era todo *amor y sabiduría*.

Y añadían los Valentinianos: «El espíritu siendo puro por esencia, no puede impurificarse aunque esté en el seno del vicio: el oro no se enmohece en el fango. Lo que se corrompe es porque es corruptible, y el espíritu no lo es.» Y partiendo de esto, asistían á las bacanales lo mismo que á las ágapas, y se entregaban á una crápula sin límites. «En Dios mismo, decían, no hay desarrollo posible sin que un *eon masculino* se junte á un *eon femenino*. La cópula carnal es sólo el reflejo de las cópulas místicas del Pleroma; unámonos, pues, cada uno con cada una, que así lo dijo el apóstol.»

«El hombre, añadían unos, queda impecable con el bautismo; en este acto recibe, como Jesús, el Espíritu Santo que aleja de él el mal.» Y para huir del Diablo se echaban de cabeza al agua.

«Nó, replicaban otros; el hombre es impecable por el espíritu, que nació ya con este atributo;» y rechazaban el bautismo.

Luégo hubo otros que explicaron el origen y esencia del mal, divergiendo del Maestro: «Dos ángeles, decían, crearon el uno á Cain y el otro á Abel, y habiendo sido muerto el úl-



timo por el primero, la *Gran Virtud*, que estaba encima de todas las otras virtudes, ordenó que Seth fuese concebido como un alma sencilla, pura é impecable. Pero los dos primeros ángeles se unieron y pervirtieron los hombres, y la *Gran Virtud* les envió el diluvio para destruir la generacion malvada. Pero una parte de ella se salvó en el arca, de la cual salió y pobló la tierra, y volvieron los hombres á ser malos.»

Y los ofitas (1) añadían: «Achamot (2) causó el desbordamiento de la fuerza divina en el caos y luégo no pudo hacerla reentrar en la divinidad. ¿Quién se lo impidió? Ialdabaoth (3), *eon degenerado*, *Creador del mundo*, y *Ofiomorfos*, *el diablo* que es quien inspira al paganismo (4). Este último sirve á Achamot induciendo á los hombres á que falten al Dios de los judíos, pues Jehovah los tiene sumidos en la injusticia. El diablo y Jehovah sostienen una lucha en la cual se destruyen mutuamente sus poderes y el hombre es víctima de los dos. Para libertar al hombre del poder de entrambos apareció el *eon Kristos*, que era espíritu, y se unió al hombre Jesús, que provenia de la materia.

»Los ángeles provienen de Dios por emanaciones que van degenerando; los últimos, los más malvados, crearon el mundo y las almas. Estas están unidas á los cuerpos, porque siendo malvadas como los ángeles que las engendraron, olvidaron á Dios. Los conocimientos que en la tierra adquirimos son sólo reminiscencias despertadas del estado anterior, de cuando el alma no había olvidado la divinidad, foco de todas las cosas. Los ángeles inferiores son los que gobiernan al mundo, son enemigos del hombre porque éste tiene una parte espiritual. Para que no nos envíen desgracias debemos complacerles entregándonos á las obras de la carne, de la voluptuosidad, de la gula. Jesús mismo es hijo del matrimonio de José y María. Dios, foco y fuente de los ángeles, está encima de todo.

---

(1) Los *ofitas* eran una secta que adoraban una serpiente, porque, á su decir, la serpiente contenía una emanacion de Dios.

(2) Achamot es la sabiduría en el lenguaje de esta secta.

(3) Los ofitas llamaban así á Jehovah.

(4) Al diablo llamábanle *ofiomorfos* por representárselo bajo la forma de una serpiente.



Para llegar á Él es preciso atravesar las capas de emanaciones degeneradas. No se alcanza lo celeste sin pasar ántes por las corrupciones del mundo, como no se sale á flor de agua sin haber atravesado las capas del limo del fondo de las aguas.

El alma del que no haya cumplido las abominaciones de la carne pasará de un cuerpo á otro y se reencarnará en la tierra hasta que haya agotado la corrupcion de la materia. Miéntas nuestra carne tenga algo de pura, el espíritu que puede estarle unido no la abandonará. El dia en que el cuerpo esté enteramente corrompido, el espíritu se le separará para volar libre á través de las gerarquías de ángeles hasta unirse al mismo Dios.»

«No hay ninguna obra mala sobre la tierra; sólo es la opinion del hombre la que establece la diferencia. ¿El cuerpo es infame? Pues que apure la infamia, que la carne se pierda, que el deseo se sacie. ¡Orad desnudos, comed mezclados, dormid confundidos; que todos sean de todas y todas de todos, y como signo de infamia marcados en la oreja!»

Y la corrupcion es llevada al colmo por los cainistas. «*La virtud inferior*, dicen, el *Histeria*, Creador del cielo y de la tierra, era dual; constaba de dos *eons*; despues de haber creado á Adan y Eva, estos dos *eons* tomaron cuerpo, bajaron á la tierra y cohabitaron con nuestra primera madre.»

«El primero engendró á Cain, el segundo á Abel; cada uno llevaba en sí parte de la potencia divina que lo engendrara. Cain, hijo del *Eon superior*, era activo y trabajaba y mató á Abel que, como hijo del *Eon inferior*, era holgazan y vagabundo. Fué un acto justo, pues que Cain sólo cumplió con el impulso del principio activo, que en él se había reproducido.»

«Los buenos, que son los mansos de espíritu, no se salvarán, pues son séres pasivos y están quietos. Dios sólo distingue á los malvados, porque son activos. San Pablo ascendió al tercer cielo y oyó allí palabras misteriosas que ningun oido humano puede comprender, las cuales en el lenguaje mundano significan : *honrad al criminal, respetad al malvado*. Leed el evangelio de Judas, y en él vereis cómo sin su traicion, Cristo no hubiera sufrido pasion y muerte, y por lo tanto no se habría verificado la redencion del género humano. Sodoma



llegó al martirio por el vicio ; por él se hizo acreedora al fuego divino.»

«No os bauticeis, que el bautismo os haría impecables, y sin el pecado la virtud sería imposible, como sería imposible la luz sin la sombra.»

«Imitad á Cain ; descended á Sodoma ; Judas fué un santo. Renegad del Cristo de la Tierra, y libres de su influencia podreis llegar al Cristo del Pleroma.»

La gnose, al definir el mal, había establecido jerarquías en las almas. Dirigiéndose sólo á un corto número de éstas que consideraba privilegiadas por ser espirituales, consagraba la predestinacion ; de unas á la perfeccion suprema ; de otras á no poder entrar á gozar de la perfeccion divina. Elevando e espíritu á una region superior á todo lo humano, desde la cual aparecían el bien y el mal como meros accidentes del mundo, y por lo tanto, como cosas despreciables á las almas superiores, legitimaba todos los vicios y áun todos los crímenes. Estas castas del espíritu al poco tiempo hiciéronse insoportables ; esta inmoralidad mística presentóse pronto como odiosa ; y la mayoría no tardó en seguir de preferencia á la Iglesia ortodoxa más práctica en su organizacion y que no excluía á nadie de llegar á ver á Dios frente á frente, como lo hacía la gnose. Si ésta un momento deslumbró por su brillantez de imaginacion, por su aparato metafísico y áun por su argumentacion lógica, fué sólo un efecto de momento en la historia humana, fué como una ráfaga luminosa, como un relámpago que pierde en duracion lo que en intensidad gana : su período brillante apenas pasa de un siglo. ¡Y, no obstante, la gnose era el producto de la razon! pero de la razon aplicada á lo absoluto, y como al razonar sobre lo absoluto se aparta el hombre de las realidades terrestres, la gnose fué tanto más absurda cuanto más lógica era con el principio de que partía. Por esto la Iglesia, ménos lógica que ella, y por tanto más práctica, más conforme con la realidad de la vida, la eliminó en la lucha.

POMPEYO GENER.







## GALATEA

---

FÁBULA GRIEGA PUESTA EN VERSO Y REPARTIDA EN TRES ACTOS

*(Conclusion.)*

---

### ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del anterior.

#### ESCENA PRIMERA.

GANIMEDES entra receloso hasta cerciorarse de que Pigmalion ha salido.

GANIMEDES. Llamó, callé de miedo; se fué y no ha vuelto el amo;  
al fin se ha de evaporar:  
él corre y yo me quedo; yo un topo y él un gamo,  
sin que me coja jamás.  
*(Se sienta en el lecho.)*  
Perdónenme los dioses sublimes, inmortales,  
mi opinion particular;  
Mórfeo dice á voces que excede á sus iguales  
por su gran capacidad.  
«El que hace su cama, aquel hace mi templo,»  
dijo, y se fué á acostar;  
«y me dará más fama quien más siga mi ejemplo,»  
dijo, y soltó á roncar.  
Esa inteligencia suma  
de la familia inmortal,



entre sábanas de espuma  
 dormiré en colchon de pluma  
 de cisne y de pavo real.  
 ¡Oh! ¡Quién fuera el dios Morfeo!...

Tampoco se agrave el dios  
 por éste mi buen deseo,  
 si en la cama en que le veo  
 juzgo cupiéramos dos,  
 mejor que en mi tabla rasa.

*(Repara á Galatea en el jardin.)*

¡Tengo los ojos cabales!

¿Una mujer en la casa,  
 que pisa, pasa y traspasa  
 despojando los rosales?

*(Se levanta á observar.)*

Démos que es de historia antigua,  
 llovida no puede ser;  
 y mi vista no averigua  
 si será alguna estantigua,  
 ó verdadera mujer.

Por ser la hembra sexo ingrato  
 no tiene el amo, si tuvo,  
 con este género trato:  
 bonito, bueno y barato,  
 dice que nunca le hubo.

Cuando á la experiencia acuda,  
 mal que esté medio desnuda,  
 chasco llevará la fatua...

*(Corre á cerciorarse si la estatua está en su puesto.)*

¡Los dioses me den su ayuda!

¡Está visto, ya no hay duda!

Se fué; se apeó... ¡Es la estatua!

## ESCENA II.

GANIMEDES y GALATEA.

*(Galatea entra corriendo con las manos llenas de flores.)*

GALATEA. *(Al ver á Ganimedes.)*

¡Ah!... *(Deja caer las flores.)*

GANIMEDES. Es la estatua en cuerpo y alma.

GALATEA. ¿Quién eres?



- GANIMEDES. (*Turbado.*) ¡Yo!... ¿Mi persona?
- GALATEA. Ven aquí...
- GANIMEDES. No me abandona;  
ya empiezo á perder la calma.
- GALATEA. Ven, te digo.  
(*Le examina con curiosidad.*)  
Tus cabellos...  
Tu cara.... me gustan. (*Sigue examinándole.*)
- GANIMEDES. ¡Cáh!  
(*Aparte.*) No me conoce.
- GALATEA. ¡Ven!
- GANIMEDES. ¡Bah!
- GALATEA. (*Levanta un bucle de los cabellos á Ganimedes.*)  
¡Rubios!
- GANIMEDES. Me dejan con ellos.
- GALATEA. Sentémonos para hablar.  
(*Le obliga á sentarse á su lado.*)
- GANAMIDES. (*Aparte.*) ¡Grave caso!  
(*Se sienta muy tímido y receloso.*)
- GALATEA. Así; más puedes.  
(*Acercándolo.*)  
¿Tú te llamas?
- GANAMIDES. Ganimedes.
- GALATEA. ¡Ganimedes! ¡Te he de amar!  
¡Te quiero!
- GANIMEDES. (*Aparte.*) ¡Qué condicion  
tan abierta! Ya se ve!  
Pero si entra el otro...
- GALATEA. ¡Qué!  
¿Quién es otro?
- GANIMEDES. ¡Pigmalion!
- GALATEA. ¡Ah!.. Sí, un quejumbroso, un triste,  
un melancólico adusto,  
que quiso quitarme el gusto  
de salir aquí.
- GANIMEDES. ¿Le viste?
- GALATEA. ¡Y tanto como lo vi!..  
Hace poco le envié  
á traerme no sé qué,  
para alejarlo de mí.  
Es fastidioso en verdad;



se enfadaba como un loco  
y hasta iba poco á poco  
forzando mi voluntad.  
Yo me defendí...

GANIMEDES. (*Aparte y riendo á carcajadas.*) No es manca.

GALATEA. El no es bello y tú lo eres.

GANIMEDES. (*Aparte.*) Entre todas las mujeres  
esta estatua es la más franca.  
(*Alto á Galatea.*)

¡Muchas gracias!

GALATEA. Dime...

GANIMEDES. Apunta.

GALATEA. ¿Yo soy mujer?

GANIMEDES. En verdad...

la cosa...

GALATEA. ¿Y tú?

GANIMEDES. (*Aparte.*) ¿En calidad  
de qué me hará esa pregunta?

GALATEA. ¿Tú no eres mujer?

GANIMEDES. ¡Qué horror! -

Soy un hombre.

GALATEA. ¡Hombre! ¿Qué escucho?

Eso me conviene mucho  
para entendernos mejor.

¡Dame la mano! ¡Al momento!

(*Él teme y ella se la toma.*)

¡Ahora las dos!

GANIMEDES. ¡Tú las tomas!

GALATEA. ¡Los brazos!

GANIMEDES. ¡Son buenas bromas!

(*Mira en derredor.*)

Mas tiemblo al atrevimiento.

(*En el momento de inclinarse para abrazar á Galatea entra Midas precipitadamente.*)

### ESCENA III.

*Los mismos y MIDAS.*

GALATEA. Vamos. (*Dirigiéndose á Ganimedes.*)

GANIMEDES. (*Volviéndose sorprendido por el ruido que Midas hace al entrar.*) ¿Quién viene? ¿Quién va?



MIDAS. ¡Nadie! Yo soy ; nada temas.

GANIMEDES. ¡Otra vez!

MIDAS. Sí, Ganimedes,  
cogí á tu dueño la vuelta,  
le ví salir, y entréme  
para verla , para verla.

GALATEA. (*Levantándose.*)  
Mi querido Ganimedes,  
¿por qué estorban?

MIDAS. ¡Oh sorpresa!  
¡Oh, imposible puesto en práctica!  
¡La estatua que habla y pasea!

GALATEA. (*Examinando á Midas.*)  
¡Qué feo es!...

MIDAS. ¡Vaya un chiste!  
La educacion no entró en ella.

GANIMEDES. (*A Midas.*)  
¡No te dije que iba á hablar!...

MIDAS. A mi vista, á mis orejas,  
que lo oyen, que lo ven,  
la reflexion se lo niega.  
¿Quién pudo hacer tal prodigio?  
¡La estatua que habla y pasea!...

GANIMEDES. Barruntos me andan si Vénus  
jugó á mi amo una treta.

MIDAS. Esa treta, Ganimedes,  
podrá ser mala ó ser buena.

GANIMEDES. Tal supongo, porque al fin  
es mujer que se despierta  
un poco tarde, y me temo,  
sin motivo, por las señas  
solamente, por la pinta ;  
que empiece á echarse la cuenta  
y se desquite del tiempo  
que perdió cuando fué piedra.

MIDAS. ¿Cómo?

GANIMEDES. No ha probado nunca  
ni una dedada de miel.

MIDAS. Y para dormir, ¿se acuesta?

GANIMEDES. Un año ha dormido en pié.

MIDAS. ¿Qué me dices? Es prodigio



verificado al revés  
 del de Dafne, que iba huyendo,  
 y se convirtió en laurel  
 Metamorfosis es esta  
 que no se ha visto, y se ve...  
 y se palpa... (*Prueba tocar á Galatea.*)

GALATEA.  
 MIDAS.

(*Rechazándole.*) ¡Poco á poco!  
 ¡Oh! ¡Qué mimoso desden!  
 Ahora tengo por seguro  
 que me puedo desprender  
 de algunas minas, á cuenta  
 de lo que ahorre despues.  
 No come, viste ligero,  
 lleva sandalia, y tras que  
 no asomó nunca á la calle,  
 es estatua y es mujer.  
 Me conviene suavizarla  
 con una dádiva... A fe  
 que si pronto ha de ser mia  
 se la puedo recoger.  
 Galatea encantadora,  
 perlas y oro  
 te ofrece quien te enamora.  
 Mas di ahora  
 sin parar la reflexion  
 que me das predileccion;  
 porque son  
 en las mujeres,  
 cuanto más reflexionados,  
 más errados  
 los más simples pareceres.  
 Y ya dicho que te adoro,  
 ven conmigo,  
 si es que accedes,  
 y un tesoro  
 tener puedes.

GANIMEDES. ¿Lo oyes, Galatea? (*Llevando aparte á Galatea.*)

GALATEA. ¡Y bien!

GANIMEDES. ¿No ves que te solicita?  
 Pídele cualquier cosita.

GALATEA. Yo no pido; tomo.



MIDAS. *(Sin haber oído las palabras cambiadas entre Ganimedes y Galatea, dice acercándose á ésta.)* Ten esta sortija, que ha sido última prenda de Lais *(Se la pone.)* y pues por tomar tomáis, toma este beso. *(Intenta dárselo en la mano.)*

GALATEA. *(Dándole un cachete.)*

¡Atrevido!

MIDAS. *(Doliéndose, aparte.)*

¡La mano de esta estatua es dura!

GALATEA. ¿Ves, Ganimedes, cuán quedo se vino el anillo al dedo? Pedir no arguye cordura en la que á tanto se humilla, porque, al pedir el favor, obliga prenda mayor á cambio de otra sencilla.

GANIMEDES. Lais vivió tiempo sobrado, vino á vieja y se halla pobre; de fijo le alzó por cobre la sortija que te ha dado: temo aún que se arrepienta. ¿Tú le diste?

GALATEA. Un cachetillo.

Poca cosa.

MIDAS. Trae mi anillo...

GALATEA. ¡Aparte quien tal intenta!  
¿No sabes que quien da y quita?...

MIDAS. Quien da y quita, ¿qué?

GANIMEDES. *(Aparte.)* No es boba.

GALATEA. Quien quita lo que da, roba. Si en una mano bonita las sortijas con brillantes son astros que resplandecen, y las manos que los mecen el cielo de los amantes; si son gala, vanidad, ilusion, lujo, hermosura; ve mi mano, mas procura refrenar tu voluntad.

*(Le da la mano.)*





Suelta pronto ; siento ruido.

GANIMEDES. (*Va hácia la puerta del fondo y vuelve precipitadamente.*)

¡Pigmalion! ¡Salga quien pueda! (*Huye.*)

MIDAS. ¡Dioses, que tal me suceda! (*Anda turbado.*)

GALATEA. ¡Ven! Quedarás escondido.

MIDAS. ¡Tengo miedo!

GALATEA. Serás tonto,

si en ardides de mujer

no confías. Vásllo á ver,

y ayúdate. ¡Pronto, pronto!

(*Empuja á Midas hasta colocarle envuelto en la cortina y ella se sienta donde la dejó Pigmalion. — Pigmalion entra seguido de un esclavo que trae una cesta colmada de flores, frutas, ánforas y copas. El esclavo coloca dichos objetos sobre una mesa y se retira.*)

#### ESCENA IV.

GALATEA. — PIGMALION.

PIGMALION. Héme aquí.

GALATEA. (*Esconde la sortija.*) ¡Ya!

PIGMALION. ¿Me he tardado?

Cada instante era un martirio;

pero la casualidad

hizo hallarse unos amigos

que estuvieron importunos

para llevarme consigo.

GALATEA. ¡Bah!

PIGMALION. Compañeros un tiempo

de placeres fugitivos,

querían ahogar mi pena

en los deleites del vicio,

y distraer mis pesares

con sus cantares festivos.

GALATEA. ¿Por qué no fuiste con ellos?

PIGMALION. ¿Por qué? Por estar contigo

que así como se concentra

la luz del sol en su disco,

los rayos de mi esperanza

convergen á tí, amor mio.

Vine á ponerme á tu lado,



y entre flores y entre mirto  
te traigo frutas lozanas.

GALATEA.

¡Ah! *(Como recordando.)*

PIGMALION.

Las escogí yo mismo.  
El jardín de las Espérides  
no las dió más bellas; vino,  
vino te traigo también,  
que es oro en hirviente líquido,  
grato al labio, y á los ojos  
claro, transparente, limpio:  
néctar es para los dioses  
dulce y chispeante... míralo.

GALATEA.

¡Vino!

PIGMALION.

Sí, mi Galatea,  
humor de la vid, que quiso  
la sensualidad del hombre  
en su apetecer continuo,  
hallar entre los manjares  
y el agua, un placer más vivo;  
y extrajo del alimento,  
para la sed el divino  
licor de Baco, que enciende  
la mente en grato delirio.

GALATEA.

¡Oh!

PIGMALION.

La vid brindaba al margen  
del arroyo cristalino;  
globos de púrpura y nácar  
en desmayados racimos,  
y el hombre exprimíó las uvas  
en la taza, y brotó el vino  
que la sed mata y la aviva,  
que alimenta y da apetito,  
que el velo al rubor desgarrar  
y enloquece el amor tímido.

GALATEA.

¡Dáme el néctar, la bebida  
de los Dioses!

PIGMALION.

¿Tú no has visto  
á nadie miéntras mi ausencia?

GALATEA.

Nó.

PIGMALION.

El poltron duerme de fijo.  
¿Al muchacho Ganamides



no has visto aquí?

GALATEA.

¿A quién has dicho?

¿Quién es Ganimedes?

PIGMALION.

Déjalo.

GALATEA.

¿Quién es Ganimedes?... ¡Dilo!

PIGMALION.

Un muchacho perezoso  
que no se enmienda al castigo,  
y quiero sirva á tu mesa.

GALATEA.

¿Le llamo?

PIGMALION.

Lo haré yo mismo.

GALATEA.

PIGMALION.

(*A un tiempo.*) ¡Ganamides! ¡Ganamides!

PIGMALION.

¡Ni por esas! ¡Vaya un pícaro!  
En viniendo...

GALATEA.

(*Con halago.*) ¿Le perdonas?

PIGMALION.

¡Oh corazon compasivo!  
Perdonado. Hélo que llega  
temeroso.

## ESCENA V.

*Los mismos.*—GANIMEDES.

GALATEA.

(*Ap. á Ganimedes.*) No me has visto.

PIGMALION.

(*Señala á Ganimedes que se disponga á servir la mesa; hecho lo cual, pone vino en una copa, que presenta á Galatea.*)

¡Toma! y el labio tímido,  
que el aura besó apénas,  
beba en las copas llenas  
el férvido licor.

En esta fuente mágica  
se baña el dios Cupido,  
te besaré atrevido,  
sabrás lo que es amor.

En su espumante líquido  
hierven las sensaciones,  
bullen las ilusiones,  
está la inspiracion.

Y al despertar  
de tus ensueños,  
cuéntamelos con labios halagüenos,



pues quiero devorar  
 los instantes de amor, siempre pequeños,  
 si son premio á mis dias de pesar.

GALATEA. ¡Trae la copa! En ella quiero  
 conocer  
 el bien y el mal verdadero,  
 el corazon por entero  
 de la mujer.

PIGMALION. *(Aparte.)* ¿De la mujer?

GALATEA. *(Tomando la copa.)*

¡Es el vino! Me cautiva  
 su color.

Un lampo su centro aviva,  
 su fondo es fuente lasciva  
 para el amor.

*(Se dispone á llevar la copa á los labios en el momento en que aparece Aspasia en el fondo del escenario.—Galatea la ve primero y suspende beber.)*

## ESCENA VI.

*Los mismos. — ASPASIA.*

GALATEA. ¿Yo allí!.. ó es otra mujer?  
 Si reflejo es de mi sér,  
 como me mostró el espejo,  
 comienzo ahora á tener  
 envidia de mi reflejo.  
 Que si él atrae la atencion  
 del hombre, donde no estoy  
 yo en mí con mi sensacion,  
 lo aleja de la que soy  
 robándome adoracion.  
*(Dirigiéndose á Aspasia.)*  
 ¿Tú eres?

ASPASIA. ¿Qué importa; á quién?

GALATEA. ¡Tú eres!!.

*(Con más energía.)*

ASPASIA. Mujer de Atenas. *(Con desden.)*

GANIMEDES. *(A Aspasia aparte.)*

Ya bebe vino, y tambien  
 se inclina á chupar colmenas.



- ASPASIA. Dime tú, Pigmalion,  
esta mujer, ¿es scita,  
ó es bacante en la ocasion  
que ha exaltado su razon  
con el vino?
- GALATEA. *(Queriendo apartar de Aspasia á Pigmalion y á Ganimedes.)*
- ¡Quita! ¡Quita!
- PIGMALION. Aspasia, es mi Galatea :  
me oyó la Divinidad;  
abrázala, y haz que vea  
el cómo tu afan se emplea  
en ofrecerle amistad.  
*(Aspasia y Galatea se abrazan; luégo Galatea separa á Aspasia y dice á Pigmalion aparte.)*
- GALATEA. Las mujeres se abrazan con perfidia,  
se repugnan y forman lazo estrecho;  
se besan y se juntan pecho á pecho  
para irritar el monstruo de la envidia.
- PIGMALION. ¡Tal sabes!
- GALATEA. Por lo que ofende.  
El libro del corazon  
sin enseñanza se entiende,  
hoja por hoja se aprende  
de una en otra sensacion.  
*(Aspasia coge á Galatea y la acerca á la mesa.)*
- ASPASIA. ¡Acá! Vírgen de mármol,  
que Vénus animó,  
doncella hermosa y núbil,  
que ves el primer sol :  
la voluntad, la vida,  
el alma es el amor,  
y amor, sobre ser niño,  
es ciego y jugueton.  
Con infantiles juegos,  
el codicioso Dios,  
si el vino yerra al labio,  
lo vierte al exterior  
por la canal del pecho  
en las mancebas de hoy.  
Dos tazas de alabastro



excitan su ambicion,  
 y cuanto más se ceba,  
 siendo las tazas dos,  
 deja una, toma otra,  
 y vuelve á la anterior:  
 anímanle en la lucha,  
 dudoso en la eleccion,  
 el címbalo, las flautas,  
 el báquico furor;  
 y si el placer, la vida,  
 el alma, es el amor,  
 brindemos á Cupido  
 las dos juntas, y pon  
 los labios en la copa  
 conmigo...

GALATEA.

*(Arrebata la copa á Aspasia.)*¡Juntas, nó! *(Bebe.)*

¡Esto es fuego! En él se encienda  
 mi beldad,  
 para que el rubor no ofenda  
 en el camino que emprenda  
 la vanidad. *(Bebe.)*  
 ¡Veo el mundo, veo el mundo!  
 el dolor está profundo,  
 encima flota el placer:  
 lo primero y lo segundo  
 son obra de la mujer.

ASPASIA.

¡Se inspira!

PIGMALION.

Fuerza será  
 quitarle la copa.

GALATEA.

¡Cáh!...

Sigo el curso de la vida,  
 penetro en la sociedad,  
 la virtud es fe mentida:  
 el engaño es la verdad.  
 Cambiad, cambiad,  
 el placer por los deberes,  
 los afeites por la edad. *(Bebe.)*

PIGMALION.

¡Galatea!

GALATEA.

¿Qué me quieres?

PIGMALION.

¡Ya no más!



- GALATEA. *(Riendo.)* ¡Já, já, já! *(A Pigmalion.)*  
 Huyes por senda torcida  
 y caes en lazo fatal:  
 te engañarán la querida  
 ó la esposa desleal.
- PIGMALION. ¡Galatea!
- GALATEA. ¿Qué me quieres?
- PIGMALION. ¡Ya no más!
- GALATEA. *(Riendo.)* ¡Já, já, já! *(Con ira.)*  
 ¡Yo soy reina! Vacíad.  
 el ánfora en esta copa,  
 pues vosotros sois la tropa  
 que sirve á mi voluntad.
- ASPASIA. La has dejado beber tanto  
 que ha perdido la razon,  
 y ha querido decir cuanto  
 encierra su condicion.
- PIGMALION. Y sin que acuda al llanto,  
 en su estridente risa  
 veo la pitonisa  
 de mi último dolor.
- GALATEA. ¡El ánfora! ¡Pigmalion,  
 trae el ánfora! ¿No acudes?  
 ¿Tú tampoco, Ganimedes?  
 Pues... me vengo. *(Corre y desarropa á Midas, que está  
 detras de la cortina: en este momento escapa Ganimedes.)*
- MIDAS. *(Á Pigmalion.)* ¡Compasion!  
*(Aspasia se interpone.)*
- PIGMALION. ¡Midas! tocas á tu fin.  
 Díme y tiembla el que no crea...
- GANIMEDES. ¡Que se escapa Galatea *(Entrando apresuradamente.)*  
 por la puerta del jardin!
- PIGMALION. ¡Dioses! *(Suelta á Midas.)*
- MIDAS. ¿Será cierto?
- GANIMEDES. Andad,  
 que ella corre como un gamo.
- PIGMALION. ¿Hácia dónde!
- GANIMEDES. Yo, mi amo,  
 presumo que á la ciudad.
- PIGMALION. ¡Galatea!
- GANIMEDES. *(Aparte.)* ¿Quién la ataja?



Échenle un galgo.

MIDAS.

¡Favor!

PIGMALION.

¡Se me va todo mi amor! (*Corriendo hácia el jardín.*)

MIDAS.

(*Siguiendo á Pigmalion.*)

¡Y á mí me lleva una alhaja!

(*Aspasia sigue á ámbos por curiosidad.*)

## ESCENA VII.

GANIMEDES solo, sentado.

GANIMEDES.

Miren la recién nacida  
trastornar la casa entera.

¡Qué lista es de su persona!

¡Y ántes estaba tan quieta!

¿Si daré yo alguna vez  
en ser un águila?... Buena  
la llevan, corriendo juntos  
mi dueño y Midas tras ella,  
uno á rescatar su joya  
y otro á recoger su prenda.

¿A que si Pigmalion  
hace otra estatua, no piensa  
en pedirle más á Vénus  
que le de vida en las piernas,  
ni calor en el estómago,  
ni le trae vino á que beba?

¡Buen paso lleva la estatua  
con la chispa que la alienta!

¡Oh, si las ninfas de Midas,  
las vacantes deshonestas,  
y las Vénus y las Dianas  
tomaran parte en la fiesta! (*Se rie.*)

## ESCENA VIII.

GANIMEDES. — GALATEA.

GALATEA.

(*Asomando la cabeza por detras de una cortina.*)

¡Ganimedes!

GANIMEDES.

(*Se levanta asustado.*)

¿Quién me llama?



- GALATEA. ¡Eh! Ganimedes, soy yo.
- GANIMEDES. ¿Tú? ¿No te escapaste?
- GALATEA. Nó.
- GANIMEDES. (*Aparte.*) Esta mujer tendrá fama.  
Pues si yo te vi salir  
huyendo como un conejo.
- GALATEA. Fué para engañar al viejo  
y al quejumbroso... y venir  
á tu lado... ¿á qué dirás?
- GANIMEDES. No sé. ¿Les diste un regate?
- GALATEA. Me rio.
- GANIMEDES. Buen disparate  
has hecho.
- GALATEA. Quedéme atrás.  
¿A qué achacas la invencion?  
¿Juzgas por qué me he escondido?  
¿A qué dirás que he venido?
- GANIMEDES. No acierto. Pigmalion  
será quien vaya delante,  
y atajados los alientos  
Midas soltará lamentos  
en busca de su diamante.
- GALATEA. Déjalos. Cuanto más corran,  
están más léjos. ¿No aciertas?
- GANIMEDES. No atino.
- GALATEA. ¿Tiene más puertas  
la casa?
- GANIMEDES. Sí.
- GALATEA. Pero ¿ahorran  
camino?
- GANIMEDES. Por la que huiste.
- GALATEA. Pues... te he venido á decir  
que te amo, y me quiero ir  
contigo.
- GANIMEDES. (*Asustado.*) ¿Qué me dijiste?  
¡Quién había de creer!
- GALATEA. Como nunca me abandones  
seré feliz.
- GANIMEDES. Me propones  
lo que yo no puedo hacer.
- GALATEA. Ven, mi Ganimedes, ven;



- el monte, el llano, la selva  
en la libertad dichosa...
- GANIMEDES. Imposible, Galatea.  
Yo he nacido de mujer;  
tú naciste de una piedra:  
la piedra nació en el monte,  
no extraño que al monte vuelva,  
mientras yo me quedo esclavo  
de la voluntad ajena,  
dando gracias á mi dueño  
porque no gasto cadenas.
- GALATEA. ¿Esclavo, dices? Esclavo...  
Y ser esclavo ¿qué expresa?
- GANIMEDES. Que soy esclavo va dicho:  
saca tú la consecuencia.
- GALATEA. ¿De qué, si no te comprendo?
- GANIMEDES. Pues no me fuerces, y espera  
si te lo he de decir todo  
como á chiquillo de escuela;  
porque como hoy has nacido  
á este mundo, andas á ciegas  
dándote con las paredes  
sin conocer una letra.  
Pigmalion es el libre,  
yo el esclavo de su fuerza  
y de mi necesidad.  
Y un esclavo es de madera  
que con serlo, necesita  
quien lo tenga y lo mantenga.  
Tú me pides que me huya  
contigo, que eres su prenda  
más amada... ¡Ganimedes  
no cabe por esa puerta!
- GALATEA. ¡Esclavo!! ¿No me digiste  
Que eras hombre, en cuanto apenas  
sentí la vida y sentía  
impresion de que tal eras?  
¿Hay entre mujer y hombre  
una tercer diferencia?  
¿Un sexo, á que se resiste  
femenil naturaleza?



Y ahora me aparta de tí  
 con asco, como si fueras  
 cieno que halla en su camino  
 la planta de Galatea,  
 y hasta pisarlo repugna  
 por no manchar su limpieza.  
 ¿Tú, á discrecion de otro hombre  
 por temor y con afrenta,  
 teniendo manos y vida  
 que emplear en la pelea?

GANIMEDES. Son muchos los de mi clase.

GALATEA. ¿Sois muchos? Mayor vileza  
 es, si no sumais los brazos  
 en la natural defensa  
 y vencedores ó muertos...

GANIMEDES. Se nos suma por cabezas.

*(En este momento entran Pigmalion y Aspasia por la galería. Aspasia señala á Galatea, deteniendo á Pigmalion para que observe.)*

GALATEA. *(Sin advertirle.)* ¡Quita tú!... A quien amilanan  
 los ruegos de una manceba,  
 á la que basta á fijar  
 los ojos en donde quiera  
 que haya varones altivos  
 para que en su amor se enciendan.  
 Libre arrastraré tras mí  
 donde vaya y donde vea,  
 en rendida muchedumbre  
 la juventud de la Grecia;  
 pues nunca el hombre es más fuerte  
 que rendido á la belleza :  
 y á tí te dejo , porque  
 ni eres varon ni eres hembra.



## ESCENA IX.

GALATEA.—GANIMEDES.—PIGMALION.—ASPASIA.

*(Al dejar Galatea á Ganimedes se encuentra con Pigmalion, que se precipita hácia ella.)*

PIGMALION. ¿ Tú así á un esclavo ? ¡ Oh pérfida !  
Venida al mundo apénas  
me burlas y te llenas  
de impúdico baldon.

GALATEA. Sentí al nacer ¡ oh crédulo !  
que el hombre es un juguete :  
conoce , y se somete  
á la mujer peor.

ASPASIA. *(Interponiéndose.)* Tente, Pigmalion. Tú ve  
si esto es duda ó es consejo :  
¿ De un viejo á un esclavo ?...

PIGMALION. ¿ Qué ?

ASPASIA. ¿ Llevar los celos ?

PIGMALION. ¡ No sé !

Pero á ella la mataré  
por el esclavo y el viejo.  
*(Tira del puñal y Aspasia lo sujeta.)*

GALATEA. *(Con espanto.)* ¿ Es el hierro ?... ¡ El hierro nó !  
*(Va retrocediendo y repitiendo ¡NÓ! ¡NÓ! hasta quedar petrificada encima del zócalo en la misma actitud en que se la vió por primera vez.)*

ASPASIA. Arroja el arma , y advierte  
que si Venus la animó,  
por lo que ella no le dió  
vienes á darle la muerte.  
Nacida á la pubertad,  
De ese solo sentimiento  
vive en pura realidad ;  
y fuera insensato intento  
pedirle la honestidad.

PIGMALION. Arránquese la esperanza  
del alma, como mi mano  
arroja sin la venganza  
este puñal, que no alcanza



á herir su pecho liviano.

*(Arroja el puñal y queda abatido.)*

*(Se oyen voces alegres de los amigos y de las mujeres hácia el interior. Aspasia empuja la puerta y entra la comparsa en tropel.)*

## ESCENA X.

*Los mismos y la turba de amigos y mujeres, y MIDAS.*

ASPASIA. Tiene celos, entrad.

AMIGOS. Los celos son indigna enfermedad.

*(Midas llega sofocado entrando por el lado que salió con Pigmalion en busca de Galatea y tropieza con la estatua.)*

MIDAS. ¡Me pasmo!

UNOS. ¿Qué será?

MIDAS. ¡Me asombra!

OTROS. ¿Qué será?

MIDAS. *(Tocando la estatua.)*

¡Es mármol!

PIGMALION. ¡Ah! ¡Es mármol?..

*(Adelantándose á tocar á Galatea.)*

TODOS. ¡Bien está!

PIGMALION. *(Volviéndose á los amigos.)*

Volcad, volcad las ánforas;

llevadme á los placeres,

brindemos á Citeres,

corramos al altar.

*(Beben en desorden los amigos y las mujeres flautistas con los demas, excepto Aspasia.)*

ARÍSTIDES. Ahora, al templo mágico

de Vénus cipriota,

que Amor sus alas flota

en torno á la Deidad.

*(Se disponen á salir en tropel á tiempo que Midas retrocede precipitadamente.)*

MIDAS. ¡Oh, encanto de la escultura!

¡No me voy!

PIGMALION. Si tanto amas su hermosura,

te la doy.

*(Midas se abraza á la estatua y permanece en esta actitud hasta que cae el telon.—Luégo Pigmalion, adelantándose al proscenio, dice :)*



PIGMALION. ¡Mujeres! el eslabon  
último de mi cadena,  
roto está; y Pigmalion,  
que á sí propio se condena,  
suplica vuestro perdon.  
¡Aspasia! Tú, la que brillas,  
sol de Grecia, y que no humillas  
á quien rinde tu poder...

*(Se inclina ante Aspasia.)*

ASPASIA. No ante Aspasia... ¡De rodillas  
á los piés de la mujer!!

*(Cae de rodillas.—Midas sigue abrazado á la estatua hasta  
que baja el telon, y entre tanto se oyen las voces y la ale-  
gría del concurso.)*

FIN.







## UN SISTEMA DE EDUCACION RACIONAL.

---

### II.

Sçavoir par cœur n'est pas  
Sçavoir.—MONTAIGNE.

#### § 1.º

**L**os sistemas de educacion no son más que una parte del sistema social con que coexisten. A la máxima católica que prescribía una fe ciega, corresponde el *magister dixit* de las escuelas. *La letra con sangre entra* de nuestros dómines no era más que un traslado á la disciplina académica de los principios y las leyes del régimen absoluto. Pero este régimen decae, desaparece. *Les Rois s'en vont*, decía M. Lainé meditando las consecuencias de la revolucion de Julio de 1830. Y no sólo se transforma la autoridad del poder y se anula y pierde el antiguo ideal monárquico: todos los elementos que constituían aquella poderosa unidad social modifican su carácter en la perpetua evolucion á que viven subordinados, siguiendo el curso progresivo de la historia. La realeza, el papado, el dogmatismo filosófico, ¿qué son ahora dentro del régimen representativo, frente á las increíbles audacias de la crítica y del libre pensamiento, ó en parangon con esas teorías que han lan-



zado la metafísica de la ciencia y lo absoluto fuera del comercio humano?

Iguales vías emprende la autoridad pedagógica. Montaigne dió lema al movimiento que la destrona ; Rousseau una idea fundamental con su afecto á la juventud y su confianza en las facultades y en la actividad intelectual de los niños. Los Pestalozzi, los Oberlin, los Frœbel han desenvuelto esa idea. Spencer la compendia y la mejora. Está hecha la revolucion en la enseñanza como en la política , como en la filosofía, como en las creencias religiosas.

La primera base de esa revolucion , que por más pacífica y tranquila anuncia mayor fecundidad y madurez , se refiere al fondo de la enseñanza misma , expuesto y desenvuelto en el artículo anterior. La segunda á la forma en que ha de practicarse la educacion intelectual del hombre. Su idea fundamental nace de la confianza en las facultades del niño y del respeto á las obras de su activa inteligencia. No se trata de imponerle conocimientos , como se han impuesto leyes , dogmas y creencias á los pueblos , en nombre del derecho divino , de la revelacion divina , de principios absolutos que por éste ó el otro camino siempre se atribuyen á un origen , á una fuente sobrenatural. Se trata de respetar y alentar su iniciativa, su espontaneidad, su libertad ; de ofrecer á su inteligencia, como en una brillante exposicion , los gérmenes de todas las verdades positivas y de todos los conocimientos útiles ; se trata de conformarse á los procedimientos naturales, de preferir el sistema de la naturaleza , de fundar en él la ciencia de la educacion y su arte en el principio de que no hay estímulo tan eficaz para el desarrollo intelectual, como los honestos placeres del cuerpo y del espíritu. El sistema de la naturaleza , como lo revela la historia de cada hombre y como lo afirma la historia de la humanidad , es el progreso de lo sencillo á lo complicado, de lo indefinido á lo definido , de lo particular á lo general , de la rudeza á la cultura , del embrion á la forma , de las nociones vagas á las teorías comprobadas y distintas. ¿Cuál es el agente poderoso que realiza ese adelanto? La voluntad humana. ¿Por qué lo realiza? Obedeciendo á un deseo , jamás satisfecho ni extinguido, de mejora, de bienestar. ¿Cómo lo realiza? Libre,



espontáneamente. ¿De qué manera procede? Por la observación. Ese es el sistema de la naturaleza que ha producido la cultura de que ahora, hombres del siglo XIX, nos enorgullecemos; ese debe ser el sistema de la enseñanza.

Spencer recorre ligeramente, para justificar el nuevo sistema cuyo principio hemos señalado y cuyas ideas generales, según las expone el autor inglés, transcribiremos más adelante, los sistemas que hasta el día han prevalecido, y que en lo que á España se refiere, dominan casi sin contradicción. No era necesario, á nuestro juicio, sin embargo, darle esa base crítica. Las verdades evidentes que se imponen al sentido común, no han menester, para recabar el acatamiento de todos los ánimos y la sumisión de todos los espíritus, sino el ser expuestas con claridad y sencillez. Spencer, para desengaño de los que piensan que anda la profundidad reñida con estas irremplazables cualidades, es claro y sencillo como pocos. Pero ya que nos da ocasión para ello, hablaremos nosotros también algo de lo que dice sobre los métodos que viene á condenar su sistema de educación.

El que aún hoy tiene más boga, ó el que aún se practica más en nuestro país, es precisamente el condenado por Montaigne. Maravilla que profesores de ámbos sexos, encargados de instruir niños de cuatro, cinco y seis años, les obliguen á aprender reglas y definiciones de aritmética y de gramática, que los párvulos repiten sin entenderlas poco ni mucho, pero con una fidelidad admirable, y que hagan más tarde, con la repetición de tales ejercicios, la ventura de sus padres. Esos padres y esos maestros creen que los niños han aprendido algo de esta manera, y con efecto, lo que los niños aprenden es que nada hay tan enojoso como el estudio. Lo que los niños aprenden son palabras, no ideas; conocen las definiciones y no las cosas definidas; conocen, por oídas, el símbolo, pero no la cosa simbolizada. Dice Spencer que este método, que consiste en el fatigosísimo ejercicio de la memoria aplicada á nociones ininteligibles, ha caído ya en un profundo descrédito; es cierto. Dice que está casi en completo desuso; fuera de



nuestra patria, sí; en España se emplea aún generalmente. Puede el lector hacer por sí mismo la experiencia de que el método se aplica y de su esterilidad, interrogando á un niño. Sus respuestas tendrán mayor elocuencia que nuestros argumentos.

Otro método ú otro carácter relevantísimo de los antiguos métodos consiste en la enseñanza por principios. El método nuevo empieza por los casos particulares y termina en las generalizaciones, en las reglas, en los principios. Fruto de la enseñanza preferente de éstos es un conocimiento empírico de las cosas, la aparienciá del saber sin la realidad. «Presentar á la inteligencia, dice Spencer, el producto neto de cualquier investigación sin que la inteligencia haya investigado por sí misma, es un método enervante é ineficaz. El conocido proverbio: *los dineros del sacristan cantando se vienen y cantando se van*, puede aplicarse á la ciencia como á las riquezas. Las reglas que permanecen aisladas en el espíritu humano se olvidan pronto, miéntras que los hechos de que esas reglas son el símbolo, despues de investigados y comprendidos son propiedad inalienable de la inteligencia.» El sistema de enseñanza por principios y reglas tambien es de muy general, podríamos decir, de universal aplicacion entre nosotros. Se emplea en todos los grados de la enseñanza; podríamos señalar los inconvenientes que ofrece en la primera y segunda y aún en la superior. El más frecuente es el de que los alumnos aprendan teorías ininteligibles, no adquieran sino un conocimiento superficial de las materias que se les enseñan y sientan por ellas enojo profundo y hastío insuperable. No hay que aducir ni una palabra más en demostracion de que esto sucede en la primera y segunda enseñanza. Algunos dudarán que ocurra lo mismo en la superior universitaria; la inteligencia más cultivada y desarrollada de los alumnos que las frecuentan es ya un motivo de duda. Un ejemplo basta á desvanecerla. Generalmente se estudia el primer curso de legislacion á los quince, diez y seis ó diez y siete años, y se empieza por un resúmen de los elementos filosóficos del derecho. Preguntad á esos alumnos qué aprenden con tales elementos. Nada; al llegar al último curso y al abrir las páginas de la filosofía del derecho están en condiciones de



estudiarlos; pero antes de saber del derecho ni una sola palabra, antes de conocerle por sus formas sensibles, sus manifestaciones, sus efectos, ¿cómo han de comprender la generalización de todas estas ideas que es á lo que llamamos *prolegómenos*? Algo muy semejante puede decirse de la asignatura de derecho romano. En las escuelas se prefiere Ortolan á Mackeldey ¿por qué? Por que Ortolan en su exegesis histórico-crítica de las instituciones imperiales procede de esa manera racional que indicamos; porque expone el contenido del derecho y no generaliza (1). El estudio de la geografía por reglas y no mediante la observacion sobre la carta y las esferas, da resultados de tanta solidez y valor como daría el de la historia si se hiciese en los elocuentés estudios de M. Laurent.

Spencer señala otro rasgo tambien característico de los antiguos métodos, relativo al órden de ciertos estudios que, segun ellos, debían preceder á todos los demas, y conforme á las nuevas ideas, deben profesarse en último término. Entre esos estudios está la gramática. Respecto á su enseñanza ha dicho un escritor, Wyse: «La gramática es una coleccion de leyes y de reglas. Las reglas se deducen de la práctica; son el resultado de inducciones á que llegamos por una amplia observacion y comparacion de los hechos. La gramática es la ciencia, la filosofía del lenguaje. Si consultamos el sistema de la naturaleza, observamos que jamás lleva desde luego á la ciencia ni á las naciones ni á los individuos. Antes de que se escriba la gramática de un idioma, ese idioma se habla, y se escriben en él grandes poemas. Tampoco se ha esperado para razonar á que Aristóteles escribiera su lógica.» «En resúmen, añade Spencer, comentando á Mr. Wyse, como la gramática se ha hecho despues de tener el idioma, debe enseñarse despues del idioma tambien.»

---

(1) La notable obra de M. Ortolan, empieza con una *Generalización del derecho romano*, cuyo estudio debe recomendarse y se recomienda para despues de conocida la Instituta. Antes sería perjudicial, y ademas, si así hubiera de hacerse, sería preferible la de Mackeldey, que es un notabilísimo trabajo.



## § 2.º

Tales son los defectos culminantes del antiguo ó de los antiguos sistemas. Spencer presenta frente á ellos su método de educacion racional, fundado en el principio que ántes examinamos, y desenvuelto con grande amplitud bajo sus dos aspectos teórico y práctico. Hé aquí las bases de la teoría de su sistema :

1.<sup>a</sup> En materia de educacion espontánea debemos proceder de lo sencillo á lo complicado. El espíritu se desarrolla progresando de lo homogéneo á lo heterogéneo. La educacion debe seguir esa misma marcha en el conjunto y en los pormenores de toda la vasta materia que abarca.

2.<sup>a</sup> El desarrollo del espíritu es un progreso de lo indefinido á lo definido. Las primeras ideas, las primeras percepciones, como los primeros ensayos de lenguaje y los primeros movimientos, tienen una gran vaguedad. No es posible que una inteligencia, aún no desenvuelta, adquiera ideas precisas de las cosas ó de los hechos. El maestro que enseña una definicion á un niño en tales condiciones logra que se graben en la memoria del discípulo las palabras, pero no consigue fijar allí una sola idea. Es preciso que experiencias repetidas vengán á suministrarle materiales para definir sus concepciones. Miétras tanto, conviene limitar la educacion á nociones rudas y sin arte; no deben enseñarse las fórmulas científicas hasta que el alumno posea conceptos claros y exactos ya sobre la materia que estudia.

3.<sup>a</sup> En la enseñanza debe empezarse por lo concreto para ir á lo abstracto; exponer primero las verdades particulares y despues su generalizacion; presentar al espíritu del alumno los principios por medio de ejemplos y llevarlo del caso aislado á la regla en que éste se contiene.

4.<sup>a</sup> La educacion de un niño debe conformarse, en cuanto al modo y al orden que han de presidirla, á la educacion de la humanidad, segun la historia. La inteligencia humana colocada en medio de un inmenso número de fenómenos se esfuerza constantemente por entenderlos y llega á poseer su conoci-



miento despues de una larga y penosa serie de comparaciones, especulaciones, experiencias, teorías, etc. Este es el procedimiento de la humanidad: ese debe ser el procedimiento de la educación.

5.<sup>a</sup> En cada rama de conocimientos debe procederse de lo empírico á lo racional. La ciencia es el conocimiento organizado; para que exista es necesaria la existencia anterior del conocimiento.

6.<sup>a</sup> Es necesario fomentar, excitar el desenvolvimiento espontáneo de las inteligencias infantiles. Debe guiarse al niño para que practique por sí mismo todas las investigaciones y deduzca de ellas las consecuencias oportunas. Conviene decirle poco y hacerle encontrar mucho. La humanidad se ha educado á sí misma; en la enseñanza individual se debe seguir este ejemplo. El sistema que empleamos con los niños produce en ocasiones fatales consecuencias. Los apartamos de la observación de los hechos que les interesan para imponerles el conocimiento de otros más complejos que no entienden y cuyo estudio les enoja; si resisten les castigamos con dureza y somos causa de que se coloquen en un estado de pasividad intelectual del que es muy difícil que salgan y se eleven, recobrando su espontaneidad é iniciativa perdidas.

7.<sup>a</sup> Para impedir este mal debe en el curso de los estudios y con ellos mismos excitarse agradablemente al niño. Dice Fellenberg: «la experiencia me ha enseñado que la indolencia de los jóvenes es completamente contraria á su necesidad de actividad, y ó es fruto de una mala educación ó signo de un defecto constitucional.» El placer es en todos los hombres, cualesquiera que sean su edad y condiciones, el estímulo de la voluntad; debemos apelar, pues, á la eficacia de ese estímulo.

Como la idea generadora de estas bases es la misma, se advierte en ellas, y Spencer lo declara, tal identidad, que algunas parecen corolarios de las precedentes. Fases todas de un punto de vista, manifestaciones de un solo principio, le esclarecen é ilustran, haciendo palpable su verdad y evidente su conveniencia. Ese principio y todas las bases que de él se derivan constituyen la teoría general de la educación, según este sistema. Veamos ahora cómo ha de practicarse.



Las condiciones generales que ha de llenar la práctica de este sistema, fundado en los principios que acaban de exponerse, son tres:

1.º Que la educacion reproduzca en pequeñas proporciones la obra de la civilizacion.

2.º Que sea tan espontánea como parezca posible.

3.º Que esté acompañada de placer.

Aparte de esto hay que reconocer en el desenvolvimiento de un sistema educador varios grados. El primero de ellos comprende la vida del niño desde la cuna hasta su entrada en la escuela. Sobre la falda de su nodriza, en el tierno regazo de su madre amorosísima, empieza insensible y lentamente su educacion. La psicología da consejos excelentes sobre la forma en que ha de procederse dentro de ese grado. «Las primeras impresiones, dice Spencer, que puede asimilarse el espíritu con las sensaciones de resistencia, de sonido, de luz, etc., que no son susceptibles de descomponerse. Los estados de conciencia que tampoco son susceptibles de esto, no pueden existir antes de aquellos otros estados que contribuyen á formarlos. No se puede tener idea alguna de forma antes de haber conocido las gradaciones y cualidades de la luz ó los grados de intensidad de la resistencia, porque, como se sabe hace mucho tiempo, reconocemos la forma visible por las variaciones de la resistencia. Asimismo no puede conocerse ningun sonido articulado antes de conocer los sonidos inarticulados de que se compone. Para seguir, pues, la ley de progresion necesaria de lo simple á lo compuesto, debemos exhibir al niño un número suficiente de objetos que presenten diversos grados y especies diversas de resistencia, diversos grados y cualidades de luz y procurar que oiga sonidos diferentes en fuerza, tonalidad y timbre. Para sistematizar las sencillas percepciones del niño, basta recordar la ley general de evolucion de lo indefinido á lo definido, regulándolas en atencion á que durante el desarrollo de cada facultad, las impresiones vigorosamente contrapuestas son las que primero se perciben, y que de la misma manera los sonidos que más se diferencian en fuerza y tonalidad, los colores más diversos, las sustancias que ménos se parecen por su estructura ó



dureza, deben ser los primeros objetos que se suministren á los niños, siguiendo una progresion lenta entre las impresiones más inmediatas.»

El segundo grado no es más que una continuacion natural del primero. Principalmente consiste, como el anterior, en devolver la facultad de observacion de los niños, considerando lo que en otro tiempo se llamaba malicia ó inútil curiosidad de éstos un poderosísimo instrumento de educacion. Se funda ademas en la idea de Bacon, de que la física es la madre de todas las otras ciencias. De estos principios han nacido *las lecciones de cosas* (*lessons on objects* ó *teaching objects*), de que Spencer da en su libro ideas generales, más bien críticas que expositivas, y á nuestro juicio, ademas, *la enseñanza por el aspecto*. Es tan importante este asunto, y de tanto interes popularizar su conocimiento, que vamos á ampliar con las noticias de Hippeau (1) las breves observaciones de Spencer.

La enseñanza mediante el aspecto, inspirada á los alemanes por el autor del *Emilio*, se hace con cuadros é imágenes que, aunque imperfectos, dan algun conocimiento del mundo real. Las lecciones de cosas ofrecen resultados mucho mejores. Es el método adoptado en las escuelas de los Estados-Unidos, y gran número de escritores atribuye juiciosamente á esta circunstancia, entre otras, los progresos, cada dia más notorios, de la cultura pública y del sentido práctico en aquella libre y floreciente democracia.

Al parecer, la iniciativa de esta reforma debe atribuirse á pensadores franceses. Montaigne, Fleury y Rousseau fueron los primeros en proclamar su utilidad y sus excelencias. Fleury exponía ya en el siglo xvii el mecanismo de las lecciones de cosas (2). «Como los primeros objetos que hieren la imaginacion de los niños, decía, son el interior de las habitaciones, sus diferentes partes, los criados, los diversos servicios, los muebles y los utensilios de las casas, no hay necesidad de hacer otra cosa que seguir su curiosidad natural para enseñarles

---

(1) C. Hippeau: *L'Instruction publique en Allemagne; L'Instruction publique aux Etats-Unis*.

(2) *Du choix et de la conduite des études*.



agradablemente el uso de todos los objetos y hacerles entender las razones sólidas á que se debe su invento, y las incomodidades que evitan... Como no han de vivir ni en el aire, ni entre los astros, ni en los espacios imaginarios, sino en el mundo, lo primero que necesitan es conocer ese mundo que les sirve de habitacion, el pan que comen, los animales que les sirven, y sobre todo, los hombres con quienes e hdan vivir y entenderse.» Cuando su edad sea más avanzada, se debe procurar que conozcan algo de las artes más necesarias para la vida, llevándolos á los talleres de sus respectivos trabajos, y de todos los objetos de que han de hacer uso frecuente en lo sucesivo, procurando que los distingan de los demas, sepan sus nombres y sus partes esenciales. Hippeau describe una leccion de este género dada á niños de nueve á diez años, y de que dice fué testigo en cierta escuela de Boston.

El maestro dió principio á ella colocando un reloj sobre la mesa. Despues iba preguntando á sus discípulos, uno tras otro de la siguiente manera:

EL MAESTRO.—¿Qué objeto es este?

EL DISCÍPULO.—Un reloj.

M.—Examinadlo ahora y decidme algunas de sus partes.

D.—El cristal.

M.—Otra.

D.—Las agujas.

TODOS LOS DISCÍPULOS.—Un reloj tiene cristal y agujas.

M.—¿Tiene más partes?

D.—Un borde ó canto.

M.—¿Tiene otras partes que no podeis ver cuando os lo enseño?

D.—Sí; la máquina.

M.—Examinadlo mejor y podreis nombrarme alguna parte más.

D.—Las tapas.

TODOS LOS DISCÍPULOS.—El reloj tiene máquina y tapas.

M.—Me habeis dicho que el reloj tiene agujas. ¿Dónde se tocan estas agujas?

D.—En el centro.

M.—¿En qué centro?



D.—En el centro de la esfera.

M.—Habeis nombrado dos nuevas partes del reloj : una esfera y un centro. Decidme ahora , ¿ cuántas agujas tiene?

D.—Dos.

M.—¿ Son iguales?

D.—Nó.

M.—¿ Por qué no son iguales?

D.—Porque una es larga y otra es corta.

M.—Decís que el reloj tiene dos agujas , de la cual una es larga y otra corta. Ved si hay alguna otra cosa en la esfera.

D.—Si señor ; algunas figuritas alrededor de su circunferencia , al borde del reloj.

M.—Nombradme otra parte que ya habeis mencionado.

D.—El cristal.

M.—¿ Cuántos cristales tiene un reloj?

D.—Uno.

M.—¿ Y qué cubre ese cristal?

D.—La esfera.

M.—Muy bien. Ya que hemos examinado este reloj y que me habeis nombrado algunas de las partes de que se compone , ¿ cuál de vosotros podría decirme cómo conoceria , sin verlo , que está cerca de un reloj?

D.—Yo lo diré ; porque el reloj hace ruido , un ruido así : *tic-tac*.

M.—¿ Para qué sirve un reloj?

D.—Para señalar la hora que es.

M.—¿ Y no hay objeto alguno que señale la hora ademas del reloj?

D.—Sí ; la campana.

M.—Está bien. Cantemos en coro la cancion de la campana.

Los discípulos cantan , con efecto , esa cancion á coro , con lo que queda la leccion terminada. Tal es en sus términos más sencillos este método que , practicado así , nada tiene de nuevo ni de desconocido. Al recorrer , bajo la influencia de una emocion legítima , las páginas en que Hippeau lo describe , nos hemos preguntado muchas veces : ¿ es que los hombres á quienes su mérito ó la fortuna colocaron en circunstancias de reformar nuestros sistemas de instruccion no cono-



cen ese ó es que han desdeñado aplicarlo? Porque parece inverosímil que nos hallemos aún dentro del antiguo método y que el estudio *ad pedem litteræ* y por principios sea la base de nuestros procedimientos académicos como las humanidades lo son de la enseñanza en general (1).

La leccion que hemos transcrito constituye un ejemplo del primer paso dado en la instruccion objetiva. Primero se explican los objetos más sencillos; despues los más complicados ó ménos conocidos. De las cosas de utilidad general y empleo comun se pasa á otras que no llenan esas cualidades. Se dan á conocer las figuras geométricas y las principales propiedades de los cuerpos, elasticidad, flexibilidad, transparencia, opacidad, etc. Así se aprende á distinguirlos unos de otros y á apreciar con exactitud sus condiciones y adquiere la inteligencia del niño un caudal de conocimientos que le ha de facilitar más tarde considerablemente el estudio de las ciencias y que dándole su contenido hasta le permitirá en muchos casos formular reglas, que estudiadas de otra suerte, han menester para grabarse en su memoria penosos esfuerzos.

La distincion entre los objetos naturales y artificiales; las diferencias y cualidades que separan á los vegetales de los minerales, á los líquidos de los sólidos, á los productos de las varias industrias entre sí y á los procedimientos que se emplean para fabricarlos, la historia natural de los animales con sus nombres, instintos, peligros que ofrecen al hombre y utilidades que pueden prestarle, todas estas nociones y gran número de otras que por abreviar no enumeramos y que fácilmente alcanzará el lector, constituyen el fondo de la educacion general y los mejores elementos para completar ésta con el estudio de las ciencias, que segun expusimos en el artículo anterior deben formarla.

Spencer adopta este sistema. Las lecciones de cosas responden, á su juicio, de una manera cumplida á las exigencias naturales del método propuesto. Querría, no obstante, que en

---

(1) Algunos ensayos particulares y aislados se han hecho en España hasta ahora de esa parte del sistema de Spencer; pero aún cuando su éxito haya sido bueno no ha llegado á generalizarse.



cuanto á su práctica el sistema se mejorase, y se tuvieran en cuenta algunas observaciones encaminadas á que sea aún más eficaz. «Las lecciones de cosas, dice, no sólomente deberían darse de otra manera, sino abrazar mayor número de objetos y continuar por más tiempo de aquél que se les consagra. No deben limitarse á las cosas que en cada casa hay, sino comprender las que se encuentran en los campos, en los setos, en las canteras y á orillas del mar, y no debe ponérseles término en el primer período de la infancia, sino seguir las durante la juventud, de manera que vengán insensiblemente á fundirse con las investigaciones del naturalista y del sabio.» De esta manera puede establecerse entre los tres períodos en que natural y generalmente se divide la enseñanza (primario, secundario y superior), íntimo enlace y profunda conexión, y de esta manera la enseñanza llega á ser, como la cultura humana, el desarrollo progresivo de aquellos conocimientos indispensables al hombre para realizar los fines de su vida.

Aunque en sí mismo este método posee las condiciones necesarias para excitar el afán estudioso del niño, porque como ningún otro responde al anhelo de placeres, de dicha, de bienestar, que es el estímulo más eficaz para la voluntad humana, como tan elocuentemente ha demostrado en sus *Armonies économiques* Federico Bastiat; deben emplearse en su práctica todos los medios que estén á nuestro alcance, para que sea aún más agradable, mediante los juegos variados y frecuentes, procurando que algunos de estos juegos recuerden las lecciones dadas y amplíen su inteligencia, transmitiendo al niño ciertas ideas en las canciones que se le hacen corear y en los cuentos que para distraerle se le refieren, evitando las lecciones largas (1), dando el mayor número de ellas fuera del local de las escuelas y aún fuera de poblado, en el campo, siempre que esto sea posible, y lo será en la mayor parte de los casos, y alternando los ejercicios de preguntas con lecturas entrete-

---

(1) Algun escritor sostiene que ninguna lección en la enseñanza primaria y secundaria debe pasar de media hora y hay establecimientos de enseñanza donde esto se practica escrupulosamente con el deseo de evitar la fatiga á los niños y de impedir se desarrolle su primera consecuencia, que es el disgusto por el estudio.



nidas, coros, pequeños certámenes, soluciones de problemas, distribución de premios, etc. (1).

El antiguo sistema no necesitaba buenos maestros; para el nuevo son de todo punto indispensables, y en eso consiste una de las mayores dificultades que suscita su planteamiento. El empleo de medios especiales respecto á cada objeto y cada discípulo, exige grande inteligencia, poderoso espíritu analítico, vastos conocimientos, un talento observador que no sea común y una profunda comprensión de la psicología. Exige además un rico material de enseñanza, un cuantiosísimo presupuesto dedicado á costearla y perfeccionarla y en la masa general del país, propósito decidido é interés constante de vigilar la forma en que se realiza el fin educador.

### § 3.º

No se llega así á la perfección absoluta en materias de enseñanza, ni acaso se logra plantear un método que por completo desenvuelva las teorías que hemos expuesto y que le sirven de base; pero no es aquello á lo que podemos aspirar, ni esto último todo lo que podemos conseguir. Basta haber indicado una mejora, una reforma útil y fecunda, como lo prueba ampliamente la experiencia de sus principios y de sus reglas fundamentales.

Tampoco es indispensable descender á pormenores de un orden secundario. Con lo dicho en cuanto al fondo y la forma de un nuevo sistema de educación intelectual, bastaría para construirlo y reglamentarlo definiendo aún sus más minuciosos accidentes. Se sabe cuál ha de ser su contenido, cuántas y en qué grado las materias que abarque, y por último, cómo ha de practicarse y en qué consiste el procedimiento oportuno

---

(1) Hippeau recomienda dos libros á los que deseen instruirse más profundamente en los pormenores del sistema objetivo: *Lessons on objects, graduated series*, by M. E. B. Sheldon, y *Manuel of elementary instruction for the use of public and private Schools, and normal classes*, del mismo autor. Spencer recomienda también uno para aplicación de este sistema, no más que á la enseñanza de la geometría, publicado por J. y C. Mozlez, Londres.



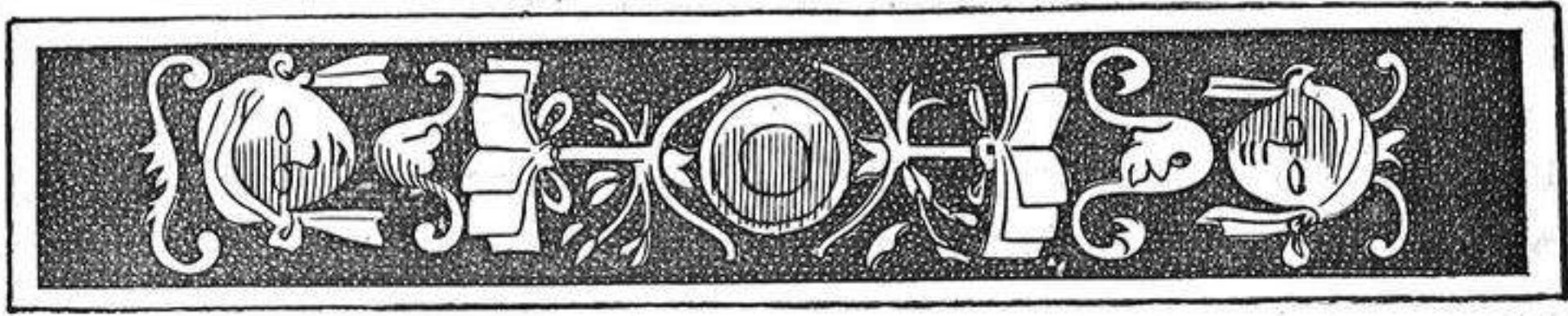
para comunicar con más facilidad al discípulo la suma de ideas que le forman. Todo lo que falta señalar corresponde á su organizacion exterior, y ésta no cabe en la índole del presente trabajo, ni ha sido nunca nuestro ánimo ordenarle.

La meditacion y el exámen de las bases expuestas y su paralelo con las que constituyen el sistema vigente en nuestros pueblos, evidenciará las faltas de este último y nos demostrará el único germen de su enmienda, explicando las causas á que ha de atribuirse en gran manera nuestro atraso intelectual. Es corriente y vulgarísimo achacarlo á gran número de circunstancias varias, cuyo influjo, áun reconociendo que exista, no puede ser tan decisivo. Sobre todo, supongamos que dependiera en absoluto de estas últimas; miéntras no adoptemos un nuevo método educador nos hallaremos en el caso en que se encontraría la familia de un difunto á quien no se hubiera asistido durante su última enfermedad con todos los recursos prescritos por la ciencia. Práctica que en otros lugares ha ofrecido tan lisonjero resultado merece ensayarse. No se trata aquí, ademas, de un ensayo que pueda poner en peligro los más altos intereses sociales; entónces jamás aconsejaríamos que se hiciese, porque las aventuras deben excluirse para siempre de toda propaganda racional y de todo deseo de reforma prudente. Merece ensayarse, pues, el sistema que venimos desarrollando, á cuya exposicion hecha con ese intento sólo faltan las consideraciones relativas á la educacion moral y física, que resumiremos brevemente en nuestro artículo inmediato.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.







## DON MANUEL JOSÉ DOYAGUE

---



EL origen de la música, como el de la poesía y todas las demas bellas artes, fué el deseo innato en el alma humana de loar á la divinidad y levantar el espíritu á lo infinito.

Nada puede dar más grandiosa idea del fervor religioso de un pueblo, de su fe, de su espiritualidad, que contemplar á los hebreos, capitaneados por Moisés, cantando himnos en alabanza del Señor, cuando fugitivos cruzaban las arenas del desierto. De su música sublime y majestuosa, ni la más leve nota nos ha conservado la tradicion, y sin embargo, al leer en la Biblia los cánticos de Moisés y de María su hermana, parece que hieren vigorosamente nuestro oido las voces unísonas de tantos millares de hombres, mujeres y niños, alzando á un tiempo su plegaria y su espíritu á Jehová.

Todos los pueblos de la tierra han loado á sus dioses por medio del canto, y al creer los griegos que acompañaban á Alejandro en sus conquistas, que los himnos *Véclicos* de los indios eran los mismos de Orfeo y Homero, compuestos en honor de lo dioses de la Grecia, nos enseñan que, si bien ellos no comprendían la letra de sus cánticos, se sentían conmovidos por la música, que hablaba á sus almas de la divinidad.



Jamás la música más delicada, deliciosa, grandiosa, sublime, patética, ejecutada en nuestros teatros y salones de canto, por los más inspirados profesores, conmoverá tan profundamente nuestra alma como los sonoros acentos del órgano, difundiéndose por las bóvedas de nuestras góticas catedrales, y acompañando á los cánticos del coro en alguna festividad religiosa.

Un profano al arte, si es poco impresionable, puede asistir enteramente impasible á la ejecucion de nuestras más célebres óperas; pero ante la sobriedad, la majestad, la melancólica dulzura de la música religiosa, su alma se confesará vencida, y sin saber, ni poder explicarse la causa, se sentirá medrosa, sobrecogida, agitada, triste, hasta que penetrada por aquella melodía infinita, se postra espiritualmente ante su Creador, y saborea delicias tan desconocidas como inefables.

Sin que nos creamos incapaces de comprender, de admirar, de sentir la majestuosa música de Meyerbeer, la tiernamente melancólica de Bellini, la llena de pasión y sentimiento de Donizetti (nuestro autor favorito, aquel que mejor conmueve nuestra alma); todas las deliciosas impresiones que éstos y otros sublimes maestros nos han hecho experimentar, quedan desvanecidas ante el éxtasis indescriptible, la admiración profunda, el inolvidable encanto que se apoderaron de nuestro ser, la primera vez que en la majestuosa catedral de Salamanca, oímos cantar el célebre *Miserere* del inmortal maestro don Manuel José Doyagüe.

Todo cuanto nuestra pluma se esforzara en querer pintar hoy, sería pálido y frío, comparado con lo que nuestra alma sintió en aquellos deliciosos momentos, en que, arrebatada por completo del mundo material, se abrían para ella mágicos horizontes, desconocidos mundos, radiantes de luz, de sentimiento y de armonía.

Oyendo tan sublime, tan divina música, que aleja por completo toda idea terrenal, que purifica é inmaterializa nuestro ser, la fe se aviva en nuestro pecho, la esperanza renace en el alma atribulada, y el sueño de la muerte, para el que el gran Doyagüe compuso tan solemnes arrullos, se ofrece á nuestra imaginación bajo un aspecto tranquilizador y benigno. El gran



artista, que revela á la vez al gran filósofo, meditando en las miserias de la vida, y con la vista fija en la eternidad, halló en su alma, halló en su genio el vigor bastante para dar forma sensible y sublime á sus meditaciones, para ornar con grandiosas melodías los amargos lamentos del rey profeta.

Nó, ni David mismo hubiera sabido dotar su salmo *misere-re* de notas tan conmovedoras y patéticas.

En este siglo, en el que la música se ha sobrepuesto á las demas Bellas Artes, en el que la mayor parte de las naciones de Europa se enorgullecen de sus maestros, y los célebres nombres de Mozart, de Rossini, de Weber, son universalmente conocidos; España ignora que es madre de un maestro no ménos sublime que estos genios de la música, y del que dijo Albeniz, el célebre organista de la Capilla Real, al oír el grandioso *Te-Deum* compuesto por Doyagüe para dar gracias á Dios por la terminacion de la guerra de la Independencia y el regreso de las tropas á Salamanca, que: su autor fué el primero que hizo en la música la gran revolucion moderna, realizada despues en Europa.

Este *Te-Deum*, la obra más sublime del maestro salmaltino, exceptuando su célebre *Magnificat*, revela el entusiasmo de que era susceptible el alma del gran músico; lo que se había identificado con los dolores de la patria, y el íntimo fervor con que daba gracias á Dios que volvía sus ojos misericordiosos á la desvalida y siempre noble España.

Jamás un acontecimiento tan fausto como fué para nuestra Península la evacuacion de las odiadas tropas invasoras, fué celebrado más dignamente por el artista, fué expresado con mayor verdad y sentimiento por el genio creador, fué sintetizado en una obra más grandiosa é inmortal.

Las voces unísonas de todo el pueblo español, que con su constancia, con su denuedo, con su valor indómito y su fiera independencia, había lavado con su sangre generosa la impura huella que imprimiera en su suelo la planta del invasor, elevadas al cielo en accion de gracias, parecen resonar, vivir, oírse en esta obra sublime, que es uno de los esfuerzos más felices del genio.

Para celebrar un fausto acontecimiento de familia, fué can-



tado este *Te-Deum* en 1817 en la Capilla Real de Palacio, dirigido por su inmortal autor.

Desde entónces la gloria del inmortal Doyagüe, circunscrita á su ciudad natal, se extendió por toda España, y su música fué ejecutada en nuestras primeras catedrales. Mas su modesto y virtuoso autor ajeno á la vanidad y la ambicion, volvióse á su querida Salamanca á meditar á la sombra de sus vastos edificios, bajo las bóvedas de sus grandiosos templos, otras nuevas y divinas melodías con que calmar los dolores, endulzar las amarguras, refrigerar las ardientes pasiones de los pobres humanos.

Su alma, serena y radiante, abismada siempre en la contemplacion de lo infinito, empapada en las armonías del cielo, sabía buscar en la divinidad el fin y el principio de sus inspiraciones, que siempre tuvieron á la religion por único objeto.

La austeridad de su vida, su aislamiento del mundo, su alejamiento de los placeres, impidieron que en sus obras se deslizara la menor nota profana, y tal vez ni el mismo Palestrina, en su célebre *Misa papalis*, llegó á la perfeccion que alcanzó Doyagüe en la pureza mística, permítasenos la expresion, de su selecta música religiosa.

¡Su música, tan infinita, tan solemne, tan ideal, y al mismo tiempo tan enérgica, tan grandiosa, tan llena de acentos, de lamentos, de voces, arrancados al verdadero dolor, al íntimo remordimiento, á la profunda tristeza, que martiriza en esta vida el espíritu del hombre!...

No hay ópera alguna que supere al drama de dolor, de grandeza, de sufrimiento, que Doyagüe desarrolla en su *Pasion de Jesucristo*, compuesto para los Oficios de Semana Santa.

Allí se perciben los gritos, ora de odio, ora de compasion, del pueblo judáico; la mansedumbre y dignidad de Jesus, las blasfemias de los soldados de Roma, las vacilaciones y mala fe de los jueces, el llanto de las mujeres de Jerusalem.

Para nosotros, profanos al arte de la música, y que sólo juzgamos por sentimiento, despues del *Miserere*, la obra más patética y conmovedora de Doyagüe es *Las lamentaciones*, que los tres dias de Semana Santa, miércoles, jueves y viernes, se cantan en la catedral de Salamanca, catedral que posee una



de las primeras capillas de música de toda España, y que el pueblo salmantino se apresura á ir á escuchar siempre con creciente fervor y nuevo entusiasmo.

La sublimidad de la música, la grandiosidad del templo, la maestría de los cantores, la armonía de las voces; vibrantes, argentinas, aladas, las de los niños de coro; graves, solemnes, llenas, majestuosas, las de los capellanes; la escasa luz de la tarde, el absoluto y religioso silencio de la concurrencia, los altares despojados de luces y adornos, las sombras cerniéndose en las altas bóvedas, y apénas disipadas por las amarillas velas del *tenebrario*, dan á esta solemnidad religiosa un carácter tan patético, tan conmovedor, tan lleno de tristeza, que el alma, penetrada de los acentos del Profeta, llora, con la mirada fija en el infinito, la ruina y miseria de esta corta y lastimada existencia.

Antes de pasar adelante, pues nuestro entusiasmo por la música del célebre maestro salmantino nos arrastraría á llenar cien páginas, y no concluir de analizar, no el mérito de sus obras, que nosotros, como ignorantes, no sabríamos apreciar, sino la impresion que dejaron en nuestra jóven alma, los recuerdos que suscitan en nuestro pecho, y el dolor que sentimos al vernos privados de admirarlas una vez más; ántes de pasar adelante, decimos, daremos algunos apuntes biográficos sobre el gran compositor.

Nació D. Manuel José Doyagüe en Salamanca, el dia 17 de Febrero de 1755. Su padre era de oficio platero, y su madre, que se llamaba Bernarda Jimenez, pertenecía, como su marido, á una familia tan modesta como honrada.

El gremio de plateros ha tenido siempre mucha importancia en Salamanca, y mucha fama sus artífices, que aprendieron ó conservaron de los árabes el arte de afiligranar la plata y el oro, arte hoy casi caído en desuso; pues sólo los charros gastan aún joyas afiligranadas. En las grandiosas ferias de Zamora y Medina del Campo, ferias que no son hoy ni sombra de lo que fueron, los plateros de Salamanca aventajaban á los de toda Castilla, y su fama corría parejas con su habilidad. Cuando se suprimió la célebre cátedra de música en nuestra Universidad; cátedra de la que fué Doyagüe el último y digno



catedrático ; cátedra regentada siempre por célebres maestros, entre ellos el ciego Francisco Salinas, del que fué discípulo Vicente Espinel y amigo y admirador Fray Luis de Leon, y que era considerado en música como el mayor teórico del siglo xvi; cuando se suprimió la cátedra de música, decimos, el gremio de plateros de Salamanca fundó la escuela de San Eloy, que aún subsiste, y de la que fueron socios natos todos los plateros de la poblacion, y sus hijos asistentes obligados á la escuela.

Sin que sepamos si el ser Doyagüe hijo de un platero tiene alguna relacion con que desde niño lo dedicaran al canto, ni si la aficion á la música fué siempre ingénita en los plateros de Salamanca, diremos sí, que apenas tuvo la edad suficiente, sus padres le hicieron ingresar de niño de coro en la capilla de la catedral, dirigida á la sazón por el maestro D. Juan Martin, que no adivinaría de fijo, al probar la voz al pobre niño y enseñarle los primeros rudimentos, que su discípulo llegaría á ser el mayor músico de España, y contado entre los mejores del mundo.

En el año de 1781, y cuando Doyagüe contaba apenas veintiseis, y era ya sacerdote, quedó desempeñando interinamente y por jubilacion de su maestro, la direccion de la capilla. Que su mérito era grande y de todos conocido, á pesar de su juventud, no sólo el hecho de depositar en él tan elevado cargo nos lo revela, sino el que por entónces le fué tambien dada la cátedra de música de la universidad. Y esto en una época en la que conservándose aún floreciente Salamanca, no habiendo perdido el prestigio sus aulas, ni sus privilegios sus cuatro colegios mayores, era el primer centro del saber en España, y la distincion que se hizo en el jóven Doyagüe, hija únicamente de su mérito y aptitud para desempeñar tan honrosos y pesados cargos.

La Universidad de Salamanca, fundada en el año de 1200 por Alfonso IX, segun la version más admitida, patrocinada por Fernando III, mereció á Alfonso el Sabio innumerables privilegios, y una bula que alcanzó del Papa Alejandro IV, por la cual se la declara uno de los cuatro estudios generales del orbe en el orden siguiente : Paris, Salamanca, Oxford, Bolognia.



Esta bula fué expedida en Nápoles el 25 de Marzo de 1254.

Por Real cédula dada en Badajoz el 9 de Noviembre de 1252, sabemos que en esta fecha existían ya en ella las cátedras de lenguas, retórica, medicina, matemáticas en todos sus ramos, canto llano y música.

Durante los siglos xiv, xv y xvi, su gloria y su renombre fueron en aumento. A sus aulas iban á buscar los reyes sus consejeros; los príncipes sus maestros; los papas sus cardenales. Cuantos hombres ilustres en armas, en ciencias, en letras honraron á España durante esos siglos, otros tantos debieron su saber, su virtud, su valor á la célebre universidad.

En el siglo xvii crecieron su esplendor, su gloria y sus privilegios, y decrecieron su ciencia, su virtud y sus adelantos.

En el pasado siglo, pena nos causa confesarlo, la célebre universidad, aquel brillante foco del humano saber, envanecida ó desvanecida con sus pasadas glorias, no acatando más ciencia, más doctrina que la de ella emanada, refractaria á las nuevas escuelas filosóficas y rémora en España de todo progreso, fuese lentamente abriendo la sima de ruina y menosprecio en que la vemos hundida.

La ingratitud moderna casi ha olvidado su nombre; el nombre de una de las primeras universidades de Europa; y la envidia de otras universidades que á su sombra se cobijaron, pretende arrancarle los más ricos florones de su corona inmortal. Mas no perdido aún del todo su prestigio y aumentado con el infortunio el interes que inspira, acuden á ella nuestros jóvenes amantes de la ciencia y de las glorias de su patria, y no uno sólo de nuestros más célebres escritores contemporáneos fué á beber la ciencia en aquél, aún no há mucho, rico receptáculo del humano saber.

Y cuando la grandiosa, la sábia universidad agonizaba, de entre sus hijos más queridos y predilectos se alzó el gran Doyagüe para entonar con toda la magia de su portentoso talento el canto de muerte de aquel coloso de la castellana ciencia.

¿Quién nos dice que la contemplacion constante de tanta grandeza decadente, de tanta gloria en eclipse, de tanta ciencia agonizante, no imprimiera á la música de Doyagü los acen-



tos patéticos, la profunda melancolía que tanta admiración y conmoción nos causan?

Existe una armonía tan divina, tan infinita entre las obras del gran compositor y la síntesis, digámoslo así, de la ciudad más católica y más sabia de la península, que los que conocemos al músico y á su patria, no podemos comprender que fuera de ella hubieran adquirido el genio, la inspiración de Doyagüe, el sello peculiar que les caracterizan.

Porque Doyagüe es un músico clásico y romántico á la vez, permaneciendo siempre esencialmente religioso.

Clásico, por la austeridad, santidad y pureza de sus obras, todas dedicadas á Dios, todas en su amor inspiradas; romántico, por los poemas de dolor y sentimiento que en ellas desarrolla, y que esclavizan y arrebatan el alma de los oyentes.

Y tras el clásico y el romántico aparece el pensador, el filósofo, meditando sobre lo efímero de los placeres mundanales, la nada de las grandezas humanas y lo sublime de los goces infinitos de la gloria, tan infinitos como son divinas las melodías que procuran iniciar en ellos á nuestra alma.

La catedral de Salamanca, de estilo semi-gótico, edificada en todo el siglo xvi, es un precioso y grandioso monumento del arte en todo su esplendor, riqueza y poderío. Sus magníficas portadas son ejemplos vivos de la inspiración, del talento, del genio del artista que escribió en piedra tan elocuentes y conmovedoras páginas. Sus ricas capillas, su espléndido coro, sus extensas naves, sus columnas corintias, que en forma de palmera lanzan al espacio la elevada cúpula, sus pinturas, sus esculturas, sus vidrios de colores, sus lujosos enterramientos, sus lámparas de plata, sus urnas, sus viriles, sus candelabros, sus brocados, sus encajes, sus pedrerías la hacen rica, majestuosa, grande, poética y conmovedora.

Es un templo que habla á todas las inteligencias, que satisface todos los deseos, que conmueve todos los corazones. El que no lo venera como devoto, lo admira como artista; el que no lo engrandece como bello, lo alaba como espléndido. Es severa, sin ser sombría; grande, sin ser aterradora; majestuosa, sin dejar de ser elegante y delicada.

Es, como si dijéramos, un poema, una armonía de piedra.



Ahora bien; nosotros no podemos contemplar este hermoso templo sin sentir resonar en nuestros oídos las solemnes, las grandiosas notas del *Magnificat* de Doyagüe, como no podemos oír cantar el *Magnificat* sin que surja á nuestra vista, abstraída en el éxtasis, un templo grandioso, colosal, esplendente, cuyas dimensiones no podrían abarcar la humana pupila, cuya belleza no podría realizar la mano del hombre, cuya suntuosidad no alcanzaría nunca á costear el poder humano. Es que la fuerza creadora del genio, dando potente vuelo á nuestra fantasía, absorbe nuestra mente en la vision estética, reflejo divino de la vision beatífica...

El indisoluble consorcio que existe entre todas las bellas artes, la íntima relacion que une á nuestros sentidos con nuestras potencias, con nuestra percepcion intelectual, nos lo revelan estas alucinaciones, digámoslo así, de nuestra mente, cuando cree ver brotar un rayo de luz de una nota musical, cuando cree oír una plegaria ó un himno al contemplar una escultura ó un cuadro.

Recordamos haber contemplado en nuestra adolescencia una alborada de invierno, cuando el sol, débil y niño, combate á brazo partido con las pardas brumas, de las que queda al fin vencedor; y aún cuando la naturaleza en torno nuestro estaba sumergida en el silencio más profundo, nosotros creíamos oír en el espacio músicas, cantos, aclamaciones de júbilo, que celebraban el triunfo del padre del día, y hacían huir avergonzadas á las cenicientas nubes, que se oponían á que brillara sobre el horizonte.

¿Quién, aunque se halle en un desierto, no cree oír, al caer de la tarde el melancólico tañido del esquilon, la lenta oracion vespertina?

Y no es que nuestra mente asocie por el recuerdo estas dos ideas; es que á tal tono de luz corresponde tal sonido, y que la armonía divina que Dios imprimiera á sus obras, ha inspirado al hombre esas otras sublimes armonías que realiza el arte en la naturaleza.

Cuando en 1830 fué ejecutada en la capilla de Palacio la gran *Misa* del maestro Doyagüe, cuya biografía nos ha obligado á interrumpir el entusiasmo que su genio y sus obras



nos inspiran, causó tal entusiasmo á todos los oyentes, que derramaban deliciosas lágrimas, y los maestros Espínola y Carnicer, que estaban presentes, exclamaron: « El talento humano no puede hacer obra más acabada.»

En 1831, Fernando VII le honró con el título de maestro honorario del Conservatorio, distincion que entónces se concedió únicamente á los maestros Rossini y Espínola.

Pero Doyagüe, que á la sazón contaba cerca de ochenta años, había ya muerto para el arte, y las glorias que sus obras alcanzaban en el mundo musical pudieran llamarse póstumas.

No tenemos ningun dato que nos autorice á indicar si el gran Rossini, en su excursion por España, llegó á Salamanca, ó si conoció á Doyagüe en Madrid; lo que sí es auténtico que reverenciaba al gran músico salmantino, que entre ambos medió una larga correspondencia, en la que el italiano consultaba el saber del maestro español, si no mayor en ciencia, sí en edad y experiencia, y que Doyagüe envió á Rossini su gran *Miserere*.

La modestia del maestro castellano; el carácter de su música, esencialmente, absolutamente religiosa; su estancia en una poblacion que, despues de haber sido la primera de España, concluía por ser de las más insignificantes, le impidieron ocupar en el mundo el puesto destinado á su talento y genio; pero no impedirán que la posteridad le cuente entre los mayores compositores del mundo, y España como su grande y único maestro de música religiosa.

De los últimos años de su vida hemos oido contar una anécdota tan curiosa como tierna.

La mente del maestro, fatigada por los colosales trabajos que en su larga existencia llevara á cabo, había caido en esa parálisis, digámoslo así, que convierte en automática la existencia de algunos viejos.

Doyagüe, instalado desde por la mañana en su ancho sillón, miraba, sin ver, su piano tantos años mudo, y en el que había ensayado, perfeccionado todas sus obras; sus cuadernos de música arrinconados y llenos de polvo, y por las anchas rejas de su habitacion un ángulo de la grandiosa catedral, gigante de piedra, cuya voz había divinizado su talento.



La casa que vivía Doyagüe, situada en la antigua calle del Acre, hace esquina á una plazoleta, á la que se abre una de las puertas laterales de la catedral, que se llama de los *Naranjos*, y que es una joya del arte arquitectónico: desde que murió el maestro se dió á esta calle su nombre, que conservará eternamente, como imperecedero recuerdo de su gloria.

Llegó á Salamanca un oficial de alta graduacion, amante de la música y entusiasta admirador de Doyagüe, y al saber que aún vivía, formó constante empeño en visitarlo, por más que le representaron una y mil veces su triste estado de abatimiento, y que ni hablaba ni conocía á nadie.

Presentado en la casa por una persona respetable de la ciudad, se esforzó en vano en hablar al gran maestro de su genio, de sus triunfos, de sus obras más sublimes.

Doyagüe, con la mirada fija y sin brillo, inexpresivo el rostro, inmóvil en su sillón, cual si una estatua fuera, no manifestaba ver ni oír nada de lo que pasaba en torno suyo.

La llama del genio, si aún existía encerrada en aquel cadáver viviente, no tenía poder para transparentarse á través de la opacidad á que los años le habían reducido.

El visitante, creyendo imposible que la sensibilidad y la inteligencia hubiesen muerto en aquel sér tan privilegiado, abrió el piano, y, con verdadero furor inarmónico, principió á arrancar á sus teclas los más discordantes, los más horripilantes sonidos.

Viérase entónces al pobre anciano incorporarse en su sillón, con el semblante coloreado por la ira, y la vista inflamada por la indignacion y la cólera, gritar furiosamente: «¡Que echen de aquí á ese bárbaro, que va á romperme mi piano!»

Y una vez el admirador del gran maestro, conseguido el objeto que se propuso de arrancarlo del profundo letargo en que yacía sumida su inteligencia, ejecutó sobre el piano, con rara perfeccion, un trozo de la ópera *L'Elixir de amore*; y al concluirlo, lágrimas de entusiasmo y de ternura resbalaban por las arrugadas mejillas de Doyagüe, cuya alma saboreó una vez más los celestiales goces del artista.

Su vida fué apagando lentamente, y falleció el 18 de Diciembre de 1842, á los ochenta y siete años, diez meses y un día de su existencia.



En su agonía recobró todas sus facultades, y personas que presenciaron sus últimos momentos aseguran que murió entonando con voz entera y semblante inspirado el *parce mihi*, de su *oficio de difuntos*.

El 26 de Abril de 1843, el Ayuntamiento de Salamanca, trasladado en procesion al cementerio, acompañado de las demás autoridades y todas las corporaciones y gremios de la poblacion, despues de que se ejecutara á toda orquesta en la capilla del cementerio el *oficio de difuntos*, de *Doyagüe*, encerrando en su tumba, guardado en una caja de zinc, el *Magnificat* escrito de puño del maestro, acordó que jamás pudiera ser enterrado nadie en el nicho que ocupaban los restos del compositor salmantino, que cerró con una lápida de mármol, y en ella grabado en letras de oro el siguiente epitafio:

AL MÉRITO EMINENTE Y MODESTO,  
 Á LA INSPIRACION RELIGIOSA Y PROFUNDA,  
 AL GENIO INMORTAL DE LA ARMONÍA SAGRADA,  
 AL HIJO ESCLARECIDO DE SALAMANCA,  
 Á D. MANUEL JOSÉ DOYAGÜE,  
 PARA PERPETUA MEMORIA,  
 EL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL,  
 AÑO DE 1843.

En Mayo de 1869, otro Ayuntamiento, deslumbrado por prematuras y pomposas promesas, profanó la tumba del grande hombre y envió sus restos á Madrid, á esperar, como un mueble viejo en un trastero, la realizacion del panteon nacional.

Pensamiento grandioso, sin duda alguna, pero en cuya inauguracion, digámoslo así, estuvieron muy poco acertados sus iniciadores, permitiendo que fueran desalojados de sus tumbas tantos ilustres muertos, ántes de que ellos les hubieran preparado el puesto de honor, el grandioso y pomposo mausoleo que sus talentos, valor ó virtudes merecían.

¿Qué es hoy de los restos mortales del gran músico salmantino?

¿Qué de la tumba que dejara vacía en el cementerio de Salamanca?



¿Qué de la caja de cinc, depositaria de tan precioso manuscrito?

Salamanca, que no ignora lo irrealizable del panteon nacional, ni que ya otras ciudades, tan prontas como ella en creer en lisonjeras promesas, han reclamado y recogido las sagradas reliquias de sus grandes hombres, ¿ha reclamado, á su vez, los huesos del divino maestro, ó yacen estos olvidados y arrinconados en las capillas de San Francisco?

Si es así, desearíamos que algun ayuntamiento, celoso por las glorias de Salamanca, recogiera los restos de Doyagüe, y los volviera á colocar en el modesto nicho del que nunca debieron ser arrancados.

Las obras, que á juicio de los inteligentes son las más selectas del maestro salmantino, cuya fecundidad corrió parejas con su inspiracion, ademas de los citados: *Magnificat*, *Tedeum*, *Lamentaciones*, *Miserere*, *gran misa*, *Oficio de difuntos*; se componen de otras tres *misas*; varios *misereres*; todos los *salmos*; el *cántico de Simeon*; varios *genitores*, etc., etc.

Toda la música religiosa, y en particular la de Doyagüe, tan sublime artista como profundo pensador, tiene sobre la profana la preeminencia de que, hiriendo vigorosamente nuestro espíritu, inicia en el alma la idea de la divinidad, y como arrebatándola del mundo terrenal la entreabre las puertas de lo infinito.

Este poder, esta preeminencia de la música religiosa la sentimos, la confesamos, no sólo en nuestros templos, en nuestras viejas basílicas, donde sólo se ejecuta la música esencialmente clásica de los grandes maestros, sino en los teatros de ópera y en los conciertos, donde las obras, las piezas más aplaudidas, aquellas que el público escucha con mayor emocion y recogimiento, fueron siempre las que versan sobre un tema religioso.

Siendo el pueblo español tan eminentemente artista, dotado de tan delicado sentimiento, cuyos pintores rivalizan con los de la misma Italia, cuyos poetas no reconocen superiores en todo el mundo, de admirar es que no posea un verdadero maestro, una verdadera ópera española, á la altura de su gloria en las demas bellas artes, y de las glorias y bellezas que



en este siglo y en este arte realizan otras naciones de Europa.

La causa á nuestro juicio, y el juicio de un profano valdrá tal vez muy poco en esta cuestion, la causa de que España no haya aún producido un gran maestro de música profana, una buena ópera, que verdaderamente merezca el nombre de tal, es el respeto con que miramos los españoles nuestra música religiosa, y la originalidad, facilidad y gracia de nuestra música popular, que hasta ahora ha bastado á satisfacer en el teatro nuestras aspiraciones musicales.

Estos dos géneros jamás se han aunado en España, y marchando por distintas sendas, ninguna aisladamente es bastante á dar vida á la ópera española, ni hasta ahora existió entre nosotros un genio suficientemente osado para llevar al teatro nuestra sublime música religiosa, empleándola en asuntos profanos, y procurando aliarla con la popular, tan rica, tan varia, tan llena de pasion y movimiento.

Bien sabemos que las partituras de algunas de nuestras zarzuelas son verdaderas óperas; pero su música ligera, agradable, sentimental; nunca llegó, ni llegar ha pretendido, á las grandiosas partituras de *Favorita*, *Roberto*, *Norma*, *Guillermo*.

La verdadera música patética es hija legítima de la música religiosa, combinada con la popular ó nacional, y sin este género de música, que tan sublime han hecho las dos escuelas, italiana y alemana, la ópera propiamente dicha, no puede existir.

¿Hay nacion en el mundo cuya música popular pueda competir con la española?

¿Cuándo el genio, el talento, el arte, produjeron notas, cantos, melodías, tan melancólicamente tiernas, tan dulcemente apasionadas, tan ardientemente voluptuosas, como las que oimos en nuestras canciones andaluzas?

La pasion, el deseo, el goce, el dolor, la duda, el desengaño, la indolencia, la tristeza, la ira, la esperanza, la jactancia, el vâlor, la amargura, el sarcasmo, el desprecio, cuantos sentimientos, deseos y pasiones conmueven el corazon humano, otros tantos nos expresan con sus melodías populares los hijos de España, con acentos tan llenos de verdad, de valor, de sentimiento, cual sólo un pueblo dotado de tan delicada é innata idea de la belleza artística puede crearlos.



Si Doyagüe hubiera llevado á la escena su gran talento, su brillante y fecunda imaginacion, la osadía de su genio, su profundo conocimiento del arte, su delicado sentimiento estético, la inspiracion casi divina que daba á su música el mágico poder de conmover, de esclavizar nuestros sentidos y potencias, de hacer vibrar las fibras más ocultas del corazon humano, hoy su nombre sería glorificado en toda Europa, y España, ó la escuela de música española, émula de la italiana y alemana.

Mas el maestro salmantino, que adivinó, que inició en el siglo pasado, ó muy al comienzo del presente, la revolucion musical llevada á cabo más tarde, nada, ó muy poco, ha influido en sus compatriotas, que luchando con la índole de nuestra música popular, y las lecciones de los maestros extranjeros, no han hallado aún el cánon de nuestra ópera nacional, para el que carecen de verdadera importancia todos los ensayos que se han hecho hasta el presente.

Cuando en nuestros conciertos oimos ejecutar el *Ave-María*, de Gounod, ó cualquiera otro trozo de música religiosa, nos acordamos con tristeza del maestro salmantino, tan completamente olvidado por sus compatriotas, y cuya música sabría estimar y admirar nuestro público.

Querer aclimatar en nuestro suelo, si hay quien lo pretenda, ora la música italiana, ora la alemana, no es crear la ópera española, y nosotros creemos, aconsejados por nuestro patriotismo, que si entre nuestros jóvenes compositores hubiere alguno dotado del suficiente genio para acometer tamaña empresa, que al buscar en las obras de Meyerbeer, de Rossini, de Bellini, de Gounod, inspiracion, lecciones y enseñanzas, no debiera olvidar á nuestros maestros españoles, siquiera como Doyagüe, fueran sólo autores de música religiosa.

La música moderna, como el teatro, ó literatura dramática, en la religion reconocen su origen, y el verdadero músico, el gran músico, al templo, no al teatro, debe ir á buscar sus primeras inspiraciones.

Si hubiéramos nosotros de definir, tal como la sentimos, la música religiosa y profana, diríamos que el arte está en la escena, y la inspiracion, el genio, en el templo.

Que la memoria, la admiracion que nos inspira el gran Do-



yagüe, nos haya arrastrado á querer dar prescripciones en un arte que no conocemos, es error que esperamos nos sea perdonado en gracia de nuestro buen deseo, y en nombre del divino maestro cuya sublime música quisiéramos ver admirada por el público y estudiada por nuestros jóvenes compositores, que sacarían de ella gran enseñanza y aprovechamiento.

Mas siendo nuestra influencia completamente negativa para alcanzar, para nosotros, tan fausto resultado, terminaremos este artículo diciendo que España posee un gran músico, tan grande como Mozart, Haydn y Palestrina, y que no creemos causa suficiente para que permanezca completamente olvidado, escondida su música, como lo fué su existencia en la basílica salmantina, el que esta música sea esencialmente religiosa.

Jamás el arte realizó la belleza en toda su plenitud como cuando se inspira en la divinidad.

La música, la más delicada de las bellas artes (perdónenos la poesía, á la que nosotros, conviniendo en la grandiosa definición que de ella nos da Cervantes, creemos, no un arte, sino la síntesis de todas las bellas artes), la música, decimos, al alcanzar en este siglo tan poderoso vuelo, nos revela el progreso moral é intelectual del hombre, que segun va aquilatando sus sentidos, necesita que sea más delicado, más ideal, digámoslo así, el arte que realice la belleza que persigue y que adora.

De la Edad Antigua fué señora absoluta la escultura; de la Edad Media la pintura; en la Edad Moderna es la música la que se ha sobrepuesto á todas nuestras bellas artes; la que reina despóticamente en la Europa culta.

No careciendo por completo España de grandes maestros, tanto en música religiosa como profana, esperamos confiados que en época no muy remota conseguirá un honroso puesto entre las naciones musicales, y su escuela bien merecido renombre, siendo entónces tan conocido y admirado como debe serlo el maestro salmantino D. Manuel José Doyagüe.

RAFAEL LUNA.







## REVISTA CRÍTICA

---



UN nuevo libro ha publicado el Sr. Azcárate, bajo el título de *Estudios filosóficos y políticos*. Notable, como todos los suyos, compónese de diferentes trabajos que versan sobre *El positivismo y la civilización*, *El pesimismo en su relación á la vida práctica*, *El municipio en la Edad Media*, *Los partidos políticos*, *El derecho y la religión*, y la *Influencia del principio democrático sobre el derecho privado*.

Los cuatro últimos estudios son políticos, como sus títulos lo indican, y no ofrecen reparo alguno á la crítica. El último de ellos es una vigorosa y contundente refutación de las doctrinas reaccionarias sentadas por el Sr. D. Benito Gutierrez en su *Discurso de apertura de la Universidad Central*, leído al abrirse el curso de 1876 á 1877. El que se refiere al derecho y la religión, es la exposición de la teoría de la Iglesia libre dentro del Estado, teoría seductora, pero poco práctica y algo peligrosa en países dominados por el ultramontanismo. El estudio sobre el municipio de la Edad Media es un trabajo histórico-jurídico tan notable como todos los del Sr. Azcárate; y el que versa sobre los partidos políticos contiene los mismos saludables y provechosos principios que tuvimos ocasión de aplaudir al ocuparnos de la obra del mismo autor sobre *El self-government y la monarquía doctrinaria*. Nada tenemos, pues, que oponer á estos estudios, que revelan un sentido político, con el cual, salvo algunos detalles de carácter práctico, estamos de todo punto conformes; cosa en extremo agradable para nosotros, que gustamos mucho de convenir con espíritus tan inteligentes y nobles como el Sr. Azcárate.



No podemos decir otro tanto, tratándose de los trabajos filosóficos, relativos al positivismo y al pesimismo, que contiene su nuevo libro. Dista mucho el Sr. Azcárate de tener en filosofía el claro sentido que en política. Su espíritu está dominado por singulares ilusiones. Sueña con una alianza imposible de la religion y de la ciencia, llevada á cabo por la metafísica, y acaricia el fantasma de una religion á la vez filosófica y mística, mezcla extraña de krausismo y cristianismo, que apénas se concibe y que él mismo de seguro no acierta á explicarse. Dominado por esta verdadera obsesion, y por un sentido optimista y un idealismo místico-poético extraordinarios, no es maravilla que para él sean aterradores fantasmas las dos más grandes y originales concepciones del movimiento filosófico del presente siglo que, á no dudarlo, llevan en su seno la filosofía del porvenir.

El Sr. Azcárate ve en el positivismo un peligro para la religion, para la moral y para la vida política; y todo porque el positivismo, siguiendo las huellas de Kant no otorga, en el terreno de la ciencia, valor objetivo á lo que traspasa los límites de la experiencia. Pero el Sr. Azcárate distingue lo que él llama *positivismo dogmático ú ontológico* (naturalismo ó monismo, diríamos nosotros) del positivismo crítico; y esta distincion debiera conducirle á hacer otra analogía entre las consecuencias de ambos géneros de positivismo.

Porque, en efecto, el positivismo crítico (que, en suma, es el kantismo sin la *Crítica de la razon práctica*), al abstenerse de afirmar nada acerca de los objetos transcendentales, no opone obstáculo alguno á las soluciones de carácter práctico que á los problemas que á ellos se refieren, pueden darse por otros caminos; se limita á excluir tales objetos del campo del conocimiento científico; los entrega á la opinion, á la fe, al presentimiento, al sentimiento, sobre todo; y por tanto, ni pone en peligro los grandes intereses que tanto preocupan al Sr. Azcárate, ni contribuye á la perturbacion del orden social.

El positivismo crítico, fundándose en los resultados de la crítica kantiana, completada hoy por los grandes descubrimientos de las ciencias naturales en antropología y biología y por los trabajos de la escuela psicológica inglesa, se limita á afirmar que sólo conocemos fenómenos, hechos y leyes obtenidas por induccion; que no hay conocimiento cierto cuando falta la comprobacion experimental que permite cerciorarse de la conformidad entre el conocimiento y lo conocido; que lo absoluto, como cosa que niega toda condicion y relacion, no puede ser objeto del conocimiento, que es relacion pura; que el noumeno, la cosa en sí, la esencia primera de las cosas, es eternamente inasequible á la inteligencia humana, que sólo conoce fenómenos y relaciones de fenómenos; que el problema del valor objetivo absoluto del conocimiento es irresoluble, miéntras no se halle una unidad superior á la relacion de sujeto y objeto, que jamás ha-



llará el sujeto sin salir de sí mismo, y mientras no se sepa (lo cual no es posible) que la idea y la realidad son cosas idénticas, ó que necesariamente se corresponden; que en el terreno de lo transcendental no hay para la razon otra cosa que antinomias, paralógismos é ilusiones; y que, por tanto, lo más cuerdo y prudente es renunciar á toda investigación sobre las esencias y causas primeras de las cosas, y limitarse al estudio de los fenómenos y al descubrimiento de las leyes que los rigen, hasta llegar, si es posible, á una ley general que á todos los abarque, que sería el *desideratum* de la ciencia.

¿Qué hay aquí de peligroso para la religion, la moral y la política? La primera sigue siendo dueña absoluta del campo inmenso de lo transcendental, de lo que está sobre la razon y fuera de la ciencia. Mientras no se oponga á las verdades de hecho demostradas por ésta; mientras no invada ajenas jurisdicciones, libre será de ofrecer á los hombres todo género de explicaciones del insoluble misterio que por todas partes nos envuelve. La ciencia llega á un límite de que no puede pasar; allí precisamente comienza la religion. ¿Dirá el Sr. Azcárate que á él no le satisfacen dogmas no deducidos de la ciencia? Enhorabuena; pero el sentimiento religioso nunca ha necesitado que la filosofía le diera razones para creer: ha creído *porque sí*; y cuando no cree de esta suerte, no merece el nombre de tal. La fe no nace ni ha nacido nunca de la ciencia; Dios no ha sido para el hombre el corolario de un teorema, sino el objeto de una intuición del sentimiento, de una aspiración irresistible de la conciencia, de un impulso de la voluntad. El positivismo, al excluir de la ciencia la metafísica teológica, presta á la religion un servicio porque la libra de las teologías llamadas por mal nombre *racionales*, que han sido sus enemigos más molestos, á la par que los mayores obstáculos para el progreso científico. Lo que el positivismo hará imposible no es la religion, sino esas teosofías insípidas é incomprensibles que el idealismo alemán ha ofrecido á la conciencia creyente en este siglo, con daño de la ciencia y mengua de la fe. La humanidad pensadora seguirá dando curso al *Dios desconocido*, que en una ú otra forma tiene que afirmar todo filósofo serio; la humanidad creyente seguirá adorando las representaciones *ideales* de este Dios, que las religiones le ofrecen. El positivismo crítico, lejos de ser el enemigo de la religion, es el único que en su día podrá firmar el tratado de paz entre la religion y la ciencia, hoy separadas, no sólo por las intransigencias religiosas, sino por esas fantásticas teologías racionales que todo lo perturban, y cuyo único resultado es hacer parodias de la religion y mistificaciones de la ciencia. La religion no perecerá á manos del positivismo: vivirá mientras haya un incognoscible, que la ciencia reconoce, pero no explica ni comprende; vivirá, sobre todo, mientras haya almas sedientas de lo ideal, dominadas por el sentimiento y la fantasía, y ansiosas de algo superior á lo que la realidad conocida les ofrece. Lo que muere á poder del positivismo es la metafísica aven-



turera y pseudo-mística que desde Platon hasta Krause viene perturbando el sereno campo de la ciencia; eso es lo que muere, y por eso se alarma el Sr. Azcárate, que al ver que vacila su casa, cree que se derrumba el universo entero.

Respecto á la moral, parece á primera vista que tiene cierta razon el Sr. Azcárate al condenar el positivismo crítico (pues del ontológico no hablamos ni lo defendemos); pero bien examinada la cuestion, es fácil notar que la defensa del positivismo puede hacerse con ventaja. Con efecto: por una parte, el positivismo crítico no se opone á la existencia de la moral religiosa, aunque en el terreno puramente científico no la acepte; por otra, dentro de su criterio, no niega la existencia de la ley moral y del sentimiento del deber. El hecho de que poseemos el sentido moral, la idea del bien y del mal, el sentimiento del deber, no puede negarse. Podrá explicarse su origen de uno ú otro modo; pero sobre su existencia no cabe cuestion, ni cabe negar tampoco que tales ideas y sentimientos se nos imponen como regla de conducta. Pero el Sr. Azcárate dice que si no conocemos la esencia de sér alguno, ¿cómo sabemos lo que es el bien, esto es, lo conforme á dicha esencia? La respuesta es sencilla. No conocemos el misterioso noumeno, la cosa en sí de lo que llamamos hombre; no sabemos lo que son el espíritu y la materia; pero conocemos lo suficiente las propiedades de ámbos para saber lo que les conviene y con ellos conforma. El médico no sabe qué son la materia y la vida; pero sabe en qué ha de consistir la higiene; el moralista no sabe qué es el alma; pero no por eso ignora qué es el bien.

Pero al Sr. Azcárate no le basta esto; necesita algo absoluto que se imponga al hombre y le obligue á cumplir la ley moral; es decir, quiere un legislador. ¡Extraña doctrina en un racionalista! ¿No le basta al Sr. Azcárate hallar la ley moral en el fondo de la naturaleza humana? ¿Necesita una autoridad exterior que se la imponga? Pues entónces, declare paladinamente que no admite otra moral que la religiosa, reniegue de la tradicion kantiana, y sálgase del campo racionalista, que siempre ha proclamado la moral independiente, impuesta al hombre solamente por su razon y su conciencia, fortalecida por el instinto social y por la idea de la dignidad, y sancionada por su propia conciencia y por el juicio de la sociedad.

Y en último resultado, como el positivismo crítico no se opone á la existencia de la religion, con su moral humana puede coexistir la moral religiosa, y en ella hallarán fuerza suficiente para cumplir su deber los que para cumplirlo necesitan que alguien se lo imponga desde fuera.

Tampoco está muy acertado el Sr. Azcárate al ocuparse del positivismo crítico en sus relaciones con el derecho. Cierto es que el positivismo, ni en derecho ni en nada, reconoce principios absolutos; pero no por eso niega que existan leyes permanentes que rigen los hechos, las cuales le bastan para fundar todo género de teorías. Claro



es que en el orden de la realidad finita (única que conocemos) no hay nada absoluto, pero sí hay mucho permanente y general. En lo que puede llamarse mundo moral, hay leyes como en la naturaleza física; y estas leyes son suficientes para determinar y regular los hechos.

No es cierto, por tanto, que el positivismo crítico, en el terreno del derecho, tenga que atenerse al criterio puramente histórico y ser quietista, ó lanzarse en constantes aventuras revolucionarias. Lo que hace el positivismo es basar sus teorías jurídicas en el estudio experimental de la naturaleza humana y en la observación histórica, reconocer el valor histórico de las instituciones de derecho, amoldarlas á las necesidades de los tiempos y de los pueblos, afirmar su carácter relativo, que no impide la existencia de ciertos principios permanentes que, sin embargo, se realizan y cumplen necesariamente dentro de las condiciones históricas, y renunciar á esos idealismos temerarios que son el origen de todas las perturbaciones políticas.

El positivismo crítico es á la vez liberal y conservador: liberal, porque reconoce la imperfección de muchas instituciones jurídicas y aspira á reformarlas y ponerlas en armonía con las necesidades de la naturaleza humana y de la justicia, que no es más que la conformidad entre las relaciones jurídicas y esta misma naturaleza; conservador, porque reconociendo el carácter relativo de todo lo que es humano, sabe muy bien que el derecho ha de amoldarse á condiciones históricas, que lo mejor es enemigo de lo bueno, que cada pueblo requiere distintas instituciones políticas, y que las reformas han de ser suaves transformaciones y no revoluciones violentas. Por eso ni menosprecia la tradición, ni anticipa revolucionariamente el porvenir, ni olvida las exigencias del momento histórico, sacrificando la paz de las naciones á utopías idealistas y delirantes sueños. Por eso, siendo, como hemos dicho, liberal y conservador, tiene más todavía de lo segundo que de lo primero. En lo que tiene razón el Sr. Azcárate, es en decir que el positivismo crítico profesa grandes simpatías á la doctrina jurídica de Kant, harto más liberal y práctica que la de los que confunden á cada paso el orden moral con el jurídico, y so pretexto de dar carácter ético al derecho, sientan las bases de una especie de socialismo moral, que sería á la larga la peor de las tiranías.

Por lo demás, no negaremos (á fuer de imparciales) que en materias éticas y jurídicas es donde más fácil de expugnar se muestra el positivismo; por la razón de que los mantenedores de su aspecto crítico no han prestado la debida atención á estos problemas, ó se han dejado influir por las tendencias exageradamente naturalistas del positivismo dogmático; de donde resulta que la moral y el derecho del positivismo casi están por hacer. De aquí las vacilaciones (y á veces contradicciones) que se observan entre sus adeptos siempre que se ocupan de tales asuntos.

Dedicada la mayor parte del trabajo del Sr. Azcárate á examinar



el lado práctico del positivismo, inútil es decir que el juicio que de esta doctrina hace, bajo el aspecto puramente teórico, dista mucho de ser completo. Distinguiendo el Sr. Azcárate el positivismo crítico del ontológico (naturalismo), ataca á éste (que no nos proponemos defender), alegando á favor del espiritualismo y del teismo argumentos que no hay derecho á exponer despues de Kant, y que cien veces han sido refutados, y procurando destruir las doctrinas críticas del primero.

Acusa el Sr. Azcárate al positivismo crítico de caer en contradiccion porque niega los conceptos metafísicos de esencia y sustancia, y admite los de causalidad, relacion, continuidad, etc. La acusacion es infundada. El positivismo crítico admite estos últimos conceptos, porque no son más que relaciones de los objetos, atestiguadas por la experiencia, y niega aquellos otros porque carecen de esta cualidad. Esos conceptos, principios ó categorías son dados en el fenómeno observable, y por eso son reconocidos; pero su realidad objetiva queda en cuestion, porque no hay medio de saber si son realidades ó meros conceptos que el entendimiento aplica al conocimiento de los fenómenos. El Sr. Azcárate, fundándose en que en el conocimiento *yo* aparecen con igual realidad para nosotros los fenómenos mudables y la causa permanente de ellos, sostiene que otro tanto puede afirmarse de los demas objetos conocidos.

Este argumento es más especioso que sólido. Es cierto que yo me reconozco como causa permanente de mis estados de conciencia; pero aparte de que no hay derecho para inducir de lo que en mí pasa á lo que se produce fuera de mí, la verdad es que con eso nada hemos adelantado, pues yo no soy despues de todo para mí otra cosa que un noumeno incognoscible, toda vez que ignoro cuál es mi verdadera esencia. La diferencia entre el conocimiento de mí mismo y el de lo exterior se reduce á que tras los fenómenos exteriores *supongo* un noumeno, esto es, una causa ignorada de ellos, y tras los fenómenos interiores, esto es, tras los míos, *sé* que hay tambien un noumeno, no ménos desconocido que los demas. A esta fecha aún no sabemos con certeza cuál es la naturaleza verdadera de éstos; de suerte que respecto de nosotros mismos estamos tan adelantados como respecto á lo exterior; y la única ventaja que en esto tenemos, es estar ciertos de que existe en nosotros un noumeno, que sólo presu- mimos en los objetos exteriores.

Lo que respecto al valor de la deduccion añade luégo el Sr. Azcárate, tampoco tiene fundamento. El valor absoluto de las verdades y leyes de la deduccion que cita á este propósito, sólo se halla en las matemáticas, y esto se debe á carecer tales ciencias de contenido real, á ocuparse de formas y relaciones abstractas, donde todo es exacto, porque nada es real. Fuera de este orden de conocimientos, la deduccion no tiene valor, á no apoyarse en una induccion prévia; su radical impotencia hartó se revela en las ciencias naturales, que nin-



guna verdad han hallado hasta que se han hecho inductivas, y aún en las mismas ciencias morales á tantos descaminos llevadas por el uso exclusivo de la deducción.

El trabajo que consagra el Sr. Azcárate al pesimismo, es una elocuente conferencia dada en la *Institucion libre de enseñanza*, llena de sentimiento, imaginacion y galanura.

El pesimismo, tal como hoy se formula, peca indudablemente de exageracion; pero encierra mayor verdad que el optimismo. Es evidente que el mal reina en este mundo con aterrador imperio y bajo todo género de formas. No es cierto que sea un mero límite, un accidente transitorio, una pura negacion. Es algo positivo y permanente que jamás desaparecerá y que lucha un dia y otro con el bien, vencién-dole con deplorable frecuencia. No nace únicamente de la imperfeccion humana; tiene su inconmovible asiento en la naturaleza, y no hay por eso racional fundamento para soñar en su extincion. Llámase en la vida física dolor, enfermedad y muerte; en la vida intelectual, error y duda; en la vida afectiva, desengaño, tristeza, desilusion; en la vida moral, pecado y crimen. Manifiéstase en tantas y tan variadas formas, que no hay orden ni momento de la existencia individual y social que no perturbe, placer que no amargue, ilusion que no desvanezca, dicha que no empañe. Por eso es el mundo, como dice con profunda verdad el cristianismo, un valle de lágrimas, como quiera que en él imperan la ley terrible de la muerte y la espantosa lucha por la existencia. Por eso la historia es una continuada tragedia y la vida de cada individuo un poema de dolor y llanto. Por eso el fugitivo placer, que por breves momentos gozamos, á costa de dolor se conquista, y casi siempre de dolor es seguido. Por eso la tierra en que vivimos aparece á nuestros ojos como cárcel sombría ocupada por reos de ignorado delito, condenados á trabajos forzados primero, y á muerte despues.

No es posible negar, sin duda, que al lado del mal existe el bien, y junto al dolor el placer; no es posible dar al pesimismo un carácter absoluto. Pero ¡ah! ¡en cuán mezquina proporcion aparece lo que se goza al lado de lo que se sufre! ¡Cuántos son los infelices y cuán pocos los verdaderamente dichosos! ¡Qué serie de laboriosos esfuerzos y titánicas luchas cuesta conseguir un bien, nunca libre por completo del mal!

El mismo Sr. Azcárate reconoce que sólo existe una felicidad relativa y finita y se esfuerza por encarecer la poesía del dolor. ¡Triste poesía por cierto, á cuyos encantos de buen grado renunciarían todos los hombres! Pregunte el Sr. Azcárate qué vale esa poesía á la madre que llora muerto al hijo que á costa de horribles dolores dió á la vida; al desgraciado que apenas consigue, á fuerza de penoso trabajo, llevar á la boca un pedazo de pan; al que, presa de terribles sufrimientos, se retuerce en su lecho de muerte; y verá lo que le contestan. Dígales que el mundo es armónico y bello en su conjunto,



y verá cómo reniegan de esa armonía, obtenida merced al sacrificio de las existencias individuales, trituradas bajo el carro de la naturaleza.

¡Sí! El mundo no es el mejor de los posibles, como decía el doctor Pangloss, sino abreviado infierno, cárcel tenebrosa, asiento sombrío del eterno dolor y el eterno llanto. Brillan en él por momentos ráfagas de placer y de ventura; pero tan rápidamente se desvanecen, que ántes que verdaderos goces, parecen artificios imaginados para hacer más sensible el dolor que les acompaña. No hay en él dicha cumplida ni bien perfecto; y por amarga irrisión del destino, en él sólo se consigue el reposo en el helado seno de la muerte.

¿Quiere decir esto que hayamos de condenarnos á la desesperación y al quietismo? Ciertamente que no; y en esto nos hallamos conformes con el Sr. Azcárate. Vivir es luchar; disminuir en lo posible el imperio del mal y acrecentar el del bien, debe ser el objetivo de nuestros esfuerzos. El mal, con ser inevitable y permanente, no es absoluto; nunca se extinguirá, pero puede disminuir, por obra de nuestro trabajo, y á conseguir este resultado debe encaminarse toda la actividad del hombre. Sustraernos á la ley implacable de la vida es imposible; mejorar las condiciones de la existencia no lo es, por fortuna. Si en vivir bien no podemos pensar, vivamos siquiera menos mal; y para esto suprimamos (ya que está en nuestra mano hacerlo) las causas del mal que no provienen de la naturaleza, sino de la imperfección de nuestras instituciones. Si algún día conseguimos que no haya otro mal que el que de la naturaleza proviene, no habremos alcanzado la felicidad, sin duda; pero tendremos la satisfacción de que ya no somos nosotros los que nos hacemos infelices. Por eso, rechazando los principios del Sr. Azcárate, aceptamos la línea de conducta que nos traza, y que tan gráficamente se formula en el proverbio inglés con que concluye su elocuente discurso: *to strive, to seek, to find, and not to yield*: trabajar, buscar, encontrar y no rendirse.

\*  
\* \*

El infatigable y erudito escritor D. Antonio Rodríguez Villa acaba de publicar una importante biografía del marqués de la Ensenada, primera que se ha hecho en España, enriquecida con notables documentos originales, en su mayor parte inéditos y desconocidos, que dan inestimable valor á su trabajo. Pónense en éste de relieve los grandes servicios que prestó Ensenada á la nación en todos los ramos de la administración pública, cooperando eficazmente al movimiento regenerador iniciado por la dinastía borbónica, que tan provechoso hubiera sido á no ser porque sólo se atendió á las mejoras materiales, dejando en su antiguo estado de postración religiosa y política á nuestro pueblo.



De desear hubiera sido que el Sr. Rodriguez Villa dejara los documentos para los apéndices del tomo y consagrara mayor espacio al relato histórico, presentando un cuadro completo de la vida de nuestra patria en aquel período, señalando más minuciosamente las causas de la caída de Ensenada y retratando con más extensión el carácter y la política de este personaje. El Sr. Rodriguez Villa debiera tener en cuenta que la historia es algo más que una colección de documentos; que estos no son otra cosa que los materiales del edificio que el historiador debe levantar, y que así como una colección de láminas que representaran especies animales, no constituiría un verdadero tratado de zoología, tampoco una serie de documentos forma un trabajo histórico.

\*  
\* \*

En el Ateneo continúan los debates á que repetidas veces nos hemos referido, con escasa animación. En el que se refiere á la cuestión social han terciado los Sres. Figuerola, Perier, Ibañez y Jameson; y en el de la sección de Literatura los Sres. Bosch, Campillo, Vidart y García Alonso. Casi todos han pronunciado buenos discursos; pero los debates no han adelantado gran cosa.

En la sección de Literatura ha habido una velada literaria, en la que leyó el Sr. Campoamor su nuevo poema: *Por donde viene la muerte*, obra maestra de profundidad, ternura y delicada poesía.

\*  
\* \*

Las novedades teatrales no merecen consignarse. Nada se ha puesto en escena en estos días que sea acreedor á los honores de la crítica.

M. DE LA REVILLA.





# REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO II



## ÍNDICE GENERAL POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

AUTORES.	OBRAS.	TOMOS.	PÁGINAS.
ACUÑA DE LA IGLESIA (R)..	La fraternidad (soneto).....	VII	134
ALAS (Leopoldo).....	La leyenda de los siglos, por Víctor Hugo.—La paternidad.....	VIII	211
ALCALÁ GALIANO (José) ....	Destellos (poesía).....	VI	543
	El túnel (novela).....	VII	5 y 161
	La lucha (poesía).....	VII	499
	Ella (poesía) .....	IX	63
	Atomos y mundos (poesía).....	IX	453
ALVAREZ (Alfredo).....	Los otomanos.....	VII	296 y 435
ALVAREZ (Emilio).....	La hija del artesano.....	VII	417
	Idem.....	VIII	1
ARAUJO (Demetrio).....	El Teatro Español contemporáneo y su decadencia.....	IX	90 y 229
ARENAS (M).....	El bracman (poesía).....	IX	63
ARNOLD (Arthur).....	Persia en 1876.....	X	463
BAGEHOT (Walter) .....	Adam Smith.....	VII	48
BARRINGTON DE FONBLANQUE.	Gaspar Hauser.....	VI	565
BAUMGARTEN (Hermann)... ..	El desenvolvimiento religioso en España.....	IX	430
	Don Gaspar Melchor de Jovellanos.....	XII	106
	La estética de lo feo.—Rosenkranz.....	XI	314 y 466
BENARD (Charles).....	Correspondencia de Paris .....	VII	150
BIGOT (Charles).....	Idem.....	VII	403
	Idem.....	VIII	230
	Idem.....	IX	108
	Idem.....	X	108
	Idem.....	X	389
	Idem.....	XI	225
	Idem.....	XII	106
	Idem.....	VI	544
	Idem.....	VI	735
BLANCO ASENJO-(Ricardo)..	El mundo de plomo (poesía).....	VIII	109
BLASCO (Eusebio) .....	La madre tierra.....	X	5
	A solas (poesía).....	XI	27
BLIND (Karl) .....	Catorce años há. Levantamiento de Polonia en 1863-64.....	VIII	196
	Una nacion olvidada. Los khazares.....	XII	662
CALVO REVILLA (Luis).....	Soneto .....	VI	690
CAMÓ Y MONTOBBIO (José)..	El estado actual de la teoría de los colores.....	XII	81 y 407
CAMP (Maxime du).....	Marat.....	XI	195
CAMPOAMOR (Ramon de)...	Doloras.....	X	496
CÁRDENAS DE SALCEDO (Eloisa de).....	Stiller (drama).....	IX	129 y 257
	CASTELAR (Emilio).....	Las transformaciones.....	VII



AUTORES.	OBRAS.	TOMOS.	PÁGINAS.
CENCILLO (Jesús)	Tus ojos (madrigal)	VI	120
	Safo (de Balaguer)	IX	305
	Amenazas (de Goethe)	X	149
	Un bien perdido (soneto)	XI	225
	Las cerezas (de Víctor Hugo)	XI	504
	La caridad en la guerra (poesía)	XII	358
COELLO (Cárlos)	Tierra trágona (cuento)	VII	289
	La primavera (soneto)	X	43
	A un amigo que me quiere bien y me aconseja mal (poesía)	X	309
	En un album (poesía)	IX	187
CHARRO-HIDALGO (Augusto)	Bosquejo biográfico de un niño	XI	279
DARWIN (Charles)	Correspondencia de Lóndres	VII	136
DIAZ DE BENJUMEA (Nicolás)	Idem	VIII	115
	La reforma religiosa y sus resultados en Inglaterra	IX	209
	Alonso Hernandez de Avellaneda	X	429
	La cárcel mitológica de Argamasilla	XI	234
	El sastre viejo	IX	385
ERCKMANN-CHATRIAN	El amigo Fritz	XI	5, 133, 263 y 391
	Idem	XII	5, 129 257 y 385
	En la ciudad de los muertos (poema)	VIII	450
ESTASEN (Pedro)	Noción del derecho, según la filosofía positiva	VII	505
	Idem	X	322
	Walter Bagehot	XI	149
	Revista bibliográfica de Cataluña	XI	359
	El positivismo y la teoría de la evolución	XI	420
	ESTÉBAN Y GOMEZ (José)	Crónica musical	VIII
Idem		IX	121
Idem		X	123
Dramas líricos del Sr. Capdepon		X	257
Crónica musical		XI	383
Idem		XI	512
Idem		XII	123
Idem		XII	251
FASTENRATH (Juan)	La Suiza	VI	721
	Correspondencia de Alemania	VII	146
	La escuela primitiva de pintura de Flandes	VII	489
	Correspondencia de Alemania	VIII	365
	La catedral de Colonia	XI	334
F. DE C. (L)	Crónica de Madrid	VI	632 y 761
FLOREZ Y GONZALEZ (Alfredo)	Vanidad (poesía)	VIII	287
	En un baile (poesía)	VIII	324
	Retrato (poesía)	IX	285
	La abolición de la pena de muerte	X	197
FRANCK (Ad.)	Correspondencia de Alemania	VII	536
GALVETE (Javier)	La filosofía desde Kant, por Friedrich Harms	VIII	441
GASPARY (Adolfo)	El elemento semítico en la historia	VIII	461
	La danza Macabra y el <i>Dies Iræ</i>	X	44
	Las Córtes catalanas, por los señores Cardeu y Peña (Análisis y ensayos)	XI	364
	La Gnose	XII	216 y 429



AUTORES.	OBRAS.	TOMOS.	PÁGINAS.
GERARD (A.)	La filosofía de Voltaire, según la crítica alemana	IX	271
	Idem	X	70
GLADSTONE (W. E.)	El factor helénico del problema oriental	VIII	406
GODINEZ (E.)	En un álbum, poesía de Lord Byron	VII	98
	A un corazón de cornarina roto, poesía de Lord Byron	VIII	183
	Los amores de la mujer (soneto)	VII	402
	El orto, poesía de Longfellow	IX	479
GONZALEZ PITT	La mala sombra, cuento triste	X	265
GONZALEZ SERRANO (U.)	Goethe y Schiller	VIII	77
	Idem	IX	404
	Idem	X	201
GUEL Y MERCADER	Fortuny y sus cuadros	IX	21
HARTMANN (EVON.)	J. Bahnsen, un nuevo discípulo de Schopenhauer	VII	312, 461
HEINE (H.)	Don Quijote	XI	179
HEREDIA Y GARCÍA (José.)	La idea de Dios en las sociedades humanas	VIII	62, 271
	Cuestiones sociales: El proletariado	XII	324
HUGES (Thomas.)	De la Iglesia anglicana	X	266
LABRA (Rafael M. de)	El Ateneo de Madrid	VIII	149
	La democracia en Inglaterra	IX	89, 286
	Idem	X	160, 310 y 406
LASTRES (Francisco)	La cárcel de Madrid	VII	118, 393
	Idem	VIII	193
LEGOUVÉ (E.)	Lamartine	X	348
LITRÉ (E.)	Los progresos del positivismo	VII	99
LÆWE (Ludwig)	Las teorías anatómicas modernas	XI	108
LORIMER (James)	Constantinopla independiente de toda nacionalidad	VIII	48
LUNA (Rafael)	Juan de la Encina	XI	449
	Don Manuel José Doyague	XII	483
LORENTE (Teodoro)	Fragmentos del <i>Fausto</i> , de Goethe	VI	736
MASON (W. H.)	Homero y el Dr. Schliemann	VII	377
MELLADO (Andrés)	El diablo y los brujos	IX	463
MONTGOMERY STUART (J.)	Cuestión de la Iglesia y el Estado en Italia	XI	31
MONTORO (Rafael)	Las Geórgicas, de Virgilio, traducción de Perez de Camino, y Arte poética del mismo. Historia de las campañas de Bohemia é Italia, por Vial. trad. Cotarelo (B. Militar). (Análisis y Ensayos)	VI	741
	B. Militar. La educación militar, por Rustow, etc. (Análisis y Ensayos)	VII	533
	Domenico di Bernardo: <i>L'amministrazione locale in Inghilterra</i> , etc. (Análisis y Ensayos)	IX	245
	<i>Les Etrangères</i> , por H. Fred. Amiel. (Análisis y Ensayos)	X	506
	<i>L'Etudiant</i> , por J. Michelet. (Análisis y Ensayos)	XI	248
MURUAIS (Jesús)	La hija de Valenzuela	VI	641
	Dos naufragos	X	133
	Frente á frente (poesía)	X	284
	La mariposa (poesía)	XI	418



AUTORES.	OBRAS.	TOMOS.	PÁGINAS.
NANOT RENAT (Pedro)....	Pedro IV de Aragon, juzgado por sus obras literarias.....	X	445
NUÑEZ Y TOPETE (Salomé)..	El espejo .....	VIII	385
	Idem .....	IX	5
O'CONNOR MORRIS.....	Lecciones militares que se deducen de la guerra de 1870.....	VII	223
PACHECO (Francisco de Asis).	Un rey constitucional: D. Pedro II, emperador del Brasil.	XII	60
	Un sistema de educacion racional.	XII	362 y 468
PALACIO (Manuel del).....	Primaveras.—Imitacion de Carducci.....	VIII	20
	Hatim (poesía).....	X	189
	Flores de muerto.....	X	444
PAZ NOVOA.....	La propiedad territorial .....	IX	496
PAZ (José Antonio).....	Mi primer obra.....	X	397
PEREZ ECHEVARRÍA (F.)....	Los dos besos.....	XII.	26
PEROJO (Emilio del).....	Ideas sobre la organizacion militar.....	VI	708
PEROJO (José del).....	La ciencia española bajo la Inquisicion.....	VIII	325
	<i>El positivismo</i> , por D. Pedro Estasen (Análisis y Ensayos).....	XI.	129
P. Y M. (J. E. del).....	El positivismo en Rusia. Lessewicz. (Análisis y Ensayos).....	XI	506
RENAN (Ernest).....	Las persecuciones de la Iglesia..	VII	199
	Idem.....	VIII	95
	Espinosa.....	IX	29
REVILLA (M. de la).....	Revista critica.....	VI	623 y 724
	Idem.....	VII	157, 275 y 411
	Idem.....	VIII	121, 238 377 y 374
	Idem.....	IX	115, 232 y 503
	Idem.....	X	117
	Idem.....	XI	367
	Idem.....	XII	111, 246 y 499
	D. Ramon de Campoamor (Bocetos literarios).....	VII	521
	La organizacion del Teatro Español.....	VIII	484
	<i>El Comendador Mendoza</i> , etc., por D. Juan Valera (Análisis y Ensayos).....	IX	253
D. Manuel Tamayo y Baus (Bocetos literarios).....	X	500	
D. Pedro Antonio de Alarcon (Bocetos literarios) .....	XI	17	
D. Gaspar Nuñez de Arce (Bocetos literarios).....	XI	226	
¿Por qué? (poesía).....	XI	290	
D. José de Echegaray (Bocetos literarios) .....	XI	487	
RISTOIRE (Dr. Frederic)...	Introduccion á un ensayo histórico-crítico sobre la literatura española en el siglo XVIII.....	VIII	311
	Idem.....	IX	480
ROCHAS (V. de).....	Los agotes de España.....	IX	189
RODRIGUEZ VILLA (A.).....	La princesa de los Ursinos y el P. Nidardo.....	VII	256
ROMERO BLANCO (R.).....	La filosofía del Sr. Nieto Serrano.	VI	691
	Idem.....	XI	66



AUTORES.	OBRAS.	TOMOS.	PÁGINAS.
ROS DE OLANO (A.).....	Galatea .....	XII	186, 302 y 447
RUIZ AGUILERA (Ventura)..	Los hijos sin padre.....	VII	211
RUIZ DE LA PEÑA (F.).....	La Gramática de la Academia...	XI	50
SAINT-VÍCTOR (Paul de)....	El origen de la comedia.....	XI	498
SANCHEZ MÓGUEL (Antonio).	La poesía religiosa en España...	IX	166 y 316
SARDÁ (Juan).....	Junius .....	XII	226
SCHIATTARELLA (V.).....	La indagacion positiva y la física social .....	VIII	288
	Augusto Comte y Macleod.....	IX	145
	Augusto Comte y Stuart Mill.....	XI	92
SCHMIDT (J.).....	Lord Byron considerado á la luz de la historia.....	X	20 y 150
SELLEN (F.).....	Declaracion (poesía de Heine)...	XI	357
SEPÚLVEDA (Ricardo).....	Ruidos (poesía).....	XI	107
SOURY (Jules).....	La <i>Historia del Materialismo</i> de Lange.....	VI	655
	La Antropogenia de Haeckel....	IX	335
	Idem.....	X	178
	La mujer en el siglo XVIII.....	XII	198
STORM.....	El lago de las abejas.....	VIII	129 y 251
STRACHY (Richard).....	Lugar de la geografía en las cien- cias físicas.....	XI	205
TABOADA FERNANDEZ (N.)...	Nuestras almas.....	XI	48
THIERS (A.).....	El historiador.....	XI	291
TORRES CAMPOS (Manuel)..	Las Bibliotecas en España.....	VII	266
TOURGUENEFF (Ivan).....	Toc, toc, toc.....	VI	513
TUBINO (Francisco M.).....	Introduccion del romanticismo en España.....	VII	79 y 184
	La ciencia del hombre segun las más recientes é importantes pú- blicaciones.....	XI	407
	Idem.....	XII	147 y 289
URCULLU Y ZULUETA (Félix Maria de).....	Nuestras Bibliotecas públicas....	VIII	223
VEGA (F. de la).....	Diálogos científicos.....	IX	371
	Idem.....	X	91, 234 372 y 516
VIDART (Luis).....	La Biblioteca de Autores españo- les y la Historia literaria de Es- paña.....	IX	69 y 346
	Idem.....	XII	276
WUNDT.....	El estado actual de la filosofía en Alemania.....	XII	342
ZORRILLA (José).....	En el álbum de la señora doña Cármén Cortijo de Revilla....	X	232
ANÓNIMO.			
	La cuestion de Oriente, bajo el punto de vista de los cristia- nos de Oriente.....	VI	187

Madrid 30 de Diciembre de 1877.

Propietarios gerentes: *PEROJO HERMANOS*

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPIA PEROJO  
Mendizabal, 64.

